

S. AURELIO AGUSTÍN, OBISPO DE HIPONA, DIEZ TRATADOS SOBRE LA EPÍSTOLA DE JUAN A LOS PARTOS.

Prólogo.

Vuestra Santidad recuerda que solemos tratar el Evangelio según Juan siguiendo el orden de las lecturas; pero ahora se ha interpuesto la solemnidad de los días santos, en los cuales es necesario recitar en la Iglesia ciertas lecturas del Evangelio, que son anuales y no pueden ser otras. El orden que habíamos asumido se ha interrumpido un poco por necesidad, pero no se ha perdido. Mientras pensaba qué podría tratar con ustedes de las Escrituras durante esta semana, según la alegría de los días presentes, tanto como el Señor se digne conceder, algo que pudiera completarse en estos siete u ocho días, se me ocurrió la Epístola del bienaventurado Juan: para que, habiendo interrumpido un poco su Evangelio, no nos alejemos de él al tratar su Epístola; especialmente porque en esa Epístola se recomienda de manera bastante dulce a todos aquellos cuyo paladar del corazón es sano, donde se saborea el pan de Dios, y de manera bastante memorable en la santa Iglesia de Dios, principalmente la Caridad. Habló mucho, y casi todo sobre la Caridad. Quien tiene en sí mismo de dónde escuchar, necesariamente se alegrará de lo que escucha. Así será para él esta lectura, como aceite en la llama; si hay algo que nutrir, se nutre, crece y permanece. Asimismo, para algunos debe ser como una llama para el combustible; para que si no ardía, al acercarse la palabra se encienda. En algunos se nutre lo que ya está, en otros se enciende si falta; para que todos nos regocijemos en una sola caridad. Donde hay caridad, hay paz; y donde hay humildad, hay caridad. Escuchemos ya al mismo; y a sus palabras, que el Señor sugiere, también hablemos para que ustedes las entiendan bien.

TRATADO I. Sobre lo que Juan escribe, Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, y lo que hemos visto, etc., hasta aquello, Porque las tinieblas han cegado sus ojos. Cap. I, y cap. II, V. 1-11.

1. Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, y lo que hemos visto con nuestros ojos, y lo que nuestras manos han tocado del Verbo de vida. ¿Quién es el que toca con las manos el Verbo, sino porque el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros? Este Verbo que se hizo carne para ser tocado con las manos, comenzó a ser carne de la Virgen María; pero el Verbo no comenzó entonces, porque dijo lo que era desde el principio. Vean si su Epístola no atestigua su Evangelio, donde ahora escucharon, En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios (Juan I, 14, 1). Tal vez alguien entienda del Verbo de vida como una cierta locución sobre Cristo, no el mismo cuerpo de Cristo que fue tocado con las manos. Vean lo que sigue: Y la misma vida se manifestó. Cristo, por tanto, es el Verbo de vida. ¿Y de dónde se manifestó? Porque era desde el principio; pero no estaba manifestada a los hombres: sin embargo, estaba manifestada a los ángeles que la veían y se alimentaban de ella como de su pan. Pero, ¿qué dice la Escritura? El hombre comió el pan de los ángeles (Salmo LXXVII, 25). Por tanto, la misma vida se manifestó en la carne; porque se puso en manifestación, para que la cosa que solo puede ser vista con el corazón, fuera vista también con los ojos, para que los corazones fueran sanados. Solo con el corazón se ve el Verbo: pero la carne se ve también con los ojos corporales. Había de dónde ver la carne, pero no había de dónde ver el Verbo: el Verbo se hizo carne, que pudiéramos ver, para que se sanara en nosotros de donde pudiéramos ver el Verbo.

2. Y hemos visto, y somos testigos. Tal vez algunos hermanos no sepan, quienes no conocen griego, qué son los testigos en griego: y es un nombre usado por todos y religioso; porque a quienes llamamos testigos en latín, en griego son mártires. ¿Quién no ha oído hablar de los

mártires, o en la boca de qué cristiano no habita diariamente el nombre de los mártires? Y ojalá habite también en el corazón, para que imitemos las pasiones de los mártires, no los persigamos con los pies. Por tanto, dijo esto, Hemos visto, y somos testigos: Hemos visto, y somos mártires. Porque al dar testimonio de lo que vieron, y al dar testimonio de lo que oyeron de quienes vieron, cuando el mismo testimonio desagradaba a los hombres contra quienes se decía, sufrieron todo lo que sufrieron los mártires. Los mártires son testigos de Dios. Dios quiso tener testigos humanos, para que los hombres también tengan a Dios como testigo. Hemos visto, dice, y somos testigos. ¿Dónde vieron? En la manifestación. ¿Qué es, en la manifestación? En el sol, es decir, en esta luz. ¿Cómo pudo ser visto en el sol quien hizo el sol, sino porque en el sol puso su tabernáculo, y él mismo como esposo saliendo de su cámara, se regocijó como un gigante para correr su camino (Salmo XVIII, 6)? Aquel antes del sol que hizo el sol, aquel antes del lucero del alba, antes de todas las estrellas, antes de todos los ángeles, verdadero creador (porque todas las cosas fueron hechas por él, y sin él nada fue hecho [Juan I, 3]), para ser visto con ojos carnales que ven el sol; puso su tabernáculo en el sol, es decir, mostró su carne en la manifestación de esta luz: y la cámara de aquel esposo fue el vientre de la Virgen, porque en ese vientre virginal se unieron dos, el esposo y la esposa, el esposo el Verbo y la esposa la carne; porque está escrito, Y serán dos en una sola carne (Génesis II, 24); y el Señor dice en el Evangelio, Por tanto, ya no son dos, sino una sola carne (Mateo XIX, 6). E Isaías recuerda muy bien que ellos dos son uno: porque habla en persona de Cristo, y dice, Como esposo me ha puesto una mitra, y como esposa me ha adornado con ornamento (Isaías LXI, 10). Uno parece hablar, y se hizo esposo y se hizo esposa; porque no son dos, sino una sola carne: porque el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros. A esa carne se une la Iglesia, y se hace Cristo todo, cabeza y cuerpo.

3. Y somos testigos, dice, y os anunciamos la vida eterna, que estaba con el Padre, y se manifestó en nosotros: esto es, se manifestó entre nosotros; lo que se diría más claramente, se manifestó a nosotros. Lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos. Atienda vuestra Caridad: Lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos. Ellos vieron al mismo Señor presente en la carne, y oyeron las palabras de la boca del Señor, y nos las anunciaron. Y nosotros también hemos oído, pero no hemos visto. ¿Somos menos felices que aquellos que vieron y oyeron? ¿Y cómo añade, Para que también vosotros tengáis comunión con nosotros? Ellos vieron, nosotros no vimos, y sin embargo somos compañeros; porque mantenemos la fe común. Pues también uno viendo no creyó, y quiso palpar, y así creer, y dijo: No creeré si no pongo mis dedos en el lugar de los clavos, y toco sus cicatrices. Y se ofreció a ser palpado por las manos de los hombres, quien siempre se ofrece a ser visto por los ojos de los ángeles: y aquel discípulo palpó y exclamó, Señor mío y Dios mío. Porque tocó al hombre, confesó a Dios. Y el Señor consolándonos a nosotros que ya no podemos tocarlo con la mano sentado en el cielo, pero sí tocarlo con la fe, le dijo: Porque has visto, has creído; bienaventurados los que no ven y creen (Juan XX, 25-29). Nosotros fuimos descritos, nosotros fuimos designados. Que se haga en nosotros la bienaventuranza que el Señor predijo que vendría: mantengamos firmemente lo que no vemos; porque lo anuncian aquellos que vieron. Para que también vosotros, dice, tengáis comunión con nosotros. ¿Y qué grande es tener comunión con los hombres? No lo desprecies; mira lo que añade: Y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Y esto, dice, os escribimos, para que vuestro gozo sea pleno. Llama pleno al gozo en esa misma comunión, en esa misma caridad, en esa misma unidad.

4. Y este es el mensaje que hemos oído de él, y os anunciamos. ¿Qué es esto? Ellos vieron, tocaron con las manos el Verbo de vida: desde el principio era, y en un tiempo se hizo visible y palpable el unigénito Hijo de Dios. ¿Para qué vino, o qué nos anunció de nuevo? ¿Qué quiso enseñar? ¿Por qué hizo lo que hizo, para que el Verbo se hiciera carne, para que Dios

sobre todas las cosas indignas sufriera de manos de los hombres, para que soportara las bofetadas de aquellos cuyas manos él mismo formó? ¿Qué quiso enseñar? ¿Qué quiso mostrar? ¿Qué quiso anunciar? Escuchemos: porque sin el fruto del precepto, la audición del hecho, que Cristo nació, y que Cristo sufrió, es una distracción de la mente, no un fortalecimiento. ¿Qué gran cosa escuchas? ¿Con qué fruto escuchas, mira. ¿Qué quiso enseñar? ¿Qué quiso anunciar? Escucha: Porque Dios es luz, dice, y en él no hay tinieblas. Aún mencionó la luz, pero las palabras son oscuras: es bueno para nosotros que esa misma luz que mencionó, ilumine nuestros corazones, y veamos qué dijo. Esto es lo que anunciamos, que Dios es luz, y en él no hay tinieblas. ¿Quién se atrevería a decir que en Dios hay tinieblas? ¿O qué es esa misma luz? ¿O qué son las tinieblas? No sea que diga tales cosas, que pertenezcan a estos nuestros ojos. Dios es luz: dice alguien, Y el sol es luz, y la luna es luz, y la lámpara es luz. Algo debe ser mucho mayor que estas cosas, mucho más excelente, y mucho más eminente. Cuanto Dios de la criatura, cuanto el creador de la creación, cuanto la sabiduría de lo que fue hecho por la sabiduría, mucho más allá de todo debe ser esa luz. Y tal vez estaremos cerca de ella, si conocemos qué es esa luz, y nos aplicamos a ella, para que seamos iluminados por ella; porque en nosotros somos tinieblas, y al ser iluminados por ella podemos ser luz, y no avergonzarnos de ella, porque de nosotros nos avergonzamos. ¿Quién es el que se avergüenza de sí mismo? El que se reconoce pecador. ¿Quién no se avergüenza de ella? El que es iluminado por ella. ¿Qué es ser iluminado por ella? El que ya ve que está oscurecido por los pecados, y desea ser iluminado por ella, se acerca a ella: de donde dice el Salmo, Acercaos a él, y seréis iluminados; y vuestros rostros no se avergonzarán (Salmo XXXIII, 6). Pero no te avergonzarás de ella, si, cuando te muestre feo, te desagrada tu fealdad, para que percibas su belleza. Esto es lo que quiere enseñar.

5. ¿Y tal vez lo decimos apresuradamente? Que él mismo lo manifieste en lo que sigue. Recuerden al principio de nuestro discurso, que esta Epístola recomienda la caridad: Dios es luz, dice, y en él no hay tinieblas. ¿Y qué dijo antes? Para que tengáis comunión con nosotros, y nuestra comunión sea con Dios Padre y su Hijo Jesucristo. Ahora bien, si Dios es luz, y en él no hay tinieblas, y debemos tener comunión con él; y de nosotros deben ser expulsadas las tinieblas, para que se haga en nosotros la luz; porque las tinieblas no pueden tener comunión con la luz: por eso vean lo que sigue: Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos. Tienes también al apóstol Pablo diciendo, ¿O qué comunión tiene la luz con las tinieblas? (II Cor. VI, 14). Dices que tienes comunión con Dios, y andas en tinieblas; y Dios es luz, y en él no hay tinieblas: ¿cómo, pues, hay comunión entre la luz y las tinieblas? Entonces, que el hombre se diga a sí mismo, ¿Qué haré? ¿De dónde seré luz? Vivo en pecados e iniquidades. Casi se insinúa una cierta desesperación y tristeza. No hay salvación, sino en la comunión con Dios. Dios es luz, y en él no hay tinieblas. Pero los pecados son tinieblas, como dice el Apóstol que el diablo y sus ángeles son rectores de estas tinieblas (Efesios VI, 12). No diría rectores de tinieblas, sino rectores de pecados, dominadores de los inicuos. ¿Qué, pues, hacemos, hermanos míos? Debemos tener comunión con Dios, no hay otra esperanza de vida eterna; pero Dios es luz, y en él no hay tinieblas; sin embargo, las iniquidades son tinieblas; estamos oprimidos por las iniquidades, para que no podamos tener comunión con Dios: ¿cuál, entonces, es la esperanza? ¿No prometí decir algo en estos días que cause alegría? Si no lo proporciono, esto es tristeza. Dios es luz, y en él no hay tinieblas; los pecados son tinieblas: ¿qué será de nosotros? Escuchemos, no sea que nos consuele, nos levante, nos dé esperanza, para que no desfallezcamos en el camino. Porque corremos, y corremos hacia la patria; y si desesperamos de llegar, desfallecemos por esa misma desesperación. Pero aquel que quiere que lleguemos, para conservarnos en la patria, nos alimenta en el camino. Escuchemos, pues: Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas; mentimos, y no hacemos la verdad. No digamos que tenemos

comuni3n con 3l, si andamos en tinieblas. Pero si andamos en la luz, como 3l est3 en la luz; tenemos comuni3n unos con otros. Andemos en la luz, como 3l est3 en la luz, para que podamos tener comuni3n con 3l. 3Y qu3 hacemos con los pecados? Escucha lo que sigue: Y la sangre de Jesucristo su Hijo nos purifica de todo pecado. Dios nos ha dado gran seguridad. Con raz3n celebramos la Pascua, donde se derram3 la sangre del Se3or, por la cual somos purificados de todo pecado. Estemos seguros: el diablo ten3a una deuda contra nosotros, pero fue borrada con la sangre de Cristo. La sangre, dice, de su Hijo nos purifica de todo pecado. 3Qu3 es, de todo pecado? Presten atenci3n: he aqu3 que ya en el nombre de Cristo por su sangre, que ahora han confesado estos que son llamados infantes, todos sus pecados han sido limpiados. Entraron viejos, salieron nuevos. 3Qu3 es, entraron viejos, salieron nuevos? Entraron ancianos, salieron infantes. Porque la vejez es una vida vetusta, la infancia es una vida nueva. Pero, 3qu3 hacemos? Los pecados pasados han sido perdonados, no solo a ellos, sino tambi3n a nosotros; y despu3 del perd3n y la abolici3n de todos los pecados, viviendo en este mundo entre tentaciones, tal vez se han contra3do algunos. Por eso, que el hombre haga lo que pueda; que 3l mismo confiese lo que es, para que sea curado por aquel que siempre es lo que es: porque 3l siempre era y es; nosotros no 3ramos y somos.

6. Mira, pues, lo que dice: Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no est3 en nosotros. Por tanto, si te confiesas pecador, la verdad est3 en ti: porque esa misma verdad es luz. A3n no ha resplandecido perfectamente tu vida, porque hay pecados; pero ya has comenzado a ser iluminado, porque hay confesi3n de pecados. Mira, pues, lo que sigue: Si confesamos nuestros pecados, 3l es fiel y justo para perdonarnos nuestros pecados, y limpiarnos de toda iniquidad. No solo los pasados, sino tambi3n si acaso hemos contra3do algunos de esta vida; porque el hombre no puede, mientras lleva la carne, sino tener incluso pecados leves. Pero esos leves que decimos, no los desprecies. Si los desprecias, cuando los pesas; teme, cuando los cuentas. Muchos leves hacen uno grande: muchas gotas llenan un r3o; muchos granos hacen una masa. 3Y cu3l es la esperanza? Ante todo, la confesi3n: para que nadie se crea justo, y ante los ojos de Dios que ve lo que es, el hombre que no era y es, no levante el cuello. Por tanto, ante todo la confesi3n, luego el amor: porque, 3qu3 se ha dicho del amor? El amor cubre multitud de pecados (I Pedro IV, 8). Veamos ya si recomienda ese mismo amor, por los pecados que se insin3an: porque solo el amor extingue los pecados. La soberbia extingue el amor: por tanto, la humildad fortalece el amor; el amor extingue los pecados. La humildad pertenece a la confesi3n, por la cual confesamos que somos pecadores: esa es la humildad, no para que digamos eso con la lengua; como si por arrogancia no desagradaramos a los hombres, si dij3ramos que somos justos. Hacen esto los imp3os y locos: S3 que soy justo, pero 3qu3 dir3 ante los hombres? si digo que soy justo, 3qu3n lo soportar3, qu3n lo tolerar3? que mi justicia sea conocida ante Dios: sin embargo, dir3 que soy pecador; no porque lo sea, sino para no ser odioso por arrogancia. Di a los hombres lo que eres, di a Dios lo que eres. Porque si no dices a Dios lo que eres, Dios condena lo que encuentre en ti. 3No quieres que 3l condene? Cond3nate t3. 3Quieres que 3l perdone? Recon3celo t3, para que puedas decirle a Dios, Aparta tu rostro de mis pecados. Dile tambi3n esas palabras en el mismo Salmo, Porque mi iniquidad yo la reconozco (Salmo L, 11, 5). Si confesamos nuestros pecados, 3l es fiel y justo para perdonarnos nuestros pecados, y limpiarnos de toda iniquidad. Si decimos que no hemos pecado, le hacemos mentiroso, y su palabra no est3 en nosotros. Si dices, No he pecado; lo haces mentiroso, cuando quieres hacerte veraz. 3C3mo puede ser que Dios sea mentiroso, y el hombre veraz; cuando contradice la Escritura: Todo hombre es mentiroso, solo Dios es veraz (Romanos III, 4)? Por tanto, Dios por s3 mismo es veraz, t3 por Dios eres veraz; porque por ti eres mentiroso.

7. Y para que no pareciera que daba impunidad a los pecados, porque dijo: "Fiel y justo es, que nos limpie de toda iniquidad"; y los hombres dijeran ya para sí mismos: "Pequemos, hagamos lo que queramos con seguridad, Cristo nos purga, es fiel y justo, nos purga de toda iniquidad": te quita la mala seguridad e inserta un temor útil. Quieres estar seguro de manera incorrecta, sé solícito. Porque fiel y justo es para perdonar nuestros delitos, si siempre te desagradas a ti mismo y te cambias hasta que te perfecciones. ¿Qué sigue entonces? Hijitos míos, os escribo estas cosas para que no pequéis. Pero tal vez se desliza el pecado de la vida humana: ¿qué se hará entonces? ¿Qué? ¿Será ya desesperación? Escucha: "Y si alguno peca, abogado tenemos ante el Padre, a Jesucristo el justo; y él es la propiciación por nuestros pecados". Él es, por tanto, el abogado; esfuérzate en no pecar: si por la debilidad de la vida se desliza el pecado, inmediatamente obsérvalo, inmediatamente desagradese, inmediatamente condena; y cuando lo hayas condenado, vendrás seguro al juez. Allí tienes un abogado; no temas perder la causa de tu confesión. Porque si alguna vez en esta vida uno se encomienda a una lengua elocuente y no perece; ¿te encomiendas al Verbo y perecerás? Clama, "Abogado tenemos ante el Padre".

8. Ved a Juan mismo guardando la humildad. Ciertamente era un hombre justo y grande, que bebía los secretos de los misterios del pecho del Señor; él, él que al beber del pecho del Señor eructó la divinidad: "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios" (Juan 1, 1): tal hombre no dijo, "Tenéis un abogado ante el Padre"; sino, "Si alguno peca, abogado tenemos", dijo. No dijo, "tenéis"; ni dijo, "me tenéis a mí"; ni dijo, "tenéis a Cristo mismo": sino que puso a Cristo, no a sí mismo; y dijo "tenemos", no "tenéis". Prefirió ponerse en el número de los pecadores, para tener a Cristo como abogado, que ponerse como abogado en lugar de Cristo, y ser hallado entre los condenados por soberbia. Hermanos, a Jesucristo el justo, lo tenemos como abogado ante el Padre; él es la propiciación por nuestros pecados. Quien ha mantenido esto, no ha hecho herejía; quien ha mantenido esto, no ha hecho cisma. ¿De dónde han surgido los cismas? Cuando los hombres dicen, "Nosotros somos justos"; cuando los hombres dicen, "Nosotros santificamos a los impuros, nosotros justificamos a los impíos, nosotros pedimos, nosotros obtenemos". Pero, ¿qué dijo Juan? "Y si alguno peca, abogado tenemos ante el Padre, a Jesucristo el justo". Pero alguien dirá: "¿Entonces los santos no interceden por nosotros? ¿Entonces los obispos y prelados no interceden por el pueblo?" Pero mirad las Escrituras, y ved que también los prelados se encomiendan al pueblo. Pues el Apóstol dice al pueblo: "Orando también por nosotros" (Colosenses 4, 3). El Apóstol ora por el pueblo, el pueblo ora por el Apóstol. Oramos por vosotros, hermanos: pero también vosotros orad por nosotros. Que todos los miembros oren unos por otros, que la cabeza interceda por todos. Por eso no es de extrañar que aquí siga, y cierre la boca a los que dividen la Iglesia de Dios. Porque quien dijo, "Tenemos a Jesucristo el justo, y él es la propiciación por nuestros pecados": por aquellos que se iban a dividir, y a decir, "He aquí, aquí está Cristo, he aquí, allí" (Mateo 24, 23); y quisieran mostrarlo en una parte quien compró todo, y posee todo; inmediatamente siguió, "No solo nuestros, sino también de todo el mundo". ¿Qué es esto, hermanos? Ciertamente "la encontramos en los campos del bosque" (Salmo 131, 6), encontramos la Iglesia en todas las naciones. He aquí, Cristo es la propiciación por nuestros pecados; no solo nuestros, sino también de todo el mundo. He aquí, tienes la Iglesia por todo el mundo; no sigas a los falsos justificadores, y verdaderos cortadores. En ese monte está que llenó toda la tierra (Daniel 2, 35): porque Cristo es la propiciación por nuestros pecados; no solo nuestros, sino también de todo el mundo, que compró con su sangre.

9. Y en esto, dice, lo conocemos, si guardamos sus mandamientos. ¿Qué mandamientos? Quien dice que lo ha conocido, y no guarda sus mandamientos; es mentiroso, y en él no está la verdad. Pero aún preguntas, ¿Qué mandamientos? Pero quien, dice, guarda su palabra, en

él verdaderamente se ha perfeccionado el amor de Dios. Veamos si el mismo mandamiento se llama amor. Pues buscábamos, ¿qué mandamientos?, y dice, "Pero quien guarda su palabra, en él verdaderamente se ha perfeccionado el amor de Dios". Atiende al Evangelio, si no es este el mandamiento: "Un mandamiento nuevo os doy, que os améis unos a otros" (Juan 13, 34). En esto conocemos que estamos en él, si en él hemos sido perfeccionados. Llama perfectos en el amor: ¿cuál es la perfección del amor? Amar también a los enemigos, y amar para que sean hermanos. Pues nuestro amor no debe ser carnal. Desear a alguien la salud temporal, es bueno; pero incluso si falta, que el alma esté segura. ¿Deseas a un amigo tuyo la vida? Haces bien. ¿Te alegras de la muerte de tu enemigo? Haces mal. Pero tal vez incluso para tu amigo esa vida que deseas es inútil, y para tu enemigo la muerte de la que te alegras fue útil. Es incierto si para alguien esta vida es útil o inútil; pero la vida que está con Dios, sin duda es útil. Ama a tus enemigos de tal manera que desees que sean hermanos; ama a tus enemigos de tal manera que sean llamados a tu sociedad. Así amó aquel que colgando en la cruz dijo: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen" (Lucas 23, 34). Pues no dijo, "Padre, que vivan mucho tiempo; me matan, pero que vivan". Sino, ¿qué dijo? "Perdónalos, porque no saben lo que hacen". Expulsaba de ellos la muerte eterna, con una súplica misericordiosísima, y una potencia sumamente excelente. Muchos de ellos creyeron, y les fue perdonada la sangre derramada de Cristo. Primero la derramaron cuando se enfurecían, ahora la bebieron cuando creyeron. En esto conocemos que estamos en él, si en él hemos sido perfeccionados. De esa misma perfección de amar a los enemigos el Señor advirtiéndolo dijo: "Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto" (Mateo 5, 48). Quien, por tanto, dice que permanece en él, debe andar como él anduvo. ¿Cómo, hermanos? ¿Qué nos advierte? Quien dice que permanece en él, es decir, en Cristo, debe andar como él anduvo. ¿Acaso nos advierte esto, que andemos sobre el mar? De ninguna manera. Esto, pues, que andemos en el camino de la justicia. ¿En qué camino? Ya lo he mencionado. Estaba fijado en la cruz, y en ese mismo camino andaba: ese es el camino de la caridad, "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen". Así, pues, si has aprendido a orar por tu enemigo, andas en el camino del Señor.

10. Amadísimos, no os escribo un mandamiento nuevo, sino un mandamiento viejo que teníais desde el principio. ¿Qué mandamiento viejo dijo? "Que teníais", dice, "desde el principio". Por eso, viejo, porque ya lo habíais oído: de lo contrario, sería contrario al Señor, donde dice, "Un mandamiento nuevo os doy, que os améis unos a otros". Pero, ¿por qué mandamiento viejo? No porque pertenezca al hombre viejo. ¿Pero por qué? "Que teníais desde el principio". Mandamiento viejo, es la palabra que habéis oído. Por eso, viejo, porque ya lo habíais oído. Y muestra lo mismo como nuevo diciendo, "De nuevo os escribo un mandamiento nuevo". No otro, sino el mismo que dijo viejo, es el mismo y nuevo. ¿Por qué? "Porque es verdadero en él y en vosotros". Ya habéis oído por qué viejo; porque ya lo conocíais. ¿Y por qué nuevo? Porque las tinieblas han pasado, y la verdadera luz ya brilla. He aquí por qué nuevo: porque las tinieblas pertenecen al hombre viejo, pero la luz al nuevo. ¿Qué dice el apóstol Pablo? "Despojaos del hombre viejo, y vestíos del nuevo" (Colosenses 3, 9-10). Y de nuevo, ¿qué dice? "Fuisteis en otro tiempo tinieblas; ahora sois luz en el Señor" (Efesios 5, 8).

11. Quien dice que está en la luz; ahora manifiesta todo lo que dijo: "Quien dice que está en la luz, y odia a su hermano, está en tinieblas hasta ahora". Vamos, hermanos míos, ¿cuánto tiempo os diremos, "Amad a vuestros enemigos" (Mateo 5, 44)? Ved, lo que es peor, que no odiéis aún a los hermanos. Si solo amáis a los hermanos, aún no seríais perfectos: pero si odiáis a los hermanos, ¿qué sois? ¿dónde estáis? Que cada uno mire su corazón: no guarde odio contra su hermano por alguna palabra dura; por una contienda de tierra, no se convierta

en tierra. Pues quien odia a su hermano, no diga que anda en la luz. ¿Qué dije? No diga que anda en Cristo. Quien dice que está en la luz, y odia a su hermano, está en tinieblas hasta ahora. No sé quién de pagano se ha hecho cristiano; prestad atención: he aquí que estaba en tinieblas, cuando era pagano; ahora ya se ha hecho cristiano; gracias a Dios, todos se alegran: se recita al Apóstol alegrándose. "Fuisteis en otro tiempo tinieblas; ahora sois luz en el Señor". Adoraba ídolos, adora a Dios; adoraba lo que hizo, adora a quien lo hizo. Ha cambiado; gracias a Dios, todos los cristianos se alegran. ¿Por qué? Porque ya es adorador del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y detestador de demonios e ídolos. Aún de este Juan está preocupado, con muchos alegrándose aún es sospechoso. Hermanos, aceptemos de buen grado la preocupación materna. No sin razón la madre está preocupada por nosotros, cuando otros se alegran: llamo madre a la caridad; pues ella habitaba en el corazón de Juan, cuando decía estas cosas. ¿Por qué, sino porque teme algo en nosotros, incluso cuando ya los hombres se alegran por nosotros? ¿Qué es lo que teme? Quien dice que está en la luz. ¿Qué es esto? Quien ya dice que es cristiano: "y odia a su hermano, está en tinieblas hasta ahora". Lo que no es para explicar; sino para alegrarse si no se hace, o para lamentar si se hace.

12. Quien ama a su hermano, permanece en la luz, y no hay tropiezo en él. Os ruego por Cristo; Dios nos alimenta, vamos a restaurar nuestros cuerpos en el nombre de Cristo, y algo se han restaurado, y se restaurarán; que nuestra mente sea alimentada. No porque vaya a hablar mucho tiempo, lo digo; pues he aquí que ya se termina la lectura: pero no sea que por tedio escuchemos menos atentamente lo que es sumamente necesario. Quien ama a su hermano, permanece en la luz, y no hay tropiezo en él. ¿Quiénes son los que sufren tropiezo, o lo causan? Quienes se escandalizan en Cristo y en la Iglesia. Quienes se escandalizan en Cristo, como si fueran quemados por el sol; quienes en la Iglesia, como si fueran quemados por la luna. Pero dice el Salmo: "De día el sol no te quemará, ni la luna de noche" (Salmo 120, 6): es decir, si mantienes la caridad, no sufrirás tropiezo ni en Cristo ni en la Iglesia; ni dejarás a Cristo, ni a la Iglesia. Pues quien deja la Iglesia, ¿cómo está en Cristo, quien no está en los miembros de Cristo? ¿Cómo está en Cristo, quien no está en el cuerpo de Cristo? Por tanto, sufren tropiezo quienes dejan a Cristo o a la Iglesia. ¿De dónde entendemos que el Salmo dijo, "De día el sol no te quemará, ni la luna de noche", porque quiere que se entienda por quemadura el tropiezo? Primero atiende a la misma similitud. Como quien es quemado dice, "No tolero, no soporto", y se retira: así quienes no soportan ciertas cosas en la Iglesia, y se apartan ya sea del nombre de Cristo o de la Iglesia, sufren tropiezo. Ved cómo sufrieron tropiezo como por el sol aquellos carnales, a quienes Cristo predicaba su carne, y decía: "Quien no coma la carne del Hijo del hombre, y beba su sangre, no tendrá vida en sí". Casi setenta hombres dijeron, "Dura es esta palabra"; y se apartaron de él: y quedaron doce. Todos ellos fueron quemados por el sol, y se apartaron, no pudiendo soportar la fuerza de la palabra. Quedaron, pues, doce. Y no sea que los hombres piensen que ellos le hacen un favor a Cristo creyendo en Cristo, y no se les concede el beneficio; cuando quedaron doce, el Señor les dijo: "¿Acaso también vosotros queréis ir?" Para que sepáis que yo soy necesario para vosotros, no vosotros para mí. Pero ellos, a quienes no quemó el sol, respondieron con la voz de Pedro: "Señor, tienes palabras de vida eterna; ¿a dónde iremos?" (Juan 6, 54-69). Pero quienes son quemados por la Iglesia como por la luna de noche, ¿quiénes son? Quienes hicieron cismas. Escucha la misma palabra puesta en el Apóstol: "¿Quién se enferma, y yo no me enfermo? ¿Quién se escandaliza, y yo no me quemo?" (2 Corintios 11, 29). ¿Cómo, pues, no hay tropiezo en quien ama a su hermano? Porque quien ama a su hermano, lo soporta todo por la unidad; porque en la unidad de la caridad está el amor fraterno. ¿Te ofendió no sé quién, ya sea malo, o como tú piensas malo, o como tú finges malo, y dejas a tantos buenos? ¿Qué clase de amor fraterno es, qué clase apareció en estos? Cuando acusan a los africanos, han abandonado el mundo entero. ¿Acaso no había santos en el mundo entero? ¿O pudieron

ser condenados sin ser oídos por vosotros? Pero oh, si amarais a los hermanos, no habría tropiezo en vosotros. Escucha el Salmo, qué dice: "Mucha paz tienen los que aman tu ley, y no hay tropiezo para ellos" (Salmo 118, 165). Dijo mucha paz para los que aman la ley de Dios, y por eso no hay tropiezo para ellos. Por tanto, quienes sufren tropiezo, pierden la paz. Y ¿a quiénes dijo que no sufren tropiezo, o no lo causan? A los que aman la ley de Dios. Por tanto, están en la caridad. Pero dice alguien, "Dijo la ley de Dios a los que aman, no a los hermanos". Escucha lo que dice el Señor: "Un mandamiento nuevo os doy, que os améis unos a otros". ¿Qué es la ley, sino el mandamiento? ¿Y cómo no sufren tropiezo, sino mientras se soportan unos a otros? Como dice Pablo, "Soportándoos unos a otros en amor, procurando guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz" (Efesios 4, 2-3). Y porque esa es la ley de Cristo, escucha al mismo apóstol recomendando esa ley: "Llevad los unos las cargas de los otros, y así cumpliréis la ley de Cristo" (Gálatas 6, 2).

13. Pues quien odia a su hermano, está en tinieblas, y en tinieblas anda, y no sabe a dónde va. Gran cosa, hermanos; prestad atención, os rogamos. Quien odia a su hermano, anda en tinieblas, y no sabe a dónde va; porque las tinieblas han cegado sus ojos. ¿Qué tan ciego es, como estos que odian a los hermanos? Pues para que sepáis que son ciegos, han tropezado en el monte. Digo lo mismo, para que no se os olvide. ¿No es esta piedra que fue cortada del monte sin manos, Cristo del reino de los judíos sin obra marital? ¿No es esa piedra la que rompió todos los reinos de la tierra, es decir, todas las dominaciones de los ídolos y demonios? ¿No es esa piedra la que creció, y se hizo un gran monte, y llenó toda la faz de la tierra (Daniel 2, 34-35)? ¿Acaso señalamos con el dedo este monte, como se muestra a los hombres la tercera luna? Por ejemplo, cuando los hombres quieren ver la luna nueva, dicen, "He aquí la luna, he aquí dónde está": y si hay allí quienes no pueden enfocar la vista, y dicen, "¿Dónde?", se les señala con el dedo para que vean. A veces, mientras se avergüenzan de que se les considere ciegos, dicen que han visto lo que no vieron. ¿Acaso así señalamos la Iglesia, hermanos míos? ¿No está abierta? ¿No está manifiesta? ¿No ha tomado todas las naciones? ¿No se cumple lo que hace tantos años fue prometido a Abraham, que en su simiente serían bendecidas todas las naciones (Génesis 22, 18)? A un fiel le fue prometido, y con miles de fieles el mundo se ha llenado. He aquí el monte llenando toda la faz de la tierra: he aquí la ciudad de la que se dijo, "No puede esconderse una ciudad situada sobre un monte" (Mateo 5, 14). Pero ellos tropiezan en el monte. Y cuando se les dice, "Subid", dicen, "No hay monte"; y más fácilmente golpean allí su rostro, que buscan allí una morada. Isaías fue leído ayer; quien de vosotros estaba despierto, no solo con los ojos, sino con el oído, ni solo con el oído del cuerpo, sino con el oído del corazón, prestó atención: "Será en los últimos días manifiesto el monte de la casa del Señor, preparado en la cima de los montes". ¿Qué tan manifiesto es un monte? Pero hay montes desconocidos, porque están situados en una parte de la tierra. ¿Quién de vosotros conoce el monte Olimpo? ¿Cómo allí quienes habitan, no conocen nuestro Giddaba? Estos montes están en partes. Pero ese monte no es así, porque ha llenado toda la faz de la tierra; y de él se dice, "Preparado en la cima de los montes". Es un monte sobre la cima de todos los montes. "Y se congregarán", dice, "a él todas las naciones" (Isaías 2, 2). ¿Quién se equivoca en este monte? ¿Quién rompe su rostro tropezando en él? ¿Quién ignora la ciudad situada sobre un monte? Pero no os maravilléis de que sea ignorada por estos que odian a los hermanos: porque andan en tinieblas, y no saben a dónde van; porque las tinieblas han cegado sus ojos. No ven el monte: no quiero que te maravilles, no tienen ojos. ¿Por qué no tienen ojos? Porque las tinieblas los han cegado. ¿Cómo lo probamos? Porque odian a los hermanos, porque cuando se ofenden con los africanos, se separan del mundo entero porque no toleran por la paz de Cristo a quienes difaman, y toleran por la parte de Donato a quienes condenan.

TRATADO II. Desde el versículo, "Os escribo, hijitos, porque vuestros pecados son perdonados por su nombre"; hasta este, "Pero quien hace la voluntad de Dios, permanece para siempre, como él permanece para siempre". Cap. II, V. 12-17.

1. Todo lo que se lee de las Sagradas Escrituras debe ser escuchado atentamente para nuestra instrucción y salvación. Sin embargo, especialmente deben ser recordadas aquellas cosas que son de gran valor contra los herejes, cuyas insidias no cesan de rodear a los más débiles y negligentes. Recordad que nuestro Señor y Salvador Jesucristo murió por nosotros y resucitó; murió por nuestros delitos y resucitó para nuestra justificación (Rom. IV, 25). Como habéis escuchado ahora, los ojos de los dos discípulos que encontró en el camino estaban retenidos para que no lo reconocieran: y los encontró desesperados por la redención que estaba en Cristo, pensando que ya había sufrido y muerto como un hombre, sin considerar que como Hijo de Dios vive siempre; y que en la carne había muerto de tal manera que no reviviría, sino como uno de los profetas: como habéis escuchado las palabras de ellos hace poco, quienes estabais atentos. Entonces les abrió las Escrituras, comenzando desde Moisés a través de todos los Profetas, mostrándoles que todo lo que había sufrido había sido predicho; para que no se turbaran más si el Señor resucitaba, y no creyeran más en Él si estas cosas no hubieran sido dichas antes sobre Él. La firmeza de la fe está en que todo lo que sucedió en Cristo fue predicho. Los discípulos, por tanto, no lo reconocieron sino en la fracción del pan. Y verdaderamente, quien no come y bebe para su juicio (I Cor. XI, 29), reconoce a Cristo en la fracción del pan. Después, también aquellos once pensaban que veían un espíritu. Se ofreció a ser tocado, quien se ofreció a ser crucificado; crucificado por los enemigos, tocado por los amigos: médico de todos, tanto de la impiedad de aquellos como de la incredulidad de estos. Pues habéis escuchado cuando se leyeron los Hechos de los Apóstoles, cuántos miles creyeron de entre los asesinos de Cristo (Act. II, 41). Si después creyeron quienes lo mataron, ¿no iban a creer quienes dudaban un poco? Y a ellos, sin embargo (lo que debéis observar especialmente y recordar, porque Dios quiso poner un fundamento en las Escrituras contra los errores insidiosos, contra los cuales nadie se atreve a hablar, quien de alguna manera quiere parecer cristiano), cuando se ofreció a ser tocado, no fue suficiente para ellos, sino que confirmó el corazón de los creyentes con las Escrituras: pues preveía nuestro futuro; en el cual no tenemos lo que tocar, pero tenemos lo que leer. Si ellos creyeron porque lo tocaron y palparon, ¿qué haremos nosotros? Cristo ya ascendió al cielo, no vendrá sino al final, para juzgar a vivos y muertos: ¿de dónde creeremos, sino de donde quiso que también aquellos que lo tocaron fueran confirmados? Les abrió las Escrituras y les mostró que era necesario que Cristo padeciera y se cumpliera todo lo que de Él estaba escrito en la ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos. Abarcó todo el texto antiguo de las Escrituras. Todo lo que hay en esas Escrituras suena a Cristo; pero si encuentra oídos. Y les abrió el entendimiento para que comprendieran las Escrituras. Por lo tanto, también debemos orar para que Él mismo abra nuestro entendimiento.

2. ¿Qué mostró el Señor que estaba escrito sobre Él en la ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos? ¿Qué mostró? Que Él mismo lo diga. El Evangelista lo puso brevemente para que supiéramos qué debemos creer y entender en tan vasta extensión de las Escrituras. Ciertamente, hay muchas páginas y muchos libros, todos tienen esto que el Señor dijo brevemente a sus discípulos. ¿Qué es esto? Que era necesario que Cristo padeciera y resucitara al tercer día. Ya tienes sobre el esposo, que era necesario que Cristo padeciera y resucitara. Se nos ha presentado el esposo. Veamos qué dice sobre la esposa; para que cuando conozcas al esposo y a la esposa, no vengas a las bodas sin razón. Toda celebración de bodas es celebración: se celebran las bodas de la Iglesia. El hijo del rey va a tomar esposa, y el mismo hijo del rey es rey: y quienes asisten, ellos mismos son la esposa. No como en las

bodas carnales, donde unos asisten a las bodas y otra se casa, en la Iglesia quienes asisten, si asisten bien, se convierten en la esposa. Toda la Iglesia es la esposa de Cristo, cuyo principio y primicias es la carne de Cristo: allí se unió la esposa al esposo en la carne. Con razón, cuando recomendó esa misma carne, partió el pan; y con razón, en la fracción del pan se abrieron los ojos de los discípulos y lo reconocieron. ¿Qué, entonces, dijo el Señor que estaba escrito sobre Él en la Ley, en los Profetas y en los Salmos? Que era necesario que Cristo padeciera. Si no añadiera, y resucitara, con razón llorarían aquellos cuyos ojos estaban retenidos; pero también se predijo que resucitaría. ¿Y para qué esto? ¿Por qué era necesario que Cristo padeciera y resucitara? Por aquel salmo que os hemos recomendado especialmente, el cuarto sábado, en la primera estación de la última semana. ¿Por qué era necesario que Cristo padeciera y resucitara? Por esto: Se acordarán y se convertirán al Señor todos los confines de la tierra, y adorarán en su presencia todas las familias de las naciones (Sal. XXI, 28). Pues para que sepáis que era necesario que Cristo padeciera y resucitara; ¿y qué añadió aquí, para que después de la recomendación del esposo recomendara también a la esposa? Y se predicará, dijo, en su nombre el arrepentimiento y la remisión de los pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén. Habéis escuchado, hermanos, retenedlo. Nadie dude de la Iglesia, porque está en todas las naciones; nadie dude, porque comenzó desde Jerusalén y llenó todas las naciones. Reconocemos el campo donde se plantó la vid: pero cuando ha crecido, no lo reconocemos, porque lo ha ocupado todo. ¿De dónde comenzó? Desde Jerusalén. ¿A dónde ha llegado? A todas las naciones. Pocas han quedado, todas las tomará. Mientras tanto, mientras toma todas, algunos sarmientos inútiles han sido vistos por el agricultor para ser cortados; y han hecho herejías y cismas. No os dejéis llevar por los cortados, para que no seáis cortados; más bien exhortad a los que han sido cortados, para que sean injertados de nuevo. Es manifiesto que Cristo padeció, resucitó y ascendió al cielo: también es manifiesta la Iglesia, porque se predica en su nombre el arrepentimiento y la remisión de los pecados en todas las naciones. ¿De dónde comenzó? Comenzando desde Jerusalén. Escucha el necio, el vano, y ¿qué más diré que el ciego, que no ve tan gran monte; que cierra los ojos contra la lámpara puesta en el candelero?

3. Cuando les decimos, Si sois cristianos católicos, comunicaos con aquella Iglesia de donde se difunde el Evangelio por todo el mundo; comunicaos con aquella Jerusalén, cuando les decimos, nos responden, No nos comunicamos con aquella ciudad donde fue asesinado nuestro rey, donde fue asesinado nuestro Señor: como si odiaran la ciudad donde fue asesinado nuestro Señor. Los judíos mataron al que encontraron en la tierra, estos soplan contra el que se sienta en el cielo. ¿Quiénes son peores, los que lo despreciaron porque pensaban que era un hombre, o los que soplan contra sus Sacramentos, a quien ya confiesan como Dios? Pero, por supuesto, odian la ciudad en la que fue asesinado su Señor. Hombres piadosos y misericordiosos, lamentan mucho que Cristo haya sido asesinado, ¡y matan a Cristo en los hombres! Pero Él amó esa ciudad y tuvo misericordia de ella: de allí dijo que comenzaría su predicación, Comenzando desde Jerusalén. Él hizo allí el principio de la predicación de su nombre: ¿y tú te horroriza la comunión de esa ciudad? No es de extrañar si, cortado, odias la raíz. ¿Qué dijo a sus discípulos? Permaneced en la ciudad, porque yo envío mi promesa sobre vosotros (Luc. XXIV, 13-49). He aquí la ciudad que odian. Tal vez la amarían si los judíos, asesinos de Cristo, habitaran en ella. Es manifiesto que todos los asesinos de Cristo, es decir, los judíos, han sido expulsados de esa ciudad. La que tenía a los que se ensañaban contra Cristo, ahora tiene a los que adoran a Cristo. Por eso la odian, porque hay cristianos en ella. Allí quiso que sus discípulos permanecieran, y allí les envió el Espíritu Santo. ¿Dónde comenzó la Iglesia, sino donde vino del cielo el Espíritu Santo y llenó a ciento veinte que estaban sentados en un solo lugar? Ese número de doce se había multiplicado por diez. Estaban sentados ciento veinte hombres, y vino el Espíritu Santo, y

llenó todo el lugar, y se produjo un sonido, como de un viento impetuoso, y se dividieron lenguas como de fuego. Habéis escuchado los Hechos de los Apóstoles, hoy se ha leído esa misma lectura: Comenzaron a hablar en lenguas como el Espíritu les daba que hablasen. Y todos los que estaban allí, judíos venidos de diversas naciones, reconocían cada uno su lengua; y se maravillaban de que aquellos iletrados e ignorantes de repente hubieran aprendido no una o dos lenguas, sino todas las lenguas de todas las naciones (Act. I, 15, y II, 1, 12). Donde ya todas las lenguas sonaban, se mostraba que todas las lenguas creerían. Pero estos que aman mucho a Cristo, y por eso no quieren comunicarse con la ciudad que mató a Cristo, honran a Cristo de tal manera que dicen que Él se ha quedado con dos lenguas, la latina y la púnica, es decir, la africana. ¿Sólo dos lenguas tiene Cristo? Pues esas dos lenguas son las únicas que hay en la parte de Donato, no tienen más. Despertemos, hermanos, veamos más bien el don del Espíritu de Dios, y creamos en lo que se dijo antes de Él, y veamos cumplido lo que se dijo antes en el Salmo: No hay lenguaje ni palabras, donde no se oigan sus voces. Y para que no pienses que esas lenguas vinieron a un solo lugar, y no más bien el don de Cristo vino a todas las lenguas, escucha lo que sigue: Por toda la tierra salió su sonido, y hasta los confines del mundo sus palabras. ¿Por qué esto? Porque en el sol puso su tabernáculo (Sal. XVIII, 4-6), es decir, en lo manifiesto. Su tabernáculo, su carne; su tabernáculo, su Iglesia: puesta en el sol, no está en la noche, sino en el día. Pero, ¿por qué no la reconocen? Vuelve a la lectura, donde ayer se hizo el final, y ve por qué no la reconocen: Quien odia a su hermano, anda en tinieblas, y no sabe a dónde va; porque las tinieblas han cegado sus ojos. Veamos, pues, lo que sigue, y no estemos en tinieblas. ¿Cómo no estaremos en tinieblas? Si amamos a los hermanos. ¿Cómo se prueba que amamos a la fraternidad? Porque no rompemos la unidad, porque mantenemos la caridad.

4. Os escribo, hijitos, porque se os perdonan los pecados por su nombre. Por eso hijitos, porque nacéis con los pecados perdonados. Pero, ¿por qué nombre se perdonan los pecados? ¿Acaso por el nombre de Agustín? Entonces tampoco por el nombre de Donato. Mira quién es Agustín, o quién es Donato: ni por el nombre de Pablo, ni por el nombre de Pedro. Pues a los que dividían la Iglesia para sí, y trataban de hacer partes de la unidad, la madre caridad, al dar a luz a los pequeños en el Apóstol, expone sus entrañas, de alguna manera desgarras sus pechos con palabras, llora a los hijos que ve ser llevados, los llama de nuevo a un solo nombre a los que querían hacerse muchos nombres, los aparta de su amor para que Cristo sea amado, y dice: ¿Acaso fue Pablo crucificado por vosotros? ¿O en el nombre de Pablo fuisteis bautizados? (I Cor. I, 13). ¿Qué dice? No quiero que seáis míos, para que seáis conmigo: estad conmigo; todos somos de aquel que murió por nosotros, que fue crucificado por nosotros: de donde también aquí, Se os perdonan los pecados por su nombre, no por el nombre de ningún hombre.

5. Os escribo, padres. ¿Por qué primero hijos? Porque se os perdonan los pecados por su nombre, y renacéis a una nueva vida, por eso hijos. ¿Por qué padres? Porque habéis conocido al que es desde el principio: pues el principio pertenece a la paternidad. Cristo es nuevo en la carne, pero antiguo en la divinidad. ¿Cuán antiguo pensamos que es? ¿De cuántos años? ¿Pensamos que es mayor que su madre? Mayor ciertamente que su madre: pues todo fue hecho por Él (Juan I, 3). Si todo, también hizo a su madre, de la cual nacería nuevo. ¿Pensamos que es solo antes que su madre? Y antes de los abuelos de su madre. El abuelo de su madre es Abraham; y el Señor dice, Antes de Abraham yo soy (Juan VIII, 58). ¿Decimos antes de Abraham? El cielo y la tierra fueron hechos antes de que existiera el hombre. Antes de estas cosas fue el Señor, más bien es. Muy bien no dijo, Antes de Abraham yo fui; sino, Antes de Abraham yo soy. Pues lo que se dice que fue, no es; y lo que se dice que será, aún no es: Él solo conoce el ser. Según lo que es Dios, solo conoce el ser; no conoce el haber sido

ni el ser futuro. Allí hay un día, pero eterno. No lo ponen en medio el día de ayer y el de mañana: pues al terminar el día de ayer, comenzando el de hoy, terminará con el que vendrá mañana. Allí hay un solo día sin tinieblas, sin noche, sin espacios, sin medida, sin horas. Llámalo como quieras: si quieres, es día; si quieres, es año; si quieres, son años. Pues se ha dicho de Él, Y tus años no fallarán (Sal. CI, 28). ¿Cuándo se le llamó día? Cuando se le dijo al Señor, Yo te he engendrado hoy (Sal. II, 7). Engendrado del Padre eterno, engendrado desde la eternidad, engendrado en la eternidad: sin principio, sin fin, sin espacio de latitud; porque es lo que es, porque Él es el que es. Este es su nombre que dijo a Moisés: Dirás a ellos, El que es, me ha enviado a vosotros (Éxodo III, 14). ¿Qué, entonces, antes de Abraham? ¿Qué antes de Noé? ¿Qué antes de Adán? Escucha la Escritura: Antes del lucero te engendré (Sal. CIX, 3). Finalmente, antes del cielo y la tierra. ¿Por qué? Porque todo fue hecho por Él, y sin Él nada fue hecho (Juan I, 3). Por eso, padres, reconoced: se hacen padres reconociendo al que es desde el principio.

6. Os escribo, jóvenes. Son hijos, son padres, son jóvenes; hijos, porque nacen; padres, porque reconocen el principio: ¿por qué jóvenes? Porque habéis vencido al maligno. En los hijos está el nacimiento, en los padres la antigüedad, en los jóvenes la fortaleza. Si el maligno es vencido por los jóvenes, lucha con nosotros. Lucha, pero no vence. ¿Por qué? ¿Porque somos fuertes, o porque Él es fuerte en nosotros, quien fue hallado débil entre las manos de los perseguidores? Él nos hizo fuertes, quien no resistió a los perseguidores. Pues fue crucificado por debilidad, pero vive por el poder de Dios (II Cor. XIII, 4).

7. Os escribo, niños. ¿Por qué niños? Porque habéis conocido al Padre. Os escribo, padres: lo recomienda, y lo repite, Porque habéis conocido al que es desde el principio. Recordad que sois padres: si olvidáis al que es desde el principio, habéis perdido la paternidad. Os escribo, jóvenes. Considerad una y otra vez, porque sois jóvenes: luchad, para que vencáis; vencid, para que seáis coronados; sed humildes, para que no caigáis en la lucha. Os escribo, jóvenes, porque sois fuertes, y la palabra de Dios permanece en vosotros, y habéis vencido al maligno.

8. Todas estas cosas, hermanos, porque hemos conocido al que es desde el principio, porque somos fuertes, porque hemos conocido al Padre: ¿todas estas cosas como conocimiento se recomiendan, no se recomienda la caridad? Si hemos conocido, amemos: pues el conocimiento sin caridad no salva. La ciencia hincha, la caridad edifica (I Cor. VIII, 1). Si queréis confesar y no amar, comenzáis a ser semejantes a los demonios. Los demonios confesaban al Hijo de Dios, y decían, ¿Qué tenemos que ver contigo? (Mat. VIII, 29) y eran rechazados. Confesad, y abrazad. Pues ellos temían por sus iniquidades; vosotros amad al que perdona vuestras iniquidades. Pero, ¿cómo podremos amar a Dios, si amamos al mundo? Por tanto, nos prepara para ser habitados por la caridad. Hay dos amores, del mundo y de Dios: si el amor del mundo habita, no hay lugar para que entre el amor de Dios: que salga el amor del mundo y habite el de Dios; que el mejor tome el lugar. Amabas al mundo, no ames al mundo: cuando hayas vaciado tu corazón del amor terrenal, recibirás el amor divino; y comienza a habitar ya la caridad, de la cual no puede proceder nada malo. Escuchad, pues, las palabras del que ahora purga. Como un campo encuentra los corazones de los hombres: pero, ¿cómo los encuentra? Si encuentra un bosque, lo arranca; si encuentra un campo limpio, planta. Quiere plantar allí un árbol, la caridad. ¿Y qué bosque quiere arrancar? El amor del mundo. Escucha al que arranca el bosque. No améis al mundo, pues esto sigue, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él.

9. Habéis escuchado que si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Que nadie diga en su corazón que esto es falso, hermanos: Dios lo dice, el Espíritu Santo habló por el Apóstol, nada más verdadero, Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él.

¿Quieres tener el amor del Padre, para ser coheredero del Hijo? No ames al mundo. Excluye el mal amor del mundo, para que te llenes del amor de Dios. Eres un vaso, pero aún estás lleno; vacía lo que tienes, para que recibas lo que no tienes. Ciertamente ya han renacido del agua y del Espíritu nuestros hermanos; y nosotros hace algunos años renacimos del agua y del Espíritu. Es bueno para nosotros no amar al mundo, para que no permanezcan en nosotros los Sacramentos para condenación, no fundamentos para salvación. El fundamento de la salvación es tener la raíz de la caridad, tener la virtud de la piedad, no solo la forma. Buena forma, santa forma: pero, ¿de qué vale la forma, si no tiene raíz? ¿No se echa al fuego el sarmiento cortado? Ten la forma, pero en la raíz. ¿Cómo, entonces, te arraigas para no ser desarraigado? Manteniendo la caridad, como dice el apóstol Pablo, Arraigados y cimentados en caridad (Efes. III, 17). ¿Cómo se arraigará allí la caridad, entre tanta maleza del amor del mundo? Arrancad las malezas. Vais a poner una gran semilla; que no haya en el campo lo que ahogue la semilla. Estas son las palabras que arrancan lo que dijo: No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él.

10. Porque todo lo que hay en el mundo es deseo de la carne, deseo de los ojos y ambición del siglo, tres cosas que no son del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre, como Él permanece para siempre. ¿Por qué no he de amar lo que Dios ha hecho? ¿Qué deseas? ¿Amar lo temporal y pasar con el tiempo, o no amar al mundo y vivir eternamente con Dios? El río de las cosas temporales arrastra, pero como un árbol junto al río ha nacido nuestro Señor Jesucristo. Tomó carne, murió, resucitó, ascendió al cielo. Quiso plantarse de alguna manera junto al río de lo temporal. ¿Te arrastra la corriente? Agárrate al madero. ¿Te envuelve el amor al mundo? Agárrate a Cristo. Se hizo temporal por ti, para que tú te hagas eterno; porque Él se hizo temporal de tal manera que permaneció eterno. Algo se le añadió del tiempo, pero no se le quitó de la eternidad. Tú naciste temporal y por el pecado te hiciste temporal: tú te hiciste temporal por el pecado, Él se hizo temporal por la misericordia de perdonar los pecados. ¿Cuánta diferencia hay, cuando dos están en la cárcel, entre el reo y su visitante? A veces un hombre viene a visitar a su amigo, y ambos parecen estar en la cárcel; pero hay una gran distancia y distinción entre ellos. A uno lo oprime la causa, al otro lo lleva la humanidad. Así, en esta mortalidad, nosotros estábamos retenidos por la culpa; Él descendió por misericordia: el redentor entró al cautivo, no el opresor. El Señor derramó su sangre por nosotros, nos redimió, cambió nuestra esperanza. Aún llevamos la mortalidad de la carne, y presumimos de la futura inmortalidad: y fluctuamos en el mar, pero ya hemos fijado el ancla de la esperanza en la tierra.

11. Pero no amemos al mundo, ni las cosas que hay en el mundo. Porque lo que hay en el mundo es deseo de la carne, deseo de los ojos y ambición del siglo. Estas son tres cosas: no sea que alguien diga, Lo que hay en el mundo, Dios lo hizo, es decir, el cielo y la tierra, el mar, el sol, la luna, las estrellas, todos los adornos de los cielos. ¿Cuáles son los adornos del mar? Todos los reptiles. ¿Cuáles de la tierra? Los animales, los árboles, las aves. Estas cosas están en el mundo, Dios las hizo. ¿Por qué entonces no he de amar lo que Dios hizo? Que el Espíritu de Dios esté en ti, para que veas que todas estas cosas son buenas: pero ¡ay de ti si amas lo creado y abandonas al Creador! Son hermosas para ti; pero ¿cuánto más hermoso es aquel que las formó? Que vuestra Caridad preste atención. Podéis ser instruidos por similitudes: no sea que Satanás os engañe, diciendo lo que suele decir. Que os vaya bien en la criatura de Dios; ¿por qué las hizo, sino para que os vaya bien? Y se embriagan, y perecen, y olvidan a su Creador: mientras no usan las cosas creadas con moderación, sino con codicia, el Creador es despreciado. De tales dice el Apóstol: Adoraron y sirvieron a la criatura antes que al Creador, que es bendito por los siglos (Rom. I, 25). Dios no te prohíbe amar estas cosas,

sino no amarlas para la bienaventuranza; sino aprobarlas y alabarlas para que ames al Creador. Así como, hermanos, si el esposo hiciera un anillo para su esposa, y ella amara más el anillo recibido que al esposo que le hizo el anillo; ¿no sería descubierta como adúltera en el mismo don del esposo, aunque amara lo que el esposo le dio? Ciertamente amaría lo que el esposo le dio: sin embargo, si dijera, Me basta este anillo, ya no quiero ver su rostro; ¿cómo sería? ¿Quién no detestaría esta locura? ¿Quién no condenaría su alma adúltera? Amas el oro en lugar del hombre, amas el anillo en lugar del esposo: si esto está en ti, que ames el anillo en lugar de tu esposo, y no quieras ver a tu esposo; te dio la prenda no para que te empeñara, sino para que te apartara. Sin duda, el esposo da la prenda para que en su prenda se le ame a él. Por tanto, Dios te dio todas estas cosas, ama a aquel que las hizo. Es más lo que quiere darte, es decir, a sí mismo, que hizo estas cosas. Pero si amas estas cosas, aunque Dios las haya hecho, y descuidas al Creador, y amas al mundo; ¿no se considerará tu amor como adúltero?

12. Porque el mundo no solo se llama a esta estructura que Dios hizo, el cielo y la tierra, el mar, lo visible e invisible: sino que los habitantes del mundo se llaman mundo, como se llama casa tanto a las paredes como a los habitantes. Y a veces alabamos la casa, y vituperamos a los habitantes. Decimos, Buena casa; porque está adornada con mármol y bellamente decorada: y de otra manera decimos, Buena casa; nadie sufre injuria allí, no hay robos, no hay opresiones. Ahora no alabamos las paredes, sino a los habitantes de las paredes: sin embargo, se llama casa, ya sea esta o aquella. Todos los amantes del mundo, porque habitan el mundo con amor; como habitan el cielo aquellos cuyo corazón está en lo alto, y caminan con la carne en la tierra: por tanto, todos los amantes del mundo se llaman mundo. Ellos no tienen más que estas tres cosas, deseo de la carne, deseo de los ojos y ambición del siglo. Desean comer, beber, tener relaciones, disfrutar de estos placeres. ¿Acaso no hay medida en estas cosas? ¿O cuando se dice, No améis estas cosas, se dice para que no comáis, o no bebáis, o no procreéis hijos? No se dice esto. Pero que haya medida por el Creador, para que no os ligen con este amor; no améis para disfrutar lo que debéis tener para usar. Pero no sois probados, sino cuando se os proponen dos cosas, esto o aquello: ¿Quieres justicia o ganancias? No tengo de qué vivir, no tengo de qué comer, no tengo de qué beber. Pero, ¿qué, si no puedes tener estas cosas sino por iniquidad? ¿No amas mejor lo que no pierdes, que cometes iniquidad? Ves la ganancia del oro, no ves la pérdida de la fe. Esto, pues, nos dice, deseo de la carne, es decir, deseo de aquellas cosas que pertenecen a la carne, como la comida y el coito, y otras cosas semejantes.

13. Y el deseo de los ojos: el deseo de los ojos dice toda curiosidad. ¿Cuán amplia es la curiosidad? Está en los espectáculos, en los teatros, en los sacramentos del diablo, en las artes mágicas, en los maleficios, es curiosidad. A veces también tienta a los siervos de Dios, para que quieran hacer un milagro, para probar si Dios los escucha en los milagros; es curiosidad, esto es deseo de los ojos; no es del Padre. Si Dios te lo da, hazlo; te lo ofreció para que lo hagas: porque no todos los que no hicieron milagros, no pertenecerán al reino de Dios. Cuando los Apóstoles se alegraban porque los demonios se les sometían, ¿qué les dijo el Señor? No os alegréis de esto; sino alegraos de que vuestros nombres estén escritos en el cielo (Luc. X, 20). De eso quiso que se alegraran los Apóstoles, de lo que tú también te alegras. ¡Ay de ti, si tu nombre no está escrito en el cielo! ¿Acaso hay de ti, si no resucitaste muertos? ¿Acaso hay de ti, si no caminaste sobre el mar? ¿Acaso hay de ti, si no expulsaste demonios? Si recibiste para hacer, usa humildemente, no con soberbia. Porque el Señor dijo de algunos falsos profetas, que harán señales y prodigios (Mat. XXIV, 24). Por tanto, no haya ambición del siglo. La ambición del siglo es soberbia. Quiere jactarse en los honores; se ve grande a sí mismo, ya sea por las riquezas, ya sea por algún poder.

14. Estas son tres cosas, y no encuentras de qué se tienta la codicia humana, sino por el deseo de la carne, el deseo de los ojos o la ambición del siglo. Por estas tres cosas fue tentado el Señor por el diablo. Fue tentado por el deseo de la carne, cuando se le dijo, Si eres Hijo de Dios, di a estas piedras que se conviertan en panes; cuando tuvo hambre después del ayuno. Pero, ¿cómo repelió al tentador, y enseñó al soldado a luchar? Atiende a lo que le dijo: No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra de Dios. Fue tentado también por el deseo de los ojos con el milagro, cuando le dijo: Lánzate abajo, porque está escrito, A sus ángeles mandará acerca de ti, para que te sostengan, no sea que tropieces con tu pie en piedra. Él resistió al tentador: porque si hiciera el milagro, no parecería sino que cedió, o que lo hizo por curiosidad: lo hizo cuando quiso como Dios, pero como curando a los enfermos. Porque si lo hiciera entonces, se pensaría que solo quiso hacer un milagro. Pero para que los hombres no sintieran esto, atiende a lo que respondió; y cuando te venga tal tentación, di eso también tú, Apártate de mí, Satanás; porque está escrito, No tentarás al Señor tu Dios: es decir, Si hago esto, tentaré a Dios. Esto dijo, lo que quiso que tú dijeras. Cuando el enemigo te sugiere, ¿Qué clase de hombre, qué clase de cristiano eres? ¿acaso has hecho un milagro, o tus oraciones han resucitado muertos, o has sanado a los febriles? si realmente fueras de algún valor, harías algún milagro: responde y di, Está escrito, No tentarás al Señor tu Dios: no tentaré a Dios, como si entonces perteneciera a Dios si hiciera un milagro, y no perteneciera si no lo hiciera. ¿Y dónde están sus palabras, Alegraos porque vuestros nombres están escritos en el cielo? ¿Cómo fue tentado el Señor por la ambición del siglo? Cuando lo llevó a un lugar alto, y le dijo: Todo esto te daré, si postrado me adoras. Quiso tentarlo con la exaltación del reino terrenal al rey de los siglos: pero el Señor que hizo el cielo y la tierra, pisoteaba al diablo. ¿Qué gran cosa es que el diablo sea vencido por el Señor? ¿Qué respondió al diablo, sino lo que te enseñó a responder? Está escrito, Al Señor tu Dios adorarás, y a Él solo servirás (Mat. IV, 1-10). Teniendo estas cosas, no tendréis la concupiscencia del mundo: no teniendo la concupiscencia del mundo, no os someterá ni el deseo de la carne, ni el deseo de los ojos, ni la ambición del siglo; y haréis lugar a la caridad venidera, para que améis a Dios. Porque si hay amor al mundo, no habrá amor a Dios. Mantened más bien el amor a Dios, para que como Dios es eterno, así también vosotros permanezcáis en la eternidad: porque tal es cada uno, como es su amor. ¿Amas la tierra? serás tierra. ¿Amas a Dios? ¿qué diré? ¿serás dios? No me atrevo a decirlo por mí mismo, escuchemos las Escrituras: Yo dije, Sois dioses, y todos vosotros hijos del Altísimo (Sal. LXXXI, 6). Si, pues, queréis ser dioses e hijos del Altísimo, no améis el mundo, ni las cosas que hay en el mundo. Si alguno ama el mundo, no está en él la caridad del Padre. Porque todo lo que hay en el mundo, es deseo de la carne, y deseo de los ojos, y ambición del siglo, que no es del Padre, sino del mundo: es decir, de los hombres amantes del mundo. Y el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios, permanece para siempre, como Dios permanece para siempre.

TRACTATUS III. De lo que sigue, Hijitos, es la última hora; hasta aquello, La unción de Él os enseña sobre todas las cosas. Cap. II, V. 18-27.

1. Hijitos, es la última hora. En esta lectura se dirige a los niños; para que se apresuren a crecer, porque es la última hora. La edad del cuerpo no está en la voluntad. Así como nadie crece según la carne cuando quiere; como nadie nace cuando quiere: donde el nacimiento está en la voluntad, también el crecimiento está en la voluntad. Nadie nace del agua y del Espíritu sino queriendo. Por tanto, si quiere, crece: si quiere, decrece. ¿Qué es crecer? Progresar. ¿Qué es decrecer? Decaer. Quien sabe que ha nacido, escuche que es niño e infante; ansíe ávidamente los pechos de la madre, y pronto crecerá. La madre es la Iglesia; y sus pechos son los dos Testamentos de las Escrituras divinas. De aquí se succiona la leche de todos los

sacramentos realizados temporalmente para nuestra salvación eterna, para que nutrido y fortalecido llegue a comer el alimento, que es, En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios (Juan I, 1). Nuestra leche es Cristo humilde; nuestro alimento, el mismo Cristo igual al Padre. Te nutre con leche, para que te alimente con pan: porque tocar a Jesús con el corazón espiritualmente, es conocer que es igual al Padre.

2. Por eso prohibía a María tocarlo, y le decía: No me toques; porque aún no he subido al Padre. ¿Qué es esto? ¿Se ofreció a ser palpado por los discípulos, y evitó el contacto de María? ¿No es el mismo que dijo al discípulo dudoso, Mete tus dedos, y palpa las cicatrices (Juan XX, 17, 27)? ¿Acaso ya había subido al Padre? ¿Por qué entonces prohíbe a María, y dice, No me toques; porque aún no he subido al Padre? ¿Diremos que no temió ser tocado por hombres, y sí por mujeres? Su contacto purifica toda carne. ¿A quienes primero quiso manifestarse, de ellos temió ser tocado? ¿No fue anunciada su resurrección a los hombres por mujeres, para que el arte contrario del diablo fuera vencido? Porque él anunció la muerte al primer hombre por una mujer; y la vida fue anunciada a los hombres por una mujer. ¿Por qué entonces no quiso ser tocado, sino porque quiso que se entendiera aquel contacto espiritual? El contacto espiritual es del corazón puro. Aquel que toca a Cristo con un corazón puro, es quien lo entiende igual al Padre. Pero quien aún no entiende la divinidad de Cristo, llega hasta la carne, no hasta la divinidad. ¿Y qué gran cosa es llegar hasta allí, hasta donde llegaron los perseguidores que lo crucificaron? Lo grande es entender el Verbo Dios con Dios en el principio, por quien fueron hechas todas las cosas: como quiso ser conocido, cuando dijo a Felipe, Tanto tiempo estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto, ha visto al Padre (Juan XIV, 9).

3. Pero para que nadie sea perezoso en progresar, escuche: Hijitos, es la última hora. Progresad, corred, creced, es la última hora. Esta última hora es prolongada; sin embargo, es la última. Porque puso hora por el tiempo último; porque en los últimos tiempos vendrá nuestro Señor Jesucristo. Pero algunos dirán: ¿Cómo es el último tiempo? ¿Cómo es la última hora? Ciertamente antes vendrá el Anticristo, y entonces vendrá el día del juicio. Juan vio estos pensamientos: para que no se sintieran seguros, y por eso no creyeran que era la última hora, porque vendría el Anticristo, les dijo, Y como habéis oído que el Anticristo ha de venir, ahora muchos anticristos han surgido. ¿Podría tener muchos anticristos, si no fuera la última hora?

4. ¿A quiénes llamó antichristos? Sigue, y lo explica: Por eso sabemos que es la última hora. ¿Por qué? Porque muchos antichristos han surgido. Salieron de nosotros: ved a los antichristos. Salieron de nosotros: por tanto, lamentamos la pérdida. Escucha el consuelo: Pero no eran de nosotros. Todos los herejes, todos los cismáticos salieron de nosotros, es decir, salen de la Iglesia; pero no habrían salido, si fueran de nosotros. Antes de que salieran, no eran de nosotros. Si antes de salir, no eran de nosotros; muchos están dentro, no han salido, pero sin embargo son antichristos. Nos atrevemos a decir esto: ¿para qué, sino para que cada uno, cuando está dentro, no sea antichristo? Porque va a describir y designar a los antichristos; y los veremos ahora. Y cada uno debe interrogar su conciencia, si es antichristo. Porque en latín Anticristo es contrario a Cristo. No como algunos entienden que Anticristo se dice porque ha de venir antes de Cristo, es decir, después de él vendrá Cristo: no se dice así, ni se escribe así; sino Anticristo, es decir, contrario a Cristo. Ahora, ¿quién es contrario a Cristo, sino aquel que se opone a Él? Ahora lo advertís por su propia exposición, y entendéis que no pueden salir fuera sino los antichristos; pero aquellos que no son contrarios a Cristo, de ninguna manera pueden salir fuera. Porque quien no es contrario a Cristo, permanece en su cuerpo, y se cuenta como miembro. Nunca los miembros son contrarios entre sí. La integridad del cuerpo consta de todos los miembros. ¿Y qué dice el Apóstol sobre la

concordia de los miembros? Si un miembro sufre, todos los miembros sufren con él; y si un miembro es glorificado, todos los miembros se alegran con él (1 Cor. XII, 26). Si, pues, en la glorificación de un miembro los demás miembros se alegran, y en el sufrimiento todos los miembros sufren; la concordia de los miembros no tiene antichristo. Y hay quienes están dentro así en el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo; puesto que aún se cura su cuerpo, y la salud perfecta no será sino en la resurrección de los muertos: están así en el cuerpo de Cristo, como humores malos. Cuando son vomitados, entonces el cuerpo se alivia: así también los malos cuando salen, entonces la Iglesia se alivia. Y dice cuando los vomita y expulsa el cuerpo: Salieron de mí estos humores, pero no eran de mí. ¿Qué significa, no eran de mí? No fueron cortados de mi carne, sino que me oprimían el pecho cuando estaban dentro.

5. Salieron de nosotros; pero, no os entristezcáis, no eran de nosotros. ¿Cómo lo pruebas? Porque si hubieran sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros. De aquí, pues, vea vuestra Caridad, que muchos que no son de nosotros, reciben con nosotros los Sacramentos, reciben con nosotros el Bautismo, reciben con nosotros lo que los fieles saben que reciben, la Bendición, la Eucaristía, y todo lo que hay en los santos Sacramentos; reciben con nosotros la comunión del mismo altar, y no son de nosotros. La tentación prueba que no son de nosotros. Cuando les viene la tentación, como por ocasión del viento, vuelan fuera; porque no eran granos. Pero todos volarán entonces, lo que a menudo debe decirse, cuando la era del Señor comience a ser aventada en el día del juicio. Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros: porque si hubieran sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros: Pues queréis saber, carísimos, cuán ciertamente se dice esto, para que los que tal vez salieron y regresan, no sean anticristos, no sean contrarios a Cristo. Los que no son anticristos, no pueden permanecer fuera. Pero de su propia voluntad cada uno es o anticristo, o en Cristo. O estamos en los miembros, o en los humores malos. Quien se convierte a mejor, es miembro en el cuerpo: pero quien permanece en la malicia, es humor malo; y cuando salga, se aliviarán los que estaban oprimidos. Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros: porque si hubieran sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros: pero para que se manifestaran, que no todos eran de nosotros. Por eso añadió, para que se manifestaran, porque aun cuando están dentro, no son de nosotros; no obstante, no son manifiestos, pero al salir se manifiestan. Y vosotros tenéis la unción del santo, para que os manifestéis a vosotros mismos. La unción espiritual es el mismo Espíritu Santo, cuyo sacramento está en la unción visible. Esta unción de Cristo dice que todos los que la tienen, conocen a los malos y a los buenos; y no es necesario que sean enseñados, porque la misma unción los enseña.

6. Os escribo, no porque no conocierais la verdad; sino porque la conocéis, y porque toda mentira no es de la verdad. He aquí que hemos sido advertidos de cómo conocer al Anticristo. ¿Qué es Cristo? La Verdad. Él mismo dijo, Yo soy la verdad (Juan XIV, 6). Pero toda mentira no es de la verdad: por lo tanto, todos los que mienten, aún no son de Cristo. No dijo que alguna mentira es de la verdad, y alguna mentira no es de la verdad. Prestad atención a la sentencia; no os engañéis, no os aduleis, no os engañéis, no os ilusionéis: Toda mentira no es de la verdad. Veamos, pues, cómo los anticristos mienten porque no hay un solo tipo de mentira. ¿Quién es el mentiroso, sino el que niega que Jesús no es el Cristo? Jesús tiene un significado, y Cristo tiene otro: aunque es un solo Jesús Cristo nuestro salvador, Jesús es sin embargo su nombre propio. Así como Moisés fue llamado por su nombre propio, así como Elías, así como Abraham; así tiene nuestro Señor Jesús un nombre propio: Cristo, sin embargo, es el nombre del sacramento. Así como si se dijera profeta, así como si se dijera sacerdote; así se recomienda a Cristo ungido, en quien estaría la redención de todo el pueblo de Israel. Este Cristo era esperado por el pueblo de los judíos; y porque vino humilde, no fue reconocido; porque era una piedra pequeña, tropezaron en él, y se rompieron. Pero la piedra

creció, y se hizo un gran monte (Dan. II, 35); y ¿qué dice la Escritura? Cualquiera que tropiece en esta piedra, será quebrantado; y sobre quien venga esta piedra, lo triturrará (Luc. XX, 18). Las palabras deben ser discernidas: dijo que el que tropieza será quebrantado; pero sobre quien venga, lo triturrará. Primero porque vino humilde, los hombres tropezaron en él: porque vendrá excelso al juicio, sobre quien venga, lo triturrará. Pero no triturrará al que venga, al que no quebrantó cuando vino. Quien no tropieza en el humilde, no temerá al excelso. Brevemente habéis escuchado, hermanos: quien no tropieza en el humilde, no temerá al excelso. Porque para todos los malos, Cristo es piedra de tropiezo; todo lo que dice Cristo, es amargo para ellos.

7. Escuchad, pues, y ved. Todos ciertamente los que salen de la Iglesia, y son cortados de la unidad de la Iglesia, son anticristos, nadie lo dude; él mismo lo designó, Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros: porque si hubieran sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros. Por tanto, cualquiera que no permanece con nosotros, sino que sale de nosotros, es manifiesto que son anticristos. ¿Y cómo se prueban los anticristos? Por la mentira. ¿Y quién es el mentiroso, sino el que niega que Jesús no es el Cristo? Preguntemos a los herejes: ¿a quién encuentras hereje, que niega que Jesús no es el Cristo? Vea vuestra Caridad el gran sacramento. Prestad atención a lo que el Señor Dios nos ha inspirado, y lo que quiero insinuaros. He aquí que salieron de nosotros, y se hicieron donatistas: les preguntamos si Jesús es el Cristo: inmediatamente confiesan que Jesús es el Cristo. Si, por tanto, él es el anticristo que niega que Jesús es el Cristo, ni ellos pueden llamarnos anticristos, ni nosotros a ellos; porque ambos confesamos, y ellos también. Si, por tanto, ni ellos nos llaman, ni nosotros a ellos; entonces ni ellos salieron de nosotros, ni nosotros de ellos. Si, por tanto, no salimos de ellos, estamos en unidad: si estamos en unidad, ¿qué hacen en esta ciudad dos altares? ¿qué hacen casas divididas, matrimonios divididos? ¿qué hace un lecho común, y Cristo dividido? Nos advierte, quiere que confesemos lo que es verdad. O ellos salieron de nosotros, o nosotros de ellos. Pero lejos esté que nosotros de ellos: porque tenemos el testamento de la herencia del Señor, lo recitamos, y allí nos encontramos, Te daré las naciones por herencia, y los confines de la tierra por posesión (Sal. II, 8). Mantenemos la herencia de Cristo: ellos no la mantienen; no comunican con el orbe de la tierra, no comunican con la universalidad redimida por la sangre del Señor. Tenemos al mismo Señor resucitado de los muertos, que se ofreció a las manos de los discípulos dudosos para ser palpado. Y mientras aún dudaban, les dijo: Era necesario que Cristo padeciera, y resucitara al tercer día, y se predicara en su nombre el arrepentimiento y la remisión de los pecados. ¿Dónde? ¿en qué lugar? ¿a quiénes? Por todas las naciones, comenzando desde Jerusalén (Luc. XXIV, 46 y 47). Estamos seguros de la unidad de la herencia. Cualquiera que no comunique con esta herencia, ha salido fuera.

8. Pero no nos entristezcamos: Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros: porque si hubieran sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros. Si, por tanto, salieron de nosotros, son anticristos; si son anticristos, son mentirosos; si son mentirosos, niegan que Jesús es el Cristo. De nuevo volvemos a la dificultad de la cuestión. Pregunta a cada uno, confiesan que Jesús es el Cristo. Nos constriñe la estrechez del entendimiento en esta Epístola. Ciertamente veis la cuestión; esta cuestión nos turba a nosotros y a ellos, si no se entiende. O nosotros somos anticristos, o ellos son anticristos: ellos nos llaman anticristos, y dicen que salimos de ellos; nosotros a ellos de igual manera: pero esta Epístola designó a los anticristos. Cualquiera que niega que Jesús no es el Cristo, él es el anticristo. Ahora, pues, busquemos quién niega; y no atendamos a la lengua, sino a los hechos. Porque si todos son interrogados, todos con una sola voz confiesan que Jesús es el Cristo. Que calle un poco la lengua, interroga la vida. Si encontramos esto, si la misma Escritura nos dice que la negación

no solo se hace con la lengua, sino también con los hechos; ciertamente encontramos muchos anticristos que con la boca profesan a Cristo, y con las costumbres disienten de Cristo. ¿Dónde encontramos esto en la Escritura? Escucha al apóstol Pablo: hablando de tales, dice, Confiesan conocer a Dios, pero con los hechos lo niegan (Tit. I, 16). Encontramos también a esos anticristos: cualquiera que con los hechos niega a Cristo, es anticristo. No escucho qué suena, sino veo qué vive. ¿Las obras hablan, y buscamos palabras? ¿Quién malo no quiere hablar bien? Pero ¿qué dice el Señor a tales? Hipócritas, ¿cómo podéis hablar bien, siendo malos? (Mat. XII, 34). Vuestras voces las lleváis a mis oídos; yo miro vuestras intenciones: veo allí mala voluntad, y mostráis falsos frutos. Sé de qué recojo; no recojo higos de los cardos, no recojo uvas de las espinas. Porque cada árbol se conoce por su fruto (Id. VII, 16). Más mentiroso es el anticristo que con la boca profesa que Jesús es el Cristo, y con los hechos lo niega. Por eso es mentiroso, porque dice una cosa, y hace otra.

9. Ahora, pues, hermanos, si los hechos deben ser interrogados, no solo encontramos muchos anticristos que han salido fuera; sino muchos aún no manifestos, que no han salido fuera. Porque cuantos perjuros, defraudadores, malhechores, buscadores de sortilegios, adúlteros, borrachos, usureros, traficantes, y todo lo que no podemos enumerar tiene la Iglesia; son contrarios a la doctrina de Cristo, son contrarios a la palabra de Dios: Pero la Palabra de Dios es Cristo: todo lo que es contrario a la Palabra de Dios, está en el Anticristo. Porque el Anticristo es contrario a Cristo. ¿Y queréis saber cuán abiertamente resisten a Cristo? A veces sucede que hacen algo malo, y comienzan a ser reprendidos; porque no se atreven a blasfemar a Cristo, blasfeman a sus ministros, por quienes son reprendidos: pero si les muestras que dices las palabras de Cristo, no tus palabras; intentan cuanto pueden para convencerte de que dices tus palabras, no las de Cristo: pero si se hace manifiesto que dices las palabras de Cristo, van y contra Cristo, comienzan a reprochar a Cristo: ¿Cómo, dicen, y por qué nos hizo tales? ¿No dicen esto diariamente los hombres convictos de sus hechos? Con mala voluntad perversa, acusan al artífice. El artífice clama a ellos desde el cielo (porque él nos hizo, quien nos rehizo): ¿Qué te hice? Yo hice al hombre, no la avaricia; yo hice al hombre, no el latrocinio; yo hice al hombre; no el adulterio. Has oído que mis obras me alaban. De la boca de los tres jóvenes era el himno que los defendía de los fuegos (Dan. III, 24-90). Las obras del Señor alaban al Señor; alaban el cielo, la tierra, el mar; alaban todo lo que está en el cielo; alaban los ángeles, alaban las estrellas, alaban las luminarias; alaba todo lo que nada, todo lo que vuela, todo lo que camina, todo lo que se arrastra, todas estas cosas alaban al Señor. ¿Acaso has oído que la avaricia alaba al Señor? ¿acaso has oído que la ebriedad alaba al Señor; que la lujuria alaba, que la frivolidad alaba? Todo lo que allí no oyes dar alabanza al Señor, no lo hizo el Señor. Corrige lo que tú hiciste, para que se salve lo que Dios hizo en ti. Pero si no quieres, y amas y abrazas tus pecados; eres contrario a Cristo. Estés dentro, estés fuera, eres anticristo: estés dentro, estés fuera, eres paja. Pero ¿por qué no estás fuera? Porque no has encontrado la ocasión del viento.

10. Ya estas cosas son manifestas, hermanos. Que nadie diga: No adoro a Cristo, sino que adoro a Dios su Padre. Todo el que niega al Hijo, no tiene ni al Hijo ni al Padre: y el que confiesa al Hijo, tiene tanto al Hijo como al Padre. Os habla a vosotros, granos; y los que eran paja, escuchen, y se hagan granos. Cada uno considerando su conciencia, si es amante del mundo, que se cambie; que se haga amante de Cristo, para que no sea anticristo. Si alguien le dice que es anticristo, se enoja, cree que se le ha hecho una injuria; tal vez amenaza con una demanda, si escucha de un litigante que es anticristo. Cristo le dice: Sé paciente; si escuchaste algo falso, alégrate conmigo, porque yo también escucho falsedades de los anticristos: pero si escuchaste algo verdadero, convoca a tu conciencia; y si temes escuchar, teme más ser.

11. Por tanto, lo que habéis oído desde el principio, permanezca en vosotros. Si permanece en vosotros lo que habéis oído desde el principio; también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre. Esta es la promesa que él mismo nos prometió. Porque tal vez buscarías la recompensa, y dirías: He aquí que guardo en mí lo que oí desde el principio, obedezco; peligros, trabajos, tentaciones sufro por esta permanencia: ¿con qué fruto? ¿con qué recompensa? ¿Qué me dará después, porque en este mundo me veo trabajar entre tentaciones? No veo aquí ningún descanso; la misma mortalidad agrava el alma, y el cuerpo que se corrompe oprime hacia abajo: pero soporto todo, para que lo que oí desde el principio, permanezca en mí; y diga a mi Dios, Por las palabras de tus labios yo guardé caminos duros (Sal. XVI, 4). ¿A qué recompensa, pues? Escucha, y no desfallezcas. Si desfallecías en los trabajos, con la recompensa prometida sé fuerte. ¿Quién es el que trabaja en la viña, y se le olvida lo que va a recibir? Haz que olvide su recompensa, las manos desfallecen. La memoria de la recompensa prometida lo hace perseverante en la obra: y un hombre prometió que te puede fallar. ¿Cuánto más fuerte debes ser en el campo de Dios, cuando prometió la verdad, a quien no se le puede suceder, ni morir, ni puede fallar a quien se le prometió? ¿Y qué es lo prometido? Veamos qué prometió. ¿Es oro, lo que aquí los hombres aman mucho, o plata? ¿O posesiones, por las que los hombres derraman oro, aunque amen mucho el oro? ¿O propiedades agradables, casas amplias, muchos siervos, numerosos animales? No es esta una recompensa a la que nos exhorta, para que soportemos en el trabajo. ¿Qué se dice que es esta recompensa? Vida eterna. Habéis oído, y con gozo exclamasteis: amad lo que habéis oído, y liberaros de vuestros trabajos en el descanso de la vida eterna. He aquí lo que promete Dios, vida eterna. He aquí lo que amenaza Dios, fuego eterno. ¿Qué a los que están a la derecha? Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde el principio del mundo. ¿A la izquierda qué? Id al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles (Mat. XXV, 34, 41). Aún no amas aquello, al menos teme esto.

12. Recordad, pues, hermanos míos, que Cristo nos prometió la vida eterna: Esta es, dice, la promesa que él mismo nos prometió, la vida eterna. Esto os he escrito acerca de los que os seducen. Que nadie os seduzca a la muerte; deseáis la promesa de la vida eterna. ¿Qué puede prometer el mundo? Lo que quiera que prometa, tal vez lo prometa a quien mañana morirá. ¿Y con qué cara te presentarás a aquel que permanece para siempre, si vas a salir? Pero un hombre poderoso me amenaza, para que haga algo malo. ¿Qué amenaza? Cárceles, cadenas, fuegos, tormentos, bestias: ¿acaso fuego eterno? Teme lo que amenaza el Omnipotente, ama lo que promete el Omnipotente; y todo el mundo se vuelve vil, ya sea prometiendo, ya sea aterrando. Esto os he escrito acerca de los que os seducen; para que sepáis que tenéis la unción, y la unción que hemos recibido de él, permanezca en nosotros. El sacramento de la unción es, la misma virtud invisible, la unción invisible, el Espíritu Santo; la unción invisible, es aquella caridad que en quienquiera que esté, será como raíz para él, aunque con el sol ardiente no puede secarse. Todo lo que está enraizado, se nutre con el calor del sol, no se seca.

13. Y no tenéis necesidad de que alguien os enseñe, porque la unción misma os enseña acerca de todo. ¿Qué, pues, hacemos nosotros, hermanos, porque os enseñamos? Si la unción de él os enseña acerca de todo, como si trabajáramos en vano. ¿Y para qué clamamos tanto? Dejemos que la unción de él os enseñe. Pero ahora me hago una pregunta, y se la hago al mismo apóstol: dignaos escuchar al pequeño que os pregunta; le digo al mismo Juan, ¿Tenían unción aquellos a quienes hablabas? Tú dijiste, Porque la unción de él os enseña acerca de todo. ¿Para qué hiciste tal Epístola? ¿Qué les enseñabas? ¿qué instruías? ¿qué edificabas? Aquí ved un gran sacramento, hermanos: el sonido de nuestras palabras golpea los oídos, el maestro está dentro. No penséis que alguien aprende algo de un hombre. Podemos advertir

por el ruido de nuestra voz; si no hay quien enseñe dentro, nuestro ruido se hace vano. Tanto, hermanos, ¿queréis saber? ¿Acaso no todos habéis oído este sermón? ¿Cuántos saldrán de aquí indoctos? En cuanto a mí, he hablado a todos; pero a quienes la unción de él no les habla dentro, a quienes el Espíritu Santo no les enseña dentro, regresan indoctos. Las enseñanzas exteriores, son algunas ayudas, y advertencias. Tiene su cátedra en el cielo quien enseña los corazones. Por eso él mismo dice en el Evangelio: No os llaméis maestro en la tierra: uno es vuestro maestro, Cristo (Mat. XXIII, 8, 9). Que él os hable, pues, dentro, cuando no hay nadie de los hombres allí; porque aunque haya alguien a tu lado, no hay nadie en tu corazón. Y no sea que no haya nadie en tu corazón: que Cristo esté en tu corazón; que la unción de él esté en el corazón, para que no esté en soledad el corazón sediento, y no tenga fuentes con las que ser regado. El maestro interior, pues, es quien enseña, Cristo enseña, su inspiración enseña. Donde no está su inspiración y su unción, exteriormente en vano resuenan las palabras. Así son estas palabras, hermanos, que decimos exteriormente, como es el agricultor para el árbol: trabaja exteriormente, aplica agua y diligencia de cultivo: cualquier cosa que aplique exteriormente, ¿acaso forma los frutos? ¿acaso viste la desnudez de los árboles con la sombra de las hojas? ¿acaso hace algo así interiormente? Pero ¿quién hace esto? escuchad al agricultor Apóstol, y ved qué somos, y escuchad al maestro interior: Yo planté, Apolo regó; pero Dios dio el crecimiento: ni el que planta es algo, ni el que riega; sino el que da el crecimiento, Dios (I Cor. III, 6, 7). Esto, pues, os decimos: ya sea que plantemos, ya sea que reguemos hablando, no somos algo; sino aquel que da el crecimiento, Dios, es decir, su unción que os enseña acerca de todo.

TRACTATUS IV. De lo que sigue, Y es veraz, y no es mentiroso; hasta aquello, en esto se manifestó el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo. Cap. II, V. 27-29, y cap. III, V. 1-8.

1. Recordáis, hermanos, que la lectura de ayer terminó en que no tenéis necesidad de que alguien os enseñe, sino que la misma unción os enseña sobre todas las cosas. Esto, como estoy seguro de que recordáis, lo expusimos así: nosotros, que hablamos externamente a vuestros oídos, somos como obreros, aplicando el cultivo externamente al árbol, pero no podemos dar el crecimiento ni formar el fruto; sin embargo, aquel que os creó, redimió y llamó, habitando en vosotros por la fe y su Espíritu, si no os habla internamente, en vano hacemos ruido. ¿De dónde se evidencia esto? Porque aunque muchos escuchan, no todos son persuadidos por lo que se dice; sino solo aquellos a quienes Dios les habla internamente. Y Dios les habla internamente a aquellos que le dan lugar; y le dan lugar a Dios aquellos que no le dan lugar al diablo. Pues el diablo quiere habitar en los corazones de los hombres y hablar allí todo lo que pueda para seducir. Pero ¿qué dice el Señor Jesús? El príncipe de este mundo ha sido echado fuera (Juan XII, 31). ¿De dónde ha sido echado? ¿Acaso fuera del cielo y la tierra? ¿Acaso fuera de la creación del mundo? No, sino fuera de los corazones de los creyentes. Una vez echado fuera el invasor, habite el redentor; porque el mismo que redimió es quien creó. Y el diablo ahora ataca desde fuera, no vence a aquel que posee internamente. Ataca desde fuera, enviando diversas tentaciones; pero aquel a quien Dios le habla internamente, y la unción que habéis escuchado, no consiente.

2. Y es veraz, dice, esa misma unción; es decir, el mismo Espíritu del Señor que enseña a los hombres, no puede mentir. «Y no es mentiroso. Como os enseñó, permaneced en ella. Y ahora, hijitos, permaneced en él, para que cuando se manifieste, tengamos confianza ante él, y no nos avergoncemos de él en su venida.» Ved, hermanos; creemos en Jesús a quien no hemos visto: lo anunciaron quienes lo vieron, quienes lo tocaron, quienes escucharon la palabra de su boca; y para persuadir al género humano de estas cosas, fueron enviados por él,

no se atrevieron a ir por sí mismos. ¿Y a dónde fueron enviados? Lo escuchasteis cuando se leía el Evangelio, Id, predicad el Evangelio a toda criatura bajo el cielo (Marcos XVI, 15). Por tanto, los discípulos fueron enviados por todas partes, con señales y prodigios que atestiguaban para que se creyera en ellos, porque decían lo que habían visto. Y creemos en aquel a quien no hemos visto, y esperamos su venida. Quienes lo esperan con fe, se alegrarán cuando venga; quienes están sin fe, se avergonzarán cuando venga lo que ahora no ven. Y esa vergüenza no será de un solo día y pasará, como suelen avergonzarse quienes son hallados en alguna culpa y son insultados por los hombres. Esa vergüenza llevará a los avergonzados a la izquierda, para que escuchen, Id al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles (Mateo XXV, 31). Permanezcamos, pues, en sus palabras, para que no nos avergoncemos cuando venga. Porque él mismo dice en el Evangelio a quienes creyeron en él: Si permanecéis en mi palabra, verdaderamente sois mis discípulos. Y como si dijeran, ¿Con qué fruto? Y conoceréis, dice, la verdad, y la verdad os hará libres (Juan VIII, 31 y 32). Ahora nuestra salvación está en esperanza, aún no en realidad: no tenemos ya lo que se prometió, pero esperamos que venga. Sin embargo, fiel es quien prometió; no te engaña: solo no desfallezcas, sino espera la promesa. Porque la verdad no sabe engañar. No seas tú mentiroso, para que no profeses una cosa y hagas otra: guarda la fe, y él guardará la promesa. Pero si no guardas la fe, te has engañado a ti mismo, no aquel que prometió.

3. Si sabéis que él es justo, sabed que todo el que hace justicia, ha nacido de él. Nuestra justicia ahora es por la fe. La justicia perfecta no existe sino en los ángeles; y apenas en los ángeles, si se comparan con Dios: sin embargo, si hay alguna justicia perfecta de las almas y espíritus que Dios creó, está en los ángeles santos, justos, buenos, que no se apartaron por ninguna caída, que no cayeron por soberbia, sino que permanecen siempre en la contemplación del Verbo de Dios, y no tienen otra dulzura que aquella de la que fueron creados; en ellos está la justicia perfecta: en nosotros, sin embargo, ha comenzado a existir por la fe según el Espíritu. Escuchasteis cuando se leía el Salmo, Comenzad al Señor con confesión (Salmo CXLVI, 7). Comenzad, dice: el inicio de nuestra justicia es la confesión de los pecados. Comenzaste a no defender tu pecado, ya has comenzado la justicia: pero se perfeccionará en ti cuando no te deleite hacer otra cosa, cuando la muerte sea absorbida en victoria (I Cor. XV, 54), cuando ninguna concupiscencia te tienta, cuando no haya lucha con la carne y la sangre, cuando haya corona de victoria, triunfo sobre el enemigo; entonces habrá justicia perfecta. Ahora aún luchamos: si luchamos, estamos en el estadio; golpeamos y somos golpeados: pero se espera al que vence. Sin embargo, vence aquel que, aunque golpea, no presume de sus fuerzas, sino de Dios, el que exhorta. Solo el diablo lucha contra nosotros. Si estamos con Dios, vencemos al diablo: pues si tú solo luchas contra el diablo, serás vencido. Es un enemigo experimentado: ¿cuántas victorias? Considera a quién ha derribado: para que naciéramos mortales, primero derribó nuestra misma origen del paraíso. ¿Qué hacer, entonces, porque él es experimentado? Invoquemos al Omnipotente contra el diablo experimentado. Habite en ti quien no puede ser vencido, y seguro vencerás a quien suele vencer. Pero, ¿a quiénes? A aquellos en quienes no habita Dios. Pues, para que sepáis, hermanos, Adán, puesto en el paraíso, despreció el precepto de Dios, y levantó el cuello como queriendo estar en su propio poder, y no queriendo someterse a la voluntad de Dios, y cayó de aquella inmortalidad, de aquella bienaventuranza (Gén. III, 6). Sin embargo, un hombre ya experimentado, nacido mortal, cuando estaba sentado en el estiércol lleno de gusanos, venció al diablo: venció también él, Adán, y en Job él mismo; porque de su linaje era Job. Así que Adán, vencido en el paraíso, venció en el estiércol. En el paraíso, cuando estaba, escuchó la persuasión de la mujer, que el diablo le había enviado: pero cuando estaba en el estiércol, dijo a Eva, Como una de las mujeres insensatas has hablado (Job II, 10). Allí prestó oído; aquí dio respuesta: cuando estaba alegre, escuchó; cuando estaba azotado,

venció. Por eso, ved lo que sigue, hermanos, en esta Epístola; porque nos recomienda que venzamos al diablo, pero no de nosotros mismos. Si sabéis que él es justo, dice, sabed que todo el que hace justicia, ha nacido de él: de Dios, de Cristo. Y porque dijo, Ha nacido de él, nos exhorta. Ya que hemos nacido de él, somos perfectos.

4. Escuchad: Mirad qué amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios y lo seamos. Porque aquellos que son llamados y no lo son, ¿de qué les sirve el nombre donde no hay realidad? ¿Cuántos son llamados médicos, que no saben curar? ¿Cuántos son llamados vigilantes, que duermen toda la noche? Así, muchos son llamados cristianos, y no se encuentran en los hechos; porque no son lo que se les llama, es decir, en vida, en costumbres, en fe, en esperanza, en caridad. Pero, ¿qué habéis escuchado, hermanos? «Mirad qué amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios y lo seamos. Por esto el mundo no nos conoce, porque no lo conoció a él, y el mundo no nos conoce.» Todo el mundo es cristiano, y todo el mundo es impío; pues por todo el mundo hay impíos, y por todo el mundo hay piadosos: aquellos no conocen a estos. ¿Cómo pensamos que no los conocen? Se burlan de los que viven bien. Observad y ved, porque tal vez hay entre vosotros. Cada uno de vosotros que ya vive piadosamente, que desprecia las cosas mundanas, que no quiere ir a los espectáculos, que no quiere embriagarse como si fuera una solemnidad, y, lo que es más grave, con el patrocinio de los días santos, hacerse impuro; quien no quiera hacer estas cosas, ¿cómo se le insulta por aquellos que las hacen? ¿Acaso se le insultaría si se le reconociera? ¿Por qué no se le reconoce? El mundo no lo conoce. ¿Quién es el mundo? Aquellos habitantes del mundo, como se dice casa, sus habitantes. Ya se ha dicho esto muchas veces, y no lo repetimos con odio. Cuando escucháis mundo en mala significación, no entendáis sino amantes del mundo; porque por el amor habitan, y por lo que habitan, han merecido tener nombre. Por esto el mundo no nos conoce, porque no lo conoció a él. Jesús mismo caminaba, en carne era Dios, oculto en la debilidad. ¿Y por qué no fue conocido? Porque reprendía todos los pecados en los hombres. Ellos, amando las delicias de los pecados, no reconocían a Dios: amando lo que la fiebre sugería, hacían injuria al médico.

5. ¿Qué, pues, de nosotros? Ya hemos nacido de él; pero porque estamos en esperanza, Amadísimos, dice, ahora somos hijos de Dios. ¿Ya ahora? ¿Qué es, entonces, lo que esperamos, si ya somos hijos de Dios? Y aún no, dice, se ha manifestado lo que seremos. Pero, ¿qué seremos sino hijos de Dios? Escuchad lo que sigue: «Sabemos que cuando se manifieste, seremos semejantes a él; porque lo veremos tal como es.» Que vuestra Caridad lo entienda. Gran cosa: «Sabemos que cuando se manifieste, seremos semejantes a él; porque lo veremos tal como es.» Ya prestad atención a lo que se llama es. Sabéis lo que se llama. Es lo que se llama, y no solo se llama, sino que verdaderamente es, es inmutable; siempre permanece, no sabe cambiar, no se corrompe en ninguna parte: ni progresa, porque es perfecto; ni decae, porque es eterno. ¿Y qué es esto? En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios (Juan I, 1). ¿Y qué es esto? El cual, siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse (Filip. II, 6). De esta manera, a Cristo en forma de Dios, Verbo de Dios, Unigénito del Padre, igual al Padre, no pueden ver los malos. Según aquello de que el Verbo se hizo carne, podrán verlo también los malos; porque en el día del juicio lo verán también los malos; porque así vendrá a juzgar como vino a ser juzgado. En esa forma de hombre, pero Dios: pues maldito todo aquel que pone su esperanza en el hombre (Jerem. XVII, 5). Hombre vino para ser juzgado, hombre vendrá para juzgar. Y si no se verá, ¿qué es lo que está escrito, Verán a aquel a quien traspasaron (Juan XIX, 37)? Porque se dijo de los impíos que verán, y se avergonzarán. ¿Cómo no verán los impíos, cuando a unos pondrá a la derecha, a otros a la izquierda? A los que están a la derecha les dirá, Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino: a los que están a la izquierda

les dirá, Id al fuego eterno (Mateo XXV, 34, 41). Verán, pero la forma de siervo: la forma de Dios no la verán. ¿Por qué? Porque son impíos; y el mismo Señor dice, Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios (Id. V, 8). Por tanto, veremos una visión, hermanos, que ni ojo vio, ni oído oyó, ni subió al corazón del hombre (I Cor. II, 9): una visión, una visión que supera todas las bellezas terrenas, del oro, de la plata, de los bosques y campos, la belleza del mar y del aire, la belleza del sol y la luna, la belleza de las estrellas, la belleza de los ángeles, superando todo; porque de ella son bellas todas las cosas.

6. ¿Qué seremos, entonces, cuando veamos esto? ¿Qué se nos ha prometido? Seremos semejantes a él; porque lo veremos tal como es. Como pudo, la lengua lo expresó; lo demás, que lo piense el corazón. Pues, ¿qué dijo el mismo Juan en comparación con aquel que es, o qué podemos decir nosotros, hombres muy inferiores en méritos a él? Volvamos, pues, a aquella unción suya, volvamos a aquella unción que enseña internamente lo que no podemos hablar, y porque ahora no podéis ver, que vuestro deber esté en el deseo. Toda la vida del buen cristiano es un santo deseo. Pero lo que desees, aún no lo ves; pero deseando te haces capaz, para que cuando venga lo que veas, te llenes. Pues así como si quisieras llenar un seno, y sabes cuán grande es lo que se dará, extiendes el seno ya sea de un saco o de un odre o de alguna cosa: sabes cuánto vas a enviar, y ves que el seno es estrecho; extendiéndolo lo haces más capaz: así Dios, al diferir, extiende el deseo, deseando extiende el alma, extendiéndola la hace capaz. Deseemos, pues, hermanos, porque hemos de ser llenados. Ved a Pablo extendiendo el seno, para poder recibir lo que ha de venir. Dice: No que ya lo haya alcanzado, o que ya sea perfecto: hermanos, yo mismo no me considero haberlo alcanzado. ¿Qué haces, entonces, en esta vida, si aún no lo has alcanzado? Pero una cosa hago, olvidando lo que queda atrás, extendiéndome a lo que está delante, prosigo hacia la meta del supremo llamamiento (Filip. III, 13, 14). Dijo que estaba extendido, y que seguía según la intención. Se sentía menor para alcanzar lo que ojo no vio, ni oído oyó, ni subió al corazón del hombre. Esta es nuestra vida, para que seamos ejercitados en el deseo. Pero tanto nos ejercita el santo deseo, cuanto hayamos amputado nuestros deseos del amor del mundo. Ya lo hemos dicho alguna vez, Vacía lo que ha de ser llenado. Has de ser llenado de bien, derrama el mal. Supón que Dios quiere llenarte de miel: si estás lleno de vinagre, ¿dónde pondrás la miel? Ha de derramarse lo que llevaba el vaso: ha de limpiarse el mismo vaso; ha de limpiarse, aunque con trabajo, con trituración, para que sea apto para cierta cosa. Maldigamos, digamos oro, digamos vino; lo que digamos que no se puede decir, lo que queramos decir, se llama Dios. Y lo que decimos Dios, ¿qué hemos dicho? ¿Son estas dos sílabas todo lo que esperamos? Por tanto, lo que hemos podido decir, está por debajo: extendámonos hacia él, para que cuando venga, nos llene. Porque seremos semejantes a él; porque lo veremos tal como es.

7. Y todo el que tiene esta esperanza en él. Ved que nos ha puesto en esperanza. Ved cómo concuerda el apóstol Pablo con su coapóstol, En esperanza fuimos salvados. Pero la esperanza que se ve, no es esperanza: porque lo que uno ve, ¿por qué esperarlo? Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos (Rom. VIII, 24, 25). Esa misma paciencia ejercita el deseo. Permanece tú, pues él permanece: y persevera en caminar, para que llegues; porque a donde te diriges, no migrará. Ved: Y todo el que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro. Ved cómo no quitó el libre albedrío, al decir, se purifica a sí mismo. ¿Quién nos purifica sino Dios? Pero Dios no purifica a quien no quiere. Por tanto, al añadir tu voluntad a Dios, te purificas a ti mismo. Te purificas, no de ti, sino de aquel que vino para habitar en ti. Sin embargo, porque haces algo allí con voluntad, por eso también se te atribuye algo. Por eso se te atribuye, para que digas como en el

Salmo, Sé mi ayudador, no me abandones (Salmo XXVI, 9). Si dices, Sé mi ayudador, haces algo: pues si no haces nada, ¿cómo te ayuda él?

8. Todo el que comete pecado, también comete iniquidad. Que nadie diga, Una cosa es el pecado, otra la iniquidad: que nadie diga, Soy un hombre pecador, pero no soy iniquo. Porque todo el que comete pecado, también comete iniquidad. El pecado es iniquidad. ¿Qué hacemos, entonces, con nuestros pecados e iniquidades? Escucha lo que dice: Y sabéis que él se manifestó para quitar el pecado; y en él no hay pecado. En quien no hay pecado, él vino a quitar el pecado. Pues si hubiera pecado en él, habría que quitárselo a él, no él quitarlo. Todo el que permanece en él, no peca. En cuanto permanece en él, en tanto no peca. Todo el que peca, no lo ha visto, ni lo ha conocido. Gran cuestión esta: Todo el que peca, no lo ha visto, ni lo ha conocido. No es de extrañar. No lo hemos visto, pero lo veremos; no lo hemos conocido, pero lo conoceremos: creemos en él a quien no hemos conocido. ¿O acaso lo hemos conocido por la fe, y aún no lo hemos conocido por la visión? Pero en la fe lo hemos visto y conocido. Pues si la fe aún no ve, ¿por qué se nos llama iluminados? Hay una iluminación por la fe, hay una iluminación por la visión. Ahora, mientras peregrinamos, caminamos por la fe, no por la visión (II Cor. V, 7). Por tanto, también nuestra justicia es por la fe, no por la visión. Nuestra justicia será perfecta cuando veamos por la visión. Ahora no dejemos esa justicia que es por la fe, porque el justo vivirá por la fe (Rom. I, 17), como dice el Apóstol. Todo el que permanece en él, no peca. Pues todo el que peca, no lo ha visto, ni lo ha conocido. No cree aquel que peca: pero si cree, en cuanto a su fe, no peca.

9. Hijitos, que nadie os engañe. Quien practica la justicia es justo, así como Él es justo. ¿Acaso cuando escuchamos que somos justos, como Él, debemos considerarnos iguales a Dios? Debéis entender qué significa "como": ya antes dijo, "Se purifica a sí mismo, así como Él es puro". ¿Es entonces nuestra pureza igual a la pureza de Dios, y nuestra justicia a la justicia de Dios? ¿Quién diría tal cosa? Pero "como" no siempre se dice en referencia a la igualdad. Por ejemplo, al ver esta basílica amplia, si alguien quisiera hacer una más pequeña, pero proporcional a sus medidas, por ejemplo, si esta es de un ancho simple y un largo doble, que haga también la suya de un ancho simple y un largo doble: parecería que ha hecho algo como esto. Pero esta tiene, por ejemplo, cien codos, y aquella treinta: así es, y no son iguales. Veis que no siempre "como" se refiere a paridad e igualdad. Por ejemplo, ved la diferencia entre el rostro de un hombre y su imagen en un espejo: el rostro en la imagen, el rostro en el cuerpo; imagen en la imitación, cuerpo en la verdad. ¿Y qué decimos? Pues así como aquí hay ojos, también allí; así como aquí hay oídos, también allí hay oídos. La cosa es diferente; pero "como" se dice en referencia a la semejanza. Así también nosotros tenemos la imagen de Dios; pero no la que tiene el Hijo igual al Padre; sin embargo, nosotros, en nuestra medida, si no fuéramos como Él, no podríamos ser llamados semejantes en absoluto. Así que nos purifica como Él es puro; pero Él es puro en eternidad, nosotros puros en fe: somos justos como Él es justo; pero Él en su inmutable perpetuidad, nosotros justos creyendo en quien no vemos, para que algún día veamos. Y cuando nuestra justicia sea perfecta, cuando seamos iguales a los ángeles; ni entonces será igual a Él. ¿Cuánto más lejos estamos de Él ahora, cuando ni entonces seremos iguales?

10. Quien comete pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio. Ser del diablo, sabéis lo que significa: imitando al diablo. Pues el diablo no ha hecho a nadie, no ha engendrado a nadie, no ha creado a nadie: pero quienquiera que imite al diablo, como si hubiera nacido de él, se convierte en hijo del diablo por imitación, no por nacimiento propio. ¿Cómo eres hijo de Abraham? ¿Acaso Abraham te engendró? Así como los judíos, hijos de Abraham, al no imitar la fe de Abraham, se convirtieron en hijos del diablo: nacieron de la

carne de Abraham, pero no imitaron la fe de Abraham. Si entonces los que nacieron de él fueron desheredados porque no lo imitaron; tú, que no naciste de él, te conviertes en hijo, y así serás hijo por imitación. Y si imitas al diablo, porque él fue soberbio e impío contra Dios, serás hijo del diablo, por imitación; no porque te creó o te engendró.

11. En esto se manifestó el Hijo de Dios. Vamos, hermanos, todos los pecadores nacen del diablo, en cuanto pecadores. Adán fue hecho por Dios: pero cuando consintió al diablo, nació del diablo; y engendró a todos como él era. Nacemos con esa concupiscencia; y antes de que añadamos nuestras propias deudas, nacemos de esa condenación. Pues si nacemos sin pecado, ¿por qué se corre con los niños al Bautismo, para que sean liberados? Considerad dos nacimientos, hermanos, Adán y Cristo: son dos hombres; pero uno de ellos es hombre hombre, el otro de ellos es hombre Dios. Por el hombre hombre, somos pecadores: por el hombre Dios, somos justificados. Aquel nacimiento nos arrojó a la muerte; este nacimiento nos levantó a la vida: aquel nacimiento arrastra consigo el pecado; este nacimiento libera del pecado. Por eso vino Cristo hombre, para deshacer los pecados de los hombres. En esto se manifestó el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo.

12. Os encomiendo lo demás a vuestra Caridad, para no agobiaros. Pues esta es la cuestión en la que trabajamos para resolver, porque decimos que somos pecadores: si alguien dice que está sin pecado, es un mentiroso. Y en la misma Epístola de Juan encontramos, "Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos". Debéis recordar lo anterior: "Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros" (1 Juan 1, 8). Y nuevamente en lo que sigue escucháis, "Quien ha nacido de Dios, no peca: Quien comete pecado, no lo ha visto, ni lo ha conocido: Todo el que comete pecado, es del diablo. De Dios no es el pecado". Nuevamente nos asusta. ¿Cómo hemos nacido de Dios, y cómo nos confesamos pecadores? ¿O diremos que no hemos nacido de Dios? ¿Y qué hacen estos Sacramentos en los niños? ¿Qué dijo Juan? "Quien ha nacido de Dios, no peca". El mismo Juan dijo nuevamente, "Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros". Es una gran cuestión y estrecha; y para resolverla he hecho que vuestra Caridad esté atenta. En el nombre del Señor, mañana lo discutiremos, según lo que Él nos conceda.

TRACTATUS V. En lo que sigue, "Todo el que ha nacido de Dios, no comete pecado"; hasta "No amemos de palabra ni de lengua, sino de obra y en verdad". Cap. III, V. 9-18.

1. Escuchad atentamente, os ruego, porque no es un asunto menor el que se discute: y no dudo que ayer estuvisteis atentos, por lo que hoy habéis venido con más atención. Pues no es una cuestión pequeña, cómo dice en esta Epístola, "Quien ha nacido de Dios, no peca"; y cómo en la misma Epístola dijo antes, "Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros" (1 Juan 1, 8). ¿Qué hará quien se ve atrapado entre ambos discursos de la misma Epístola? Si se confiesa pecador, teme que se le diga, "Entonces no has nacido de Dios"; porque está escrito, "Quien ha nacido de Dios, no peca". Pero si dice que es justo, y que no tiene pecado, recibe por otro lado el golpe de la misma Epístola, "Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros". Así que el hombre se encuentra en medio, sin saber qué decir, qué confesar, o qué profesar. Profesar que está sin pecado es peligroso; y no solo peligroso, sino también falso: "Nos engañamos a nosotros mismos", dice, "y la verdad no está en nosotros, si decimos que no tenemos pecado". ¡Ojalá no lo tuvieras, y lo dijeras! Dirías la verdad, y no temerías ningún vestigio de iniquidad al proclamar la verdad. Pero por eso haces mal si lo dices, porque dices una mentira: "La verdad", dice, "no está en nosotros, si decimos que no tenemos pecado". No dice, "No tuvimos"; para que no parezca que se dice de la vida

pasada. Pues este hombre tuvo pecados; pero desde que nació de Dios, comenzó a no tener. Si así fuera, ninguna cuestión nos angustiaría. Diríamos: Fuimos pecadores, pero ahora hemos sido justificados; tuvimos pecado, pero ahora no lo tenemos. No dice esto: sino ¿qué dice? "Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros". Después de un tiempo, nuevamente, "Quien ha nacido de Dios", dice, "no peca". ¿Acaso Juan mismo no había nacido de Dios? Si Juan no había nacido de Dios, de quien escuchasteis que se recostaba sobre el pecho del Señor; ¿alguien se atreve a prometerse la regeneración hecha en sí mismo, que él no mereció tener, quien mereció recostarse sobre el pecho del Señor? ¿A quien el Señor amaba más que a los demás (Juan 13, 23), no lo había engendrado solo del Espíritu?

2. Atended ahora a estas palabras: aún os encomiendo nuestras angustias, para que por vuestra atención, que es oración tanto por nosotros como por vosotros, Dios las dilate y dé salida; para que nadie encuentre en su palabra ocasión de su perdición, pues la palabra no fue predicada y escrita sino para medicina y salvación. "Todo el que comete pecado, también comete iniquidad. No sea que lo distingas: el pecado es iniquidad. No digas, Soy pecador, pero no soy iniquo: el pecado es iniquidad. Y sabéis que en esto Él se manifestó, para quitar los pecados; y en Él no hay pecado. ¿Y de qué nos sirve que haya venido sin pecado? Todo el que no peca, permanece en Él: y todo el que peca, no lo ha visto, ni lo ha conocido. Hijitos, que nadie os engañe. Quien practica la justicia, es justo, así como Él es justo. Ya dijimos esto, que 'como' se dice según cierta semejanza, no según igualdad. Quien comete pecado, es del diablo; porque el diablo peca desde el principio. Y esto dijimos, que el diablo no ha creado a nadie, ni ha engendrado; pero sus imitadores nacen como de él. En esto se manifestó el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo (Juan 3, 4-8). Por tanto, para deshacer los pecados, aquel que no tiene pecado. Luego sigue: "Todo el que ha nacido de Dios, no comete pecado, porque su semilla permanece en él; y no puede pecar, porque ha nacido de Dios". Lo ha dicho con fuerza. Quizás dijo "no peca" según cierto pecado, no según todo pecado: para que lo que dice, "Quien ha nacido de Dios, no peca", entiendas cierto pecado que no puede cometer el hombre que ha nacido de Dios: y tal pecado es aquel, que si alguien lo comete, confirma los demás; si alguien no lo comete, deshace los demás. ¿Cuál es este pecado? Actuar contra el mandamiento. ¿Cuál es el mandamiento? "Un mandamiento nuevo os doy, que os améis unos a otros" (Juan 13, 34). Atended. Este mandamiento de Cristo se llama amor: por este amor se deshacen los pecados. Si no se mantiene este, es un gran pecado, y la raíz de todos los pecados.

3. Atended, hermanos; hemos propuesto algo en lo que, para los que entienden bien, la cuestión está resuelta. Pero, ¿acaso caminamos solo con los más rápidos? Y los que caminan más lentamente, no deben ser dejados atrás. Examinemos esto con las palabras que podamos, para que llegue a todos. Pues creo, hermanos, que todo hombre está preocupado por su alma, quien no entra en la Iglesia sin razón, quien no busca cosas temporales en la Iglesia, quien no entra para resolver negocios mundanos; sino que entra para retener algo eterno prometido, a lo que llegar: es necesario que piense cómo caminar en el camino, para no quedarse atrás, no retroceder, no desviarse, no cojear y no llegar. Quien está preocupado, sea lento, sea rápido, no se aparte del camino. Esto dije, que "quien ha nacido de Dios, no peca", quizás quiso que se entendiera según cierto pecado: pues sería contrario a aquel lugar, "Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros". Así puede resolverse la cuestión. Hay cierto pecado que no puede cometer quien ha nacido de Dios; y al no cometerlo, se deshacen los demás, al cometerlo se confirman los demás. ¿Cuál es este pecado? Actuar contra el mandamiento de Cristo, contra el nuevo testamento. ¿Cuál es el mandamiento nuevo? "Un mandamiento nuevo os doy, que os améis unos a otros". Quien

actúa contra la caridad y contra el amor fraterno, no se atreva a gloriarse, y decir que ha nacido de Dios: pero quien está en el amor fraterno, hay ciertos pecados que no puede cometer, y especialmente este, que no odie a su hermano. ¿Y qué hace con los demás pecados, de los que se dijo, "Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros"? Escuche la seguridad de otro lugar de la Escritura: "La caridad cubre multitud de pecados" (1 Pedro 4, 8).

4. Por tanto, recomendamos la caridad; esta Epístola recomienda la caridad. Después de la resurrección, ¿qué otra cosa preguntó el Señor a Pedro, sino, "¿Me amas?" Y no fue suficiente preguntar una vez; y nuevamente nada más, y por tercera vez nada más. Cuando ya por tercera vez él se afligía, como si no le creyera, como quien no sabía qué pasaba en él; sin embargo, tanto la primera, como la segunda, y la tercera vez preguntó esto. Tres veces negó el temor, tres veces confesó el amor (Juan 21, 15-17). He aquí que Pedro ama al Señor. ¿Qué le va a ofrecer al Señor? Pues tampoco él se turbó en aquel salmo, "¿Qué retribuiré al Señor por todos los beneficios que me ha hecho?" Pues quien decía esto en el Salmo, consideraba cuántas cosas le habían sido otorgadas por Dios; y buscaba qué retribuir a Dios, y no encontraba. Pues cualquier cosa que quisieras retribuir, la recibiste de Él para devolverla. ¿Y qué encontró para retribuir? Lo que, como dijimos, hermanos, había recibido de Él, eso encontró para retribuir. "Tomaré el cáliz de la salvación, e invocaré el nombre del Señor" (Salmo 115, 12-13). Pues ¿quién le había dado el cáliz de la salvación, sino aquel a quien quería retribuir? Tomar el cáliz de la salvación, e invocar el nombre del Señor, esto es saciarse de caridad; y saciarse de tal manera, que no solo no odies a tu hermano, sino que estés dispuesto a morir por tu hermano. Esta es la caridad perfecta, estar dispuesto a morir por los hermanos. Esta misma caridad mostró el Señor en sí mismo, muriendo por todos, orando por aquellos por quienes era crucificado, y diciendo: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen" (Lucas 23, 34). Pero si solo Él lo hizo, no era maestro, si no tenía discípulos. Los discípulos que lo siguieron hicieron esto. Esteban era apedreado, y arrodillado dijo: "Señor, no les tomes en cuenta este pecado" (Hechos 7, 59). Amaba a aquellos por quienes era asesinado, porque también por ellos moría. Escucha también al apóstol Pablo: "Y yo mismo", dice, "me gastaré por vuestras almas" (2 Corintios 12, 15). Entre aquellos estaba por quienes Esteban intercedía, cuando moría a manos de ellos. Por tanto, esta es la caridad perfecta. Si alguien tiene tal caridad, que está dispuesto a morir incluso por los hermanos, la caridad es perfecta en él. Pero, ¿acaso tan pronto como nace, ya es completamente perfecta? Para ser perfeccionada, nace: cuando ha nacido, se nutre; cuando ha sido nutrida, se fortalece; cuando ha sido fortalecida, se perfecciona: cuando llega a la perfección, ¿qué dice? "Para mí, vivir es Cristo, y morir es ganancia. Deseaba partir y estar con Cristo; pues mucho mejor: permanecer en la carne es necesario por vosotros" (Filipenses 1, 21-24). Por ellos quería vivir, por quienes estaba dispuesto a morir.

5. Y para que sepáis que esta es la caridad perfecta, que no viola, y en la que no peca quien ha nacido de Dios; esto dice el Señor a Pedro: "Pedro, ¿me amas?" Y él: "Te amo". No dice, "Si me amas, sírvenme". Pues cuando el Señor estaba en carne mortal, tuvo hambre, tuvo sed: en ese tiempo en que tuvo hambre y sed, fue recibido en hospitalidad; le ministraron quienes tenían, de su sustancia, como leemos en el Evangelio (Lucas 8, 3). Fue recibido en hospitalidad por Zaqueo: fue salvado de la enfermedad, recibiendo al médico. ¿De qué enfermedad? De la avaricia. Pues era muy rico, y jefe de publicanos. Atended al sanado de la enfermedad de la avaricia. "La mitad de mis bienes doy a los pobres; y si he defraudado a alguien, le devuelvo el cuádruplo" (Lucas 19, 6-8). Por eso guardó la otra mitad, no para disfrutarla, sino para pagar deudas. Recibió entonces al médico en hospitalidad, porque había una debilidad de la carne en el Señor, a quien los hombres prestaban este servicio: y esto,

porque quiso otorgar a los que servían; pues a los que servían les beneficiaba, no a Él. ¿A quien los ángeles ministraban, requería este servicio? Ni siquiera Elías, su siervo, necesitaba esto alguna vez, a quien enviaba pan y carne por un cuervo; y sin embargo, para que la viuda religiosa fuera bendecida, se envía al siervo de Dios, es alimentado por la viuda a quien Dios alimentaba en secreto (1 Reyes 17, 4-9). Sin embargo, aunque de estos siervos de Dios se benefician quienes consideran su necesidad, por aquella recompensa claramente puesta por el Señor en el Evangelio, "Quien recibe a un justo en nombre de justo, recibirá recompensa de justo; y quien recibe a un profeta en nombre de profeta, recibirá recompensa de profeta; y quien dé un vaso de agua fría a uno de estos pequeños solo en nombre de discípulo, en verdad os digo, no perderá su recompensa" (Mateo 10, 41-42): aunque pues se benefician quienes hacen esto, sin embargo, esto no podía ofrecerse al que ascendía al cielo. ¿Qué podía retribuirle Pedro, que lo amaba? Escucha qué: "Apacienta mis ovejas"; es decir, haz por los hermanos lo que hice por ti. A todos redimí con mi sangre: no dudéis en morir por la confesión de la verdad, para que los demás os imiten.

6. Pero esto, como hemos dicho, hermanos, es la caridad perfecta; quien ha nacido de Dios, la posee. Presten atención, queridos, vean lo que digo. He aquí que un hombre bautizado ha recibido el Sacramento del nacimiento; tiene el Sacramento, y es un gran Sacramento, divino, santo, inefable. Consideren qué tipo: para hacer un hombre nuevo mediante el perdón de todos los pecados. Sin embargo, que examine su corazón, si lo que se ha hecho en el cuerpo está perfecto allí: que vea si tiene caridad, y entonces diga, He nacido de Dios. Pero si no la tiene, ciertamente tiene el carácter impuesto, pero vaga como un desertor. Que tenga caridad; de lo contrario, no se diga nacido de Dios. Pero tengo, dice, el sacramento. Escucha al Apóstol: Si supiera todos los sacramentos, y tuviera toda la fe, de tal manera que trasladara montañas, pero no tengo caridad, nada soy (I Cor. XIII, 2).

7. Esto, si recuerdan, lo hemos enfatizado cuando comenzamos a leer esta Epístola, que nada en ella se nos recomienda tanto como la caridad. Y aunque parece decir cosas diferentes, siempre regresa a eso; y quiere referir todo lo que dice a la misma caridad. Veamos si también aquí hace esto. Presta atención: Todo el que ha nacido de Dios, no comete pecado. Preguntamos qué pecado: porque si entiendes que es todo, será contrario a aquel lugar, Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Por lo tanto, que diga qué pecado, que nos enseñe; no sea que yo haya dicho temerariamente que el pecado es la violación de la caridad, porque antes dijo, El que odia a su hermano, está en tinieblas, y camina en tinieblas, y no sabe a dónde va, porque las tinieblas han cegado sus ojos (I Juan II, 11). Pero tal vez dijo algo más adelante, y nombró la caridad. Vean que ese círculo de palabras tiene este fin, este desenlace. Todo el que ha nacido de Dios, no peca; porque su semilla permanece en él. La semilla de Dios, es decir, la palabra de Dios: de donde dice el Apóstol, Por el Evangelio yo os engendré (I Cor. IV, 15). Y no puede pecar, porque ha nacido de Dios. Que diga esto, veamos en qué no puede pecar. En esto se manifiestan los hijos de Dios y los hijos del diablo. Todo el que no es justo, no es de Dios, y el que no ama a su hermano. Ciertamente ya está claro de dónde dice, Y el que no ama, dice, a su hermano. Por lo tanto, solo la caridad distingue entre los hijos de Dios y los hijos del diablo. Que todos se signen con la señal de la cruz de Cristo; que todos respondan, Amén; que todos canten, Aleluya; que todos sean bautizados, que entren en las Iglesias, que construyan las paredes de las basílicas: los hijos de Dios no se distinguen de los hijos del diablo, sino por la caridad. Los que tienen caridad, han nacido de Dios: los que no la tienen, no han nacido de Dios. Gran indicio, gran distinción. Ten lo que quieras; si no tienes esto solo, nada te aprovecha: si no tienes otras cosas, ten esto, y has cumplido la Ley. Porque el que ama al otro, ha cumplido la Ley, dice el Apóstol: y, La plenitud de la Ley es la caridad

(Rom. XIII, 8, 10). Creo que esta es la perla que se describe en el Evangelio que un comerciante buscó, quien encontró una perla, y vendió todo lo que tenía, y la compró (Mat. XIII, 46). Esta es la perla preciosa, la caridad, sin la cual nada te aprovecha lo que tengas: si solo la tienes, te basta. Ahora ves con fe, entonces verás con la visión. Porque si amamos cuando no vemos, ¿cómo abrazaremos cuando veamos? Pero, ¿dónde debemos ejercitarnos? En el amor fraterno. Puedes decirme, No he visto a Dios; ¿acaso puedes decirme, No he visto al hombre? Ama al hermano. Porque si amas al hermano que ves, verás también a Dios; porque verás la misma caridad, y Dios habita en tu interior.

8. El que no es justo, no es de Dios; y el que no ama a su hermano. Porque este es el anuncio: ve cómo lo confirma: Porque este es el anuncio que hemos oído desde el principio, que nos amemos unos a otros. Nos ha manifestado que habla de esto: contra este mandamiento cualquiera que actúe, está en ese pecado atroz, en el que caen los que no nacen de Dios. No como Caín, que era del maligno, y mató a su hermano. ¿Y por qué lo mató? Porque sus obras eran malignas, pero las de su hermano eran justas. Por lo tanto, donde hay envidia, no puede haber amor fraterno. Presten atención, queridos. El que envidia, no ama. El pecado del diablo está en él; porque también el diablo, envidiando, derribó. Cayó, y envidió al que estaba de pie. No quiso derribar para estar él de pie, sino para no caer solo. Tengan en mente que, por lo que ha dicho, la envidia no puede estar en la caridad. Tienen claramente cuando se alababa la misma caridad, La caridad no es envidiosa (I Cor. XIII, I). No hubo caridad en Caín; y si no hubiera caridad en Abel, Dios no habría aceptado su sacrificio. Porque cuando ambos ofrecieron, uno de los frutos de la tierra, el otro de los frutos del ganado; ¿qué piensan, hermanos, que Dios despreció los frutos de la tierra, y amó los frutos del ganado? No miró Dios las manos; sino que vio en el corazón: y al que vio ofrecer con caridad, su sacrificio aceptó; al que vio ofrecer con envidia, de su sacrificio apartó los ojos. Por lo tanto, las buenas obras de Abel no significan sino caridad: las malas obras de Caín no significan sino odio fraterno. No solo odió a su hermano, sino que envidió sus buenas obras; porque no quiso imitar, quiso matar. Y de aquí se mostró que era hijo del diablo, y de aquí se mostró justo de Dios. De aquí se distinguen los hombres, hermanos míos. Nadie preste atención a las lenguas, sino a los hechos y al corazón. Si no hace bien por sus hermanos, muestra lo que tiene en sí. Los hombres son probados por las tentaciones.

9. No se asombren, hermanos, si el mundo nos odia. ¿Acaso es necesario decirles a menudo qué es el mundo? No el cielo, no la tierra, ni esas obras que Dios hizo; sino los amantes del mundo. A menudo diciendo esto, he sido pesado para algunos: pero no digo en vano, para que algunos sean interrogados si lo he dicho, y no respondan. Por lo tanto, al menos repitiendo, que algo quede en los corazones de los oyentes. ¿Qué es el mundo? El mundo es, cuando se pone en mal, los amantes del mundo: el mundo cuando se pone en alabanza, es el cielo y la tierra, y las obras de Dios en ellos; de donde se dice, Y el mundo fue hecho por él (Juan I, 10). También el mundo es la plenitud de la tierra, como dijo el mismo Juan, No solo es propiciador de nuestros pecados, sino también de todo el mundo (I Juan II, 2). Mundo dice de todos los fieles esparcidos por el orbe. Pero el mundo en mal, son los amantes del mundo. Los que aman al mundo, no pueden amar al hermano.

10. Si el mundo nos odia: nosotros sabemos. ¿Qué sabemos? Que hemos pasado de la muerte a la vida. ¿De dónde lo sabemos? Porque amamos a los hermanos. Nadie pregunte al hombre; que cada uno vuelva a su corazón: si allí encuentra caridad fraterna, esté seguro, porque ha pasado de la muerte a la vida. Ya está en la derecha: no preste atención porque ahora su gloria está oculta: cuando venga el Señor, entonces aparecerá en gloria. Porque está viva, pero aún en invierno; la raíz está viva, pero las ramas parecen secas: dentro está la médula que vive, dentro están las hojas de los árboles, dentro el fruto; pero esperan el verano. Por lo

tanto, nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a los hermanos. El que no ama, permanece en la muerte. No piensen, hermanos, que es leve odiar o no amar, escuchen lo que sigue: Todo el que odia a su hermano, es homicida. Entonces, si alguien despreciaba el odio fraterno, ¿acaso también despreciará el homicidio en su corazón? No mueve las manos para matar a un hombre, ya es homicida ante el Señor; vive aquel, y este ya es considerado asesino. Todo el que odia a su hermano, es homicida. Y saben que todo homicida no tiene vida eterna permaneciendo en él.

11. En esto conocemos el amor. Habla de la perfección del amor, esa perfección que hemos recomendado. En esto conocemos el amor, porque él puso su vida por nosotros: y nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos. He aquí de dónde venía, Pedro, ¿me amas? apacienta mis ovejas. Pues para que sepan que así quería que sus ovejas fueran apacentadas, que pusiera su vida por sus ovejas; inmediatamente le dijo, «Cuando eras joven, te ceñías a ti mismo, e ibas a donde querías; pero cuando seas viejo, otro te ceñirá, y te llevará a donde no quieras. Esto dijo,» dice el Evangelista, «significando con qué muerte había de glorificar a Dios» (Juan XXI, 15-19): para que a quien le había dicho, «Apacienta mis ovejas,» le enseñara a poner su vida por sus ovejas.

12. ¿Dónde comienza la caridad, hermanos? Presten un poco de atención: han escuchado hasta dónde se perfecciona; el mismo fin y medida el Señor en el Evangelio recomendó: Nadie tiene mayor amor, dice, que el que da su vida por sus amigos (Juan XV, 13). Por lo tanto, mostró su perfección en el Evangelio, y aquí se ha recomendado su perfección: pero se preguntan a ustedes mismos, y se dicen, ¿Cuándo podemos tener ese amor? No desesperes rápidamente de ti mismo: tal vez ha nacido, pero aún no está perfecto; aliméntalo, para que no se ahogue. Pero me dirás, ¿Y cómo lo sé? Porque hemos escuchado hasta dónde se perfecciona; escuchemos de dónde comienza. Sigue, y dice: Pero el que tiene bienes de este mundo, y ve a su hermano en necesidad, y cierra sus entrañas contra él: ¿cómo puede permanecer en él el amor de Dios? He aquí de dónde comienza la caridad. Si aún no eres capaz de morir por tu hermano, ya sé capaz de dar de tus bienes a tu hermano. Ya que la caridad golpee tus entrañas, para que no lo hagas por jactancia, sino desde lo más profundo de la misericordia; para que consideres a aquel en necesidad. Porque si no puedes dar lo superfluo a tu hermano, ¿puedes poner tu vida por tu hermano? El dinero yace en tu seno, que los ladrones pueden quitarte; y si no te lo quitan los ladrones, al morir lo dejarás, incluso si no te deja mientras vives: ¿qué harás con eso? Tu hermano tiene hambre, está en necesidad: tal vez está angustiado, acosado por un acreedor; él no tiene, tú tienes: es tu hermano, ambos han sido comprados juntos, uno es el precio de ustedes, ambos han sido redimidos con la sangre de Cristo: ve si tienes misericordia, si tienes bienes del mundo. ¿Qué me importa, dices tal vez? ¿Voy a dar mi dinero, para que él no sufra? Si esto te responde tu corazón, el amor del Padre no permanece en ti. Si el amor del Padre no permanece en ti, no has nacido de Dios. ¿Cómo te glorias de ser cristiano? Tienes el nombre, pero no las obras. Si la obra sigue al nombre, que alguien te llame pagano, tú con tus hechos muestra que eres cristiano. Porque si no muestras con tus hechos que eres cristiano, todos te llamen cristiano, ¿qué te aprovecha el nombre, donde no se encuentra la realidad? «Pero el que tiene bienes de este mundo, y ve a su hermano en necesidad, y cierra sus entrañas contra él; ¿cómo puede permanecer en él el amor de Dios?» Y sigue: «Hijitos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de obra y en verdad.»

13. Creo que se ha manifestado a ustedes un gran y necesario secreto y sacramento, hermanos míos. Qué vale la caridad, toda la Escritura lo recomienda; pero no sé si en algún lugar se recomienda más que en esta Epístola. Les rogamos y suplicamos en el Señor, que lo que han escuchado lo mantengan en la memoria; y que a lo que aún queda por decir, hasta que se

termine la misma Epístola, vengan atentos, escuchen atentos. Pero abran el corazón a las buenas semillas: arranquen las espinas, para que no se ahogue en ustedes lo que se siembra, sino que más bien crezca la cosecha; y el agricultor se regocije, y les prepare el granero como a trigo, no el fuego como a paja.

TRACTATUS VI. En aquello, Y en esto conocemos que somos de la verdad; hasta aquello, Y este es el Anticristo del que han oído, etc. Cap. III, V. 19-24, y cap. IV, V. 1-3.

1. Si recuerdan, hermanos, ayer cerramos el sermón con esta sentencia, que sin duda debía y debe permanecer en su corazón, porque la escucharon como la última: «Hijitos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de obra y en verdad.» Luego sigue: «Y en esto conocemos que somos de la verdad, y persuadimos a nuestro corazón delante de él: porque si nuestro corazón nos condena, mayor es Dios que nuestro corazón, y conoce todas las cosas.» Había dicho, «No amemos de palabra ni de lengua, sino de obra y en verdad:» se nos pregunta, en qué obra y en qué verdad se reconoce al que ama a Dios, o al que ama a su hermano. Ya había dicho antes hasta dónde se perfecciona la caridad; lo que también el Señor en el Evangelio dijo, Nadie tiene mayor amor que este, que el que da su vida por sus amigos (Juan XV, 13): y este lo había dicho, Como él puso su vida por nosotros, debemos también nosotros poner nuestras vidas por los hermanos. Esta es la perfección de la caridad; y mayor ciertamente no se puede encontrar. Pero porque no en todos está perfecta, y no debe desesperar en quien no está perfecta, si ya ha nacido lo que debe perfeccionarse: y ciertamente si ha nacido, debe nutrirse, y con ciertos alimentos llevarse a su propia perfección. Buscamos el comienzo de la caridad de dónde comienza, y allí inmediatamente encontramos: Si alguien tiene bienes de este mundo, y ve a su hermano en necesidad, y cierra sus entrañas contra él; ¿cómo puede permanecer en él el amor del Padre (I Juan III, 16, 17)? Por lo tanto, aquí comienza esta caridad, hermanos, para que de sus superfluos dé al necesitado, en alguna angustia puesto; de lo que le abunda según el tiempo, libere a su hermano de la tribulación temporal. De aquí es el comienzo de la caridad. Si la has comenzado así, si la nutres con la palabra de Dios y la esperanza de la vida futura, llegarás a esa perfección, para que estés preparado para poner tu vida por tus hermanos.

2. Pero porque muchas cosas de este tipo se hacen por aquellos que buscan otras cosas, y que no aman a los hermanos; seamos llevados al testimonio de la conciencia. ¿De dónde probamos que muchas cosas de este tipo se hacen por aquellos que no aman a los hermanos? ¡Cuántos se dicen mártires en herejías y cismas! Parecen poner su vida por sus hermanos. Si pusieran su vida por sus hermanos, no se separarían de toda la fraternidad. También cuántos hay que por causa de la jactancia dan mucho, mucho donan; y no buscan allí sino la alabanza humana y la gloria popular, llena de vientos, sin ninguna estabilidad sólida. Porque hay tales, ¿dónde se probará la caridad fraterna? porque quiso que se probara, y dijo advirtiéndolo: Hijitos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de obra y en verdad. Preguntamos, ¿En qué obra, en qué verdad? ¿Puede haber obra más manifiesta que dar a los pobres? Muchos hacen esto por jactancia, no por amor. ¿Puede haber obra mayor que morir por los hermanos? Y muchos quieren ser considerados haciendo esto, por jactancia de obtener un nombre, no por las entrañas del amor. Queda que aquel ame al hermano, quien ante Dios donde solo él ve, persuade a su corazón, y pregunta a su corazón si realmente lo hace por amor a los hermanos; y le da testimonio el ojo que penetra el corazón, donde el hombre no puede atender. Por eso el apóstol Pablo, porque estaba preparado para morir por los hermanos, y decía, Yo me gastaré por vuestras almas (II Cor. XII, 15): sin embargo, porque Dios veía esto en su corazón, no los hombres a quienes hablaba, les dijo, Para mí es muy poco ser juzgado por vosotros, o por juicio humano (I Cor. IV, 3). Y también mostró en un lugar que estas cosas suelen hacerse por vana jactancia, no por el fundamento de la caridad: pues dijo cuando

hablaba de la recomendación de la misma caridad, Si distribuyera todos mis bienes a los pobres, y entregara mi cuerpo para ser quemado, pero no tengo caridad, nada me aprovecha (I Cor. XIII, 3). ¿Puede alguien hacer esto sin caridad? Puede. Porque los que no tienen caridad, han dividido la unidad. Búsquenlo allí, y verán a muchos dar mucho a los pobres; verán a otros preparados para recibir la muerte, de tal manera que, cesando el perseguidor, se precipitan a sí mismos: estos sin duda lo hacen sin caridad. Seamos llevados, por lo tanto, a la conciencia, de la que dice el Apóstol: Porque esta es nuestra gloria, el testimonio de nuestra conciencia (II Cor. I, 12). Seamos llevados a la conciencia, de la que el mismo dice: Pero pruebe cada uno su obra, y entonces tendrá gloria en sí mismo, y no en otro (Gál. VI, 4). Por lo tanto, pruebe cada uno su obra, si brota de la vena de la caridad, si de la raíz del amor brotan las ramas de las buenas obras. Pero pruebe cada uno su obra, dice, y entonces tendrá gloria en sí mismo, y no en otro: no cuando le da testimonio la lengua ajena, sino cuando le da testimonio la propia conciencia.

3. Esto es lo que aquí se recomienda. En esto conocemos que somos de la verdad, cuando amamos con obra y verdad, no solo con palabras y lengua: y persuadimos a nuestro corazón ante Él, ¿Qué significa, ante Él? Donde Él ve. Por eso el mismo Señor en el Evangelio dice: "Cuidaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos por ellos; de lo contrario, no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos". ¿Y qué significa, "No sepa tu izquierda lo que hace tu derecha" (Mateo VI, 1, 3), sino que la derecha es la conciencia pura; la izquierda, la codicia del mundo? Muchos hacen cosas maravillosas por la codicia del mundo; actúa la izquierda, no la derecha. Debe actuar la derecha, sin que lo sepa la izquierda, para que no se mezcle la codicia del mundo cuando hacemos algo bueno por amor. ¿Y dónde lo conocemos? Estás ante Dios, interroga tu corazón: mira lo que has hecho y qué has deseado allí; tu salvación, o la vana alabanza de los hombres. Mira dentro: porque el hombre no puede juzgar lo que no puede ver. Si persuadimos a nuestro corazón, persuadámoslo ante Él. Porque si nuestro corazón siente mal, es decir, nos acusa internamente de que no hacemos lo que debemos con la intención correcta; Dios es mayor que nuestro corazón y conoce todas las cosas. Ocultas tu corazón al hombre; ocúltalo a Dios si puedes. ¿Cómo lo ocultarás a Él, a quien un pecador temeroso y confesante dijo: "¿A dónde iré de tu espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia?" Buscaba dónde huir para escapar del juicio de Dios, y no lo encontraba. ¿Dónde no está Dios? "Si subo", dice, "al cielo, allí estás; si descendiendo al infierno, allí estás" (Salmo CXXXVIII, 7, 8). ¿A dónde irás? ¿A dónde huirás? ¿Quieres escuchar un consejo? Si quieres huir de Él, huye hacia Él. Huye hacia Él confesando, no ocultándote de Él: porque no puedes ocultarte, pero sí puedes confesar. Dile, "Tú eres mi refugio" (Salmo XXXI, 7); y que crezca en ti el amor, que solo lleva a la vida. Que tu conciencia te dé testimonio de que es de Dios. Si es de Dios, no quieras jactarte de ello ante los hombres; porque ni las alabanzas de los hombres te elevan al cielo, ni sus reproches te derriban de allí. Que vea Él quien corona; que sea testigo Él por cuyo juicio eres coronado. Dios es mayor que nuestro corazón y conoce todas las cosas.

4. Amadísimos, si el corazón no siente mal, tenemos confianza ante Dios. ¿Qué significa, que el corazón no siente mal? Que nos responda verdaderamente, porque amamos, y el amor genuino está en nosotros: no fingido, sino sincero; buscando la salvación del hermano, sin esperar ningún beneficio del hermano, salvo su salvación. Tenemos confianza ante Dios; y cualquier cosa que pidamos, la recibiremos de Él, porque guardamos sus mandamientos. Por eso no en la presencia de los hombres, sino donde Dios mismo ve en el corazón. Tenemos confianza, pues, ante Dios; y cualquier cosa que pidamos, la recibiremos de Él: pero, porque guardamos sus mandamientos. ¿Cuáles son sus mandamientos? ¿Acaso siempre hay que repetirlo? "Un mandamiento nuevo os doy, que os améis unos a otros" (Juan XIII, 34). Habla

de la misma caridad, la misma recomienda. Por tanto, quien tenga amor fraternal, y lo tenga ante Dios, donde Dios ve, y su corazón interrogado bajo justo examen, no le responda otra cosa, sino que allí está la genuina raíz de la caridad, de donde existen buenos frutos; tiene confianza ante Dios, y cualquier cosa que pida, la recibirá de Él, porque guarda sus mandamientos.

5. Surge una cierta cuestión, porque no este o aquel hombre, ni tú ni yo, que si pido algo al Señor nuestro Dios, y no lo recibo, cualquiera puede decir fácilmente de mí, No tiene caridad; y de cualquier hombre de este tiempo se puede decir fácilmente; y que el hombre sienta lo que quiera del hombre: no hacen una cuestión mayor, sino aquellos hombres, que se sabe que fueron santos cuando escribieron, y ahora están con Dios. ¿Quién tiene caridad, si Pablo no la tenía, quien decía, "Nuestra boca está abierta a vosotros, oh corintios, nuestro corazón está ensanchado; no estáis angustiados en nosotros" (II Cor. VI, 11, 12); quien decía, "Me gastaré por vuestras almas" (Id. XII, 15): y tanta gracia había en él, que se manifestaba que tenía caridad? Sin embargo, lo encontramos pidiendo y no recibiendo. ¿Qué decimos, hermanos? Es una cuestión; estad atentos a Dios. Esta también es una gran cuestión. ¿Cómo sobre el pecado donde se dijo, "Quien ha nacido de Dios, no peca" (I Juan III, 9); encontramos que este pecado es violar la caridad, y que esto está propiamente designado en este lugar: así también ahora buscamos qué dijo. Porque si atiendes a las palabras, parece claro; si a los ejemplos, es oscuro. Nada es más claro que estas palabras: "Y cualquier cosa que pidamos, la recibiremos de Él; porque guardamos sus mandamientos, y hacemos lo que le agrada en su presencia. Cualquier cosa que pidamos", dice, "la recibiremos de Él". Lo ha restringido mucho. Porque también allí lo restringiría, si dijera todo pecado: pero por eso encontramos lugar para explicar, porque habló de un pecado en particular, no de todos; sino de un cierto pecado, que todo el que ha nacido de Dios, no comete: y encontramos que ese cierto pecado es la violación de la caridad. Y tenemos un ejemplo claro del Evangelio, cuando el Señor dice, "Si no hubiera venido, no tendrían pecado" (Juan XV, 22). ¿Qué entonces? ¿Había venido a inocentes judíos, porque así habla? ¿Entonces si Él no hubiera venido, no tendrían pecado? ¿La presencia del médico hizo al enfermo, no quitó la fiebre? ¿Quién diría esto, ni siquiera un demente? Él no vino sino a curar y sanar a los enfermos. ¿Por qué entonces dijo, "Si no hubiera venido, no tendrían pecado", sino porque quiso que se entendiera un cierto pecado? Porque los judíos no tendrían un cierto pecado. ¿Qué pecado? Que no creyeron en Él, que despreciaron al presente. Así como allí dijo pecado, y no es consecuente que entendamos todo pecado, sino un cierto pecado: así también aquí no todo pecado, para que no sea contrario al lugar donde dice, "Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros" (I Juan I, 8); sino un cierto pecado, es decir, la violación de la caridad. Aquí, sin embargo, nos ha constreñido más: Si pedimos, dijo, si nuestro corazón no nos acusa, y declara en la presencia de Dios que hay verdadero amor en nosotros; cualquier cosa que pidamos, la recibiremos de Él.

6. Ya he dicho a vuestra Caridad, hermanos, que nadie atienda a nosotros. ¿Qué somos nosotros? ¿O qué sois vosotros? ¿Qué, sino la Iglesia de Dios, que es conocida por todos? Y si le agrada a Él, estamos en ella; y quienes permanecemos en ella con amor, perseveremos allí, si queremos mostrar el amor que tenemos. Sin embargo, ¿qué mal pensaremos del apóstol Pablo? ¿No amaba él a los hermanos? ¿No tenía él el testimonio de su conciencia ante Dios? ¿No estaba en Pablo aquella raíz de caridad, de donde procedían todos los buenos frutos? ¿Quién diría esto, ni siquiera un demente? ¿Dónde encontramos entonces que el Apóstol pidió y no recibió? Él mismo dice: "Para que no me exaltara por la grandeza de las revelaciones, me fue dado un aguijón en mi carne, un ángel de Satanás que me abofetea: por lo cual tres veces rogué al Señor que lo quitara de mí; y me dijo, Bástate mi gracia; porque mi

poder se perfecciona en la debilidad" (II Cor. XII, 7-9). He aquí que no fue escuchado para que se le quitara el ángel de Satanás. Pero, ¿por qué? Porque no le convenía. Por tanto, fue escuchado para su salvación, quien no fue escuchado para su voluntad. Sepa vuestra gran Caridad el gran sacramento; que por eso os lo recomendamos, para que no os falte en vuestras tentaciones. Los santos son escuchados en todo para su salvación, siempre son escuchados para la salvación eterna: eso desean; porque según esto siempre son escuchados.

7. Pero distingamos las escuchas de Dios. Encontramos, en efecto, a algunos no escuchados para su voluntad, escuchados para su salvación: y nuevamente encontramos a algunos escuchados para su voluntad, y no escuchados para su salvación. Discernid esto, mantened este ejemplo de quien no fue escuchado para su voluntad, pero fue escuchado para su salvación. Escucha al apóstol Pablo; porque Dios le mostró esa escucha para su salvación: "Bástate", dice, "mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Rogaste, clamaste, clamaste tres veces: escuché una vez lo que clamaste, no aparté mis oídos de ti; sé lo que hago: tú quieres que se quite el medicamento que te quema; yo sé la debilidad que te agobia". Por tanto, este fue escuchado para su salvación, no fue escuchado para su voluntad. ¿A quiénes encontramos escuchados para su voluntad, no escuchados para su salvación? ¿Encontramos, creemos, a algún malvado, a algún impío escuchado por Dios para su voluntad, no escuchado para su salvación? Si pongo el ejemplo de algún hombre, tal vez me digas: Tú dices que él era iniquo, pero era justo; si no fuera justo, no sería escuchado por Dios. Propondré a alguien de cuya iniquidad e impiedad nadie duda. El mismo diablo pidió a Job, y lo obtuvo (Job I, 11, 12). ¿No habéis oído también de él que "quien hace pecado, es del diablo" (I Juan III, 8)? No porque él lo creó, sino porque este lo imita. ¿No se dijo de él, "No permaneció en la verdad" (Juan VIII, 44)? ¿No es él el antiguo serpiente que a través de la mujer dio veneno al primer hombre (Gén. III, 1-6)? Quien también a la misma mujer de Job conservó, para que el marido no fuera consolado, sino tentado (Job II, 9). El mismo diablo pidió al santo varón para ser tentado, y lo obtuvo: el Apóstol pidió que se le quitara el aguijón de la carne, y no lo obtuvo. Pero el Apóstol fue más escuchado que el diablo. El Apóstol, en efecto, fue escuchado para su salvación, aunque no para su voluntad: el diablo fue escuchado para su voluntad, pero para su condenación. Por eso fue concedido que este fuera tentado, para que al ser probado, aquel fuera atormentado. Pero esto, hermanos, no solo lo encontramos en los antiguos Libros, sino también en el Evangelio. Los demonios pidieron al Señor, cuando los expulsaba del hombre, que se les permitiera ir a los cerdos. ¿No podría el Señor decirles que ni siquiera allí fueran? Porque si no quisiera, no se rebelarían contra el rey del cielo y de la tierra. Sin embargo, por cierto misterio y cierta disposición, permitió a los demonios ir a los cerdos (Luc. VIII, 32), para mostrar que el diablo domina en aquellos que llevan la vida de los cerdos. ¿Fueron entonces los demonios escuchados, y el Apóstol no fue escuchado? ¿O más bien digamos lo que es más verdadero, que el Apóstol fue escuchado, y los demonios no fueron escuchados? Se hizo la voluntad de ellos, pero la salud de este fue perfeccionada.

8. Según esto debemos entender que Dios, aunque no da a nuestra voluntad, da a nuestra salud. ¿Qué si pides algo que te perjudica, y el médico sabe que te perjudica? Porque el médico no te escucha cuando tal vez pides agua fría, y si es beneficiosa, te la da de inmediato; si no es beneficiosa, no te la da. ¿No te escuchó, o más bien te escuchó para la salud, porque contradijo a la voluntad? Que haya, pues, en vosotros caridad, hermanos; que haya en vosotros, y estad seguros: y cuando no se os da lo que pedís, sois escuchados; pero no lo sabéis. Muchos son entregados a sus propias manos para su mal: de quienes dice el Apóstol, "Dios los entregó a los deseos de sus corazones" (Rom. I, 24). Alguien pidió una gran cantidad de dinero; lo obtuvo para su mal. Cuando no lo tenía, temía poco; comenzó a

tenerlo, se convirtió en presa de alguien más poderoso. ¿No fue escuchado para su mal, quien quiso tener de donde ser buscado por un ladrón, a quien nadie buscaba cuando era pobre? Aprended a rogar a Dios, para que confiéis al médico lo que Él sabe que debe hacer. Tú confiesa la enfermedad, Él aplique el medicamento. Tú solo mantén la caridad. Porque Él quiere cortar, quiere quemar; si clamas, y no eres escuchado en el corte, en la quema y en la tribulación, Él sabe hasta dónde está podrido. Tú ya quieres que retire la mano, y Él observa la cavidad de la herida; sabe hasta dónde debe llegar. No te escucha para la voluntad, pero te escucha para la salud. Estad seguros, pues, hermanos míos, de que lo que dice el Apóstol es verdad: "Porque no sabemos qué hemos de pedir como conviene; pero el mismo Espíritu intercede con gemidos indecibles, porque Él intercede por los santos" (Id. VIII, 26, 27). ¿Qué significa, "El mismo Espíritu intercede por los santos", sino, el mismo Amor que en ti ha sido hecho por el Espíritu? Por eso dice el mismo apóstol: "El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado" (Id. V, 5). El mismo amor gime, el mismo amor ora; contra este no sabe cerrar los oídos quien lo dio. Estate seguro, que el amor ruegue; y allí están los oídos de Dios. No se hace lo que quieres, pero se hace lo que conviene. Por tanto, "cualquier cosa que pidamos", dice, "la recibiremos de Él". Ya he dicho, si lo entiendes para la salud, no hay cuestión: si no para la salud, hay cuestión, y grande, que te hace calumniador del apóstol Pablo. "Cualquier cosa que pidamos, la recibiremos de Él; porque guardamos sus mandamientos, y hacemos lo que le agrada en su presencia". En su presencia, dentro donde ve.

9. ¿Y cuáles son esos mandamientos? Esto es, dice, "su mandamiento, que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo, y nos amemos unos a otros". Veis que este es el mandamiento, veis que quien actúa contra este mandamiento, comete pecado, del cual carece todo el que ha nacido de Dios. Como nos dio mandamiento: "que nos amemos unos a otros". Y quien guarda su mandamiento: veis que no se nos manda otra cosa, sino que nos amemos unos a otros: "Y quien guarda su mandamiento, permanece en Él, y Él en él. Y en esto conocemos que Él permanece en nosotros por el Espíritu que nos dio". ¿No es manifiesto que esto hace el Espíritu Santo en el hombre, que haya en él amor y caridad? ¿No es manifiesto lo que dice el apóstol Pablo: "El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado"? Porque hablaba de la caridad, y decía que en la presencia de Dios debemos interrogar nuestro corazón. Que si nuestro corazón no siente mal: es decir, si confiesa que por el amor del hermano se hace, cualquier cosa que se haga en buena obra. También añadió lo que dijo del mandamiento: "Este es su mandamiento, que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo, y nos amemos unos a otros. Y quien hace su mandamiento, permanece en Él, y Él en él. En esto conocemos que Él permanece en nosotros por el Espíritu que nos dio". Si encuentras que tienes caridad, tienes el Espíritu de Dios para entender: es una cosa muy necesaria.

10. En los primeros tiempos el Espíritu Santo descendía sobre los creyentes; y hablaban en lenguas que no habían aprendido, como el Espíritu les daba que hablasen. Eran señales oportunas para el tiempo. Era necesario que así se significara en todas las lenguas el Espíritu Santo, porque el Evangelio de Dios iba a correr por todas las lenguas en todo el mundo. Se significó eso, y pasó. ¿Acaso ahora a quienes se les impone la mano para recibir el Espíritu Santo, se espera esto, que hablen en lenguas? ¿O cuando impusimos la mano a estos niños, cada uno de vosotros atendió si hablaban en lenguas; y al ver que no hablaban en lenguas, alguien de vosotros fue tan perverso de corazón que dijo: No han recibido el Espíritu Santo; porque si lo hubieran recibido, hablarían en lenguas como entonces se hizo? Si, pues, por estos milagros no se da ahora testimonio de la presencia del Espíritu Santo; ¿de dónde se da, de dónde conoce cada uno que ha recibido el Espíritu Santo? Interrogue su corazón: si ama al

hermano, el Espíritu de Dios permanece en él. Vea, pruebe a sí mismo ante los ojos de Dios; vea si hay en él amor de paz y unidad, amor de la Iglesia difundida por todo el mundo. No atienda a amar solo al hermano que ve ante sí: porque muchos de nuestros hermanos no vemos, y en la unidad del Espíritu estamos unidos a ellos. ¿Qué maravilla que no estén con nosotros? Estamos en un cuerpo, tenemos una cabeza en el cielo. Hermanos, nuestros ojos no se ven entre sí, como si no se conocieran. ¿Acaso en el amor de la conexión corporal no se conocen? Pues, para que sepáis que en la unión del amor se conocen: cuando ambos están abiertos, no es lícito que algo atienda el derecho, que no atienda el izquierdo. Dirige el rayo derecho sin el otro, si puedes. Se unen juntos, se dirigen juntos; la intención es una, los lugares son diversos. Si, pues, todos los que contigo aman a Dios, tienen una intención contigo, no atiendas a que estás separado en lugar por el cuerpo; habéis fijado juntos la mirada del corazón en la luz de la verdad. Por tanto, si quieres saber que has recibido el Espíritu, interroga tu corazón; no sea que tengas el sacramento, y no tengas la virtud del sacramento. Interroga tu corazón, si hay allí amor del hermano, estate seguro. No puede haber amor sin el Espíritu de Dios: porque Pablo clama, "El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado".

11. Dilectísimos, no creáis a todo espíritu. Porque dijo: En esto conocemos que permanece en nosotros el Espíritu que nos ha dado. ¿Cómo se conoce este Espíritu? Atended: Dilectísimos, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios. ¿Y quién es el que prueba los espíritus? Nos ha propuesto una tarea difícil, hermanos míos: es bueno que Él mismo nos diga cómo discernirlos. Lo dirá; no temáis: pero primero ved, atended; ved cómo de aquí se extrae aquello de lo que los vanos herejes calumnian. Atended, ved lo que dice: Dilectísimos, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios. El Espíritu Santo es llamado agua en el Evangelio, cuando el Señor clama y dice: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba: el que cree en mí, de su interior correrán ríos de agua viva. El evangelista explicó de qué hablaba: pues continuó diciendo: Esto decía del Espíritu que habían de recibir los que creyeran en Él. ¿Por qué el Señor no bautizó a muchos? Pero, ¿qué dice? El Espíritu aún no había sido dado, porque Jesús aún no había sido glorificado (Juan VII, 37-39). Porque ellos tenían el Bautismo, y aún no habían recibido el Espíritu Santo, que el Señor envió del cielo el día de Pentecostés; para que se diera el Espíritu, se esperaba la glorificación del Señor. Y antes de ser glorificado, y antes de enviarlo, invitaba sin embargo a los hombres a prepararse para recibir el agua, de la cual dijo: El que tiene sed, venga y beba; y, El que cree en mí, de su interior correrán ríos de agua viva. ¿Qué son ríos de agua viva? ¿Qué es esa agua? Nadie me pregunte; pregunta al Evangelio. Esto decía, dice, del Espíritu que habían de recibir los que creyeran en Él. Por tanto, una cosa es el agua del Sacramento, otra cosa es el agua que significa el Espíritu de Dios. El agua del Sacramento es visible; el agua del Espíritu es invisible. Esta lava el cuerpo, y significa lo que se hace en el alma: por ese Espíritu el alma misma se purifica y se nutre. Él es el Espíritu de Dios, que no pueden tener los herejes, y cualquiera que se separa de la Iglesia. Y cualquiera que no se separa abiertamente, pero por iniquidad está separado, y dentro se revuelven como paja, y no son grano, no tienen este Espíritu. Este Espíritu fue significado por el nombre de agua por el Señor: y hemos oído de esta Epístola, No creáis a todo espíritu; y testifican aquellas palabras de Salomón, Abstente del agua ajena. ¿Qué es el agua? El Espíritu. ¿Acaso siempre el agua significa el Espíritu? No siempre: pero en algunos lugares significa el Espíritu, en otros lugares significa el Bautismo, en otros lugares significa los pueblos, en otros lugares significa el consejo. Tienes dicho en algún lugar: Fuente de vida es el consejo para quienes lo poseen (Prov. XVI, 22). Por tanto, en diversos lugares de las Escrituras el nombre de agua significa cosas diversas. Ahora, sin embargo, habéis oído que el nombre de agua significa el Espíritu Santo, no por nuestra

interpretación, sino por el testimonio evangélico, donde dice: Esto decía del Espíritu que habían de recibir los que creyeran en Él. Si, por tanto, el nombre de agua significa el Espíritu Santo, y esta Epístola nos dice: No creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; entendamos que se dice: Abstente del agua ajena, y no bebas de fuente ajena (Prov. IX, 18, según LXX). ¿Qué es, no bebas de fuente ajena? No creas en espíritu ajeno.

12. Resta, por tanto, el examen, de dónde se prueba que es el Espíritu de Dios. Ha puesto un signo, y esto quizás difícil; veamos sin embargo. Volveremos a esa caridad; ella es la que nos enseña, porque ella es la unción. Sin embargo, ¿qué dice aquí? Probad los espíritus si son de Dios: porque muchos falsos profetas han salido al mundo. Ya están allí todos los herejes y todos los cismáticos. ¿Cómo, entonces, pruebo el espíritu? Sigue: En esto se conoce el Espíritu de Dios. Erigid los oídos del corazón. Nos preocupábamos, y decíamos, ¿Quién sabe? ¿quién discierne? He aquí que va a decir el signo. «En esto se conoce el Espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios. Y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios: y este es el anticristo, del cual habéis oído que ha de venir; y ahora está en este mundo.» Casi se erigen los oídos para discernir los espíritus; y hemos oído algo tal, de lo cual no obstante no discernimos. ¿Qué dice? Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios. Entonces, ¿el espíritu que está entre los herejes es de Dios, porque confiesan que Jesucristo ha venido en carne? Aquí ya se erigen quizás contra nosotros, y dicen: Vosotros no tenéis el espíritu de Dios; pero nosotros confesamos que Jesucristo ha venido en carne: sin embargo, él negó que ellos tuvieran el Espíritu de Dios, quienes no confiesan que Jesucristo ha venido en carne. Pregunta a los arrianos; confiesan que Jesucristo ha venido en carne: pregunta a los eunomianos; confiesan que Jesucristo ha venido en carne: pregunta a los macedonianos; confiesan que Jesucristo ha venido en carne: interroga a los catáfrigos; confiesan que Jesucristo ha venido en carne: interroga a los novacianos; confiesan que Jesucristo ha venido en carne. ¿Todas estas herejías tienen el Espíritu de Dios? ¿No son, por tanto, falsos profetas? ¿No hay allí engaño, no hay allí seducción? Ciertamente son anticristos, que salieron de nosotros, pero no eran de nosotros.

13. ¿Qué hacemos entonces? ¿Cómo discernimos? Atended; vayamos juntos de corazón, y llamemos. La misma caridad vigila, porque ella es la que llama, ella es la que abre: ahora entenderéis en el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Ya habéis oído antes que se dijo: Quien niega que Jesucristo ha venido en carne, este es el anticristo (I Juan II, 19, 22). Y allí preguntamos, ¿quién niega? porque ni nosotros negamos, ni ellos niegan. Y encontramos a algunos que niegan con hechos (Arriba, Trat. 3, n. 7-9); y aportamos testimonio del Apóstol, que dice: Confiesan conocer a Dios, pero con hechos lo niegan (Tito I, 16). Así, pues, ahora busquemos en los hechos, no en la lengua. ¿Quién es el espíritu que no es de Dios? El que niega que Jesucristo ha venido en carne. ¿Y quién es el espíritu que es de Dios? El que confiesa que Jesucristo ha venido en carne. ¿Quién es el que confiesa que Jesucristo ha venido en carne? Vamos, hermanos, atendamos a las obras, no al ruido de la lengua. Busquemos por qué vino Cristo en carne, y encontramos a quienes lo niegan haber venido en carne. Pues si atiendes a las lenguas, oirás muchas herejías confesando que Cristo ha venido en carne: pero la verdad los convence. ¿Por qué vino Cristo en carne? ¿No era Dios? ¿No está escrito de Él: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios (Juan I, 1)? ¿No alimentaba Él a los ángeles, y Él alimenta a los ángeles? ¿No vino aquí de tal manera que no se apartó de allí? ¿No ascendió de tal manera que no nos dejó? ¿Por qué, entonces, vino en carne? Porque era necesario mostrarnos la esperanza de la resurrección. Era Dios, y vino en carne; pues Dios no podía morir, la carne podía morir; por eso vino en carne, para morir por nosotros. ¿Cómo murió por nosotros? Nadie tiene mayor amor que este, que

uno ponga su vida por sus amigos (Juan XV, 13). Por tanto, la caridad lo llevó a la carne. Quien no tiene caridad, niega que Cristo ha venido en carne. Ahora interroga a todos los herejes, ¿Cristo vino en carne? Vino; esto creo, esto confieso. Más bien, esto niegas. ¿Cómo lo niego? oyes que lo digo. Más bien, yo te convenzo de que lo niegas. Lo dices con la voz, lo niegas con el corazón; lo dices con palabras, lo niegas con hechos. ¿Cómo, dices, lo niego con hechos? Porque Cristo vino en carne para morir por nosotros. Por eso murió por nosotros, porque enseñó mucha caridad: Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos. Tú no tienes caridad; porque por tu honor divides la unidad. Por tanto, de aquí entendamos el espíritu de Dios. Llamad, tocad las vasijas de barro, no sea que se rompan y resuenen mal: ved si suenan íntegramente, ved si hay caridad allí. Te apartas de la unidad del orbe, divides la Iglesia por cismas, desgarras el cuerpo de Cristo. Él vino en carne, para reunir: tú clamas para dispersar. Por tanto, él es el Espíritu de Dios, quien dice que Jesús ha venido en carne: quien lo dice no con la lengua, sino con hechos; quien lo dice no sonando, sino amando. Pero no es el espíritu de Dios, quien niega que Jesucristo ha venido en carne: lo niega también no con la lengua, sino con la vida; no con palabras, sino con hechos. Es manifiesto, por tanto, de dónde conocemos, hermanos. Muchos dentro, como si estuvieran dentro; pero nadie fuera, a menos que esté verdaderamente fuera.

14. Tanto que sepáis que se refiere a los hechos, Y todo espíritu, dice, que disuelve a Cristo, en carne venida, no es de Dios. Se entiende disolver con hechos. ¿Qué te muestra? quien niega; porque dijo, disuelve. Él vino a reunir, tú vienes a disolver. Quieres desmembrar los miembros de Cristo. ¿Cómo no niegas que Cristo ha venido en carne, quien rompes la Iglesia de Dios, que Él reunió? Por tanto, vienes contra Cristo; eres anticristo. Estés dentro, estés fuera; eres anticristo: pero cuando estás dentro, te ocultas, cuando estás fuera, te manifiestas. Disueltas a Jesús, y niegas que ha venido en carne; no eres de Dios. Por eso dice en el Evangelio: Quien disuelva uno de estos mandamientos más pequeños, y así enseñe, será llamado el más pequeño en el reino de los cielos. ¿Qué es, se disuelve? ¿qué es, se enseña? Se disuelve con hechos, y se enseña como con palabras. Tú que predicas no robar, robas (Rom. II, 21). Por tanto, disuelve en el hecho quien roba, y como enseña así; será llamado el más pequeño en el reino de los cielos, es decir, en la Iglesia de este tiempo. De él se dijo: Lo que dicen, haced; pero lo que hacen, no lo hagáis (Mat. XXIII, 3). Pero quien haga, y así enseñe, será llamado grande en el reino de los cielos (Mat. V, 19). De lo que dijo aquí, haga, contra esto allí dijo, disuelva, es decir, no haga, y así enseñe. Por tanto, disuelve quien no hace. ¿Qué nos enseña, sino que interroguemos los hechos, no creamos las palabras? La oscuridad de las cosas nos obliga a decir muchas cosas: principalmente para que lo que el Señor se digna revelar, llegue también a los hermanos más lentos; porque todos han sido comprados con la sangre de Cristo. Y temo que esta Epístola en estos días, como prometí, no se termine: pero lo que place al Señor, es mejor guardar las sobras, que sobrecargar los corazones con demasiado alimento.

TRACTATUS VII. Desde lo que sigue, Ya vosotros sois de Dios, hijitos; hasta, A Dios nadie lo ha visto jamás. Cap. IV, V. 4-12.

1. Este mundo para todos los fieles que buscan la patria es como fue el desierto para el pueblo de Israel. Erraban ciertamente aún, y buscaban la patria: pero con Dios como guía no podían errar. La vía para ellos fue el mandato de Dios. Pues donde durante cuarenta años anduvieron, con poquísimas paradas se completa el mismo camino, y es conocido por todos. Se demoraban, porque eran ejercitados, no porque fueran abandonados. Lo que, por tanto, nos promete Dios, es una dulzura inefable, y un bien, como dice la Escritura, y a menudo habéis oído de nosotros recordándolo, que ojo no vio, ni oído oyó, ni ha subido al corazón del hombre (Isaías LXIV, 4; I Cor. II, 9). Pero con trabajos temporales somos ejercitados, y con

tentaciones de la vida presente somos instruidos. Pero si no queréis morir de sed en este desierto, bebed caridad. Es una fuente que el Señor quiso poner aquí, para que no desfallezcamos en el camino: y la beberemos más abundantemente cuando lleguemos a la patria. Ahora se ha leído el Evangelio; para que de las mismas palabras, con las que se terminó la lectura, diga, ¿qué otra cosa habéis oído sino de la caridad? Ya que hemos hecho un pacto con nuestro Dios en la oración, que si queremos que nos perdone nuestros pecados, perdonemos también nosotros los pecados que se cometan contra nosotros (Mat. VI, 12). Pero no perdona sino la caridad. Quita la caridad del corazón; el odio ocupa su lugar, no sabe perdonar. Que esté allí la caridad, perdona con seguridad, que no se angustia. Pero esta Epístola toda, que hemos asumido para tratar con vosotros, ved si recomienda otra cosa que esa única caridad. Y no hay que temer que al decirlo a menudo se vuelva odiosa. Pues, ¿qué se ama, si la caridad se vuelve odiosa? Por la caridad se hace que las demás cosas se amen bien, ¿cómo no ha de ser amada ella misma? Por tanto, la cosa que nunca debe salir del corazón, tampoco salga de la boca.

2. Ya vosotros, dice, sois de Dios, hijitos, y lo habéis vencido: ¿a quién, sino al Anticristo? Pues antes había dicho: Todo el que disuelve a Jesucristo y niega que ha venido en carne, no es de Dios (Juan IV, 3). Pero hemos expuesto, si recordáis, que todos niegan que Jesucristo ha venido en carne, quienes violan la caridad. Pues Jesús no necesitaba venir, sino por la caridad. Pues esa caridad nos es recomendada, la cual Él mismo en el Evangelio recomienda: Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos (Juan XV, 13). ¿Cómo podía el Hijo de Dios poner su vida por nosotros, si no se revestía de carne, donde pudiera morir? Por tanto, quien viola la caridad, diga lo que diga con la lengua, su vida niega que Cristo ha venido en carne; y este es el anticristo, dondequiera que esté, dondequiera que entre. Pero, ¿qué dice a los que son ciudadanos de aquella patria a la que suspiramos? Lo habéis vencido. ¿Y de dónde lo vencieron? Porque mayor es el que está en vosotros, que el que está en este mundo. No atribuyáis la victoria a vuestras fuerzas, y con la arrogancia de la soberbia seáis vencidos (pues a quien el diablo hace soberbio, lo vence), queriendo conservarles la humildad, ¿qué dice? Lo habéis vencido. Ya todo hombre que oye, Lo habéis vencido, levanta la cabeza, levanta el cuello, quiere ser alabado. No te ensalces, mira quién en ti venció. ¿Por qué venciste? Porque mayor es el que está en vosotros, que el que está en este mundo. Sé humilde, lleva a tu Señor; sé la bestia de carga de tu jinete. Es bueno para ti que Él te gobierne, y Él te guíe. Pues si no tienes a ese jinete, puedes levantar el cuello, puedes lanzar patadas: pero ay de ti sin guía; porque esa libertad te lleva a las bestias para ser devorado.

3. Ellos son del mundo. ¿Quiénes? Los anticristos. Ya habéis oído quiénes son. Y si no sois, los conocéis: pero quienquiera que sea esto, no lo conoce. Ellos son del mundo: por eso hablan del mundo, y el mundo los oye. ¿Quiénes son los que hablan del mundo? Atended a los que están contra la caridad. He aquí que habéis oído al Señor diciendo: Si perdonáis los pecados a los hombres, vuestro Padre celestial os perdonará también vuestros pecados: pero si no perdonáis, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestros pecados (Mat. VI, 14, 15). Es sentencia de la verdad: o si no es la verdad quien habla, contradice. Si eres cristiano, y crees en Cristo, Él dijo: Yo soy la verdad (Juan XIV, 6). Esta sentencia es verdadera, es firme. Ya escucha a los hombres hablando del mundo. ¿Y no te vas a vengar, y va a decir él que te lo hizo? Más bien, siente que tiene que ver con un hombre. Todos los días se dicen estas cosas. Hablan del mundo quienes dicen estas cosas; y el mundo los oye. Ni dicen estas cosas sino quienes aman el mundo; ni se oyen estas cosas sino de quienes aman el mundo. Y quien ama el mundo, y descuida la caridad, habéis oído que niega que Jesús ha venido en carne. O si hizo eso en carne el mismo Señor. Si cuando era abofeteado, quiso vengarse. Si cuando

colgaba en la cruz, no dijo: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Luc. XXIII, 34). Si Él no amenazaba quien tenía el poder; tú, ¿por qué amenazas, por qué te inflas en un poder ajeno? Él porque quiso murió, y no amenazaba; tú no sabes cuándo morirás, y amenazas?

4. Nosotros somos de Dios. Veamos por qué: miren si es por otra razón que no sea por la caridad. Nosotros somos de Dios. Quien conoce a Dios, nos escucha: quien no es de Dios, no nos escucha. En esto conocemos el espíritu de verdad y de error. Porque quien nos escucha, tiene el espíritu de verdad: quien no nos escucha, tiene el espíritu de error. Veamos qué aconseja, y escuchemos más bien al que aconseja en el espíritu de verdad; no a los anticristos, no a los amantes del mundo, no al mundo: si hemos nacido de Dios, Amadísimos, sigue arriba, vean qué: Nosotros somos de Dios. Quien conoce a Dios, nos escucha: quien no es de Dios, no nos escucha. En esto se conoce el espíritu de verdad y de error. Ya nos ha hecho atentos: porque quien conoce a Dios, él escucha; pero quien no conoce, no escucha: y esta es la distinción entre el espíritu de verdad y de error. Veamos qué va a aconsejar, en qué debemos escucharlo. Amadísimos, amémonos unos a otros. ¿Por qué? ¿porque lo aconseja un hombre? Porque el amor es de Dios. Ha recomendado mucho el amor, porque dijo que es de Dios: va a decir más, escuchemos atentamente. Ahora dijo, El amor es de Dios: y todo el que ama, ha nacido de Dios, y conoce a Dios. Quien no ama, no conoce a Dios. ¿Por qué? Porque Dios es amor. ¿Qué más se podría decir, hermanos? Si no se dijera nada sobre la alabanza del amor en todas estas páginas de esta Epístola, si no se dijera absolutamente nada en las demás páginas de las Escrituras, y solo escucháramos esto de la voz del Espíritu de Dios, Porque Dios es amor; no deberíamos buscar nada más.

5. Ya vean que actuar contra el amor es actuar contra Dios. Que nadie diga: Pecado contra el hombre, cuando no amo a mi hermano (presten atención); y es fácil pecar contra el hombre, solo no peque contra Dios. ¿Cómo no pecas contra Dios, cuando pecas contra el amor? Dios es amor. ¿Acaso lo decimos nosotros? Si nosotros dijéramos, Dios es amor; tal vez alguno de ustedes se escandalizaría y diría. ¿Qué dijo? ¿qué quiso decir, que Dios es amor? Dios dio el amor, Dios donó el amor. El amor es de Dios: Dios es amor. Aquí tienen, hermanos, las Escrituras de Dios: esta Epístola es canónica; se recita entre todas las naciones, se mantiene por la autoridad del mundo entero, ella misma ha edificado el mundo entero. Escuchas aquí del Espíritu de Dios, Dios es amor. Ahora si te atreves, actúa contra Dios, y no ames a tu hermano.

6. ¿Cómo entonces ya antes, El amor es de Dios; y ahora, El amor es Dios? Porque Dios es Padre, Hijo y Espíritu Santo: el Hijo, Dios de Dios; el Espíritu Santo, Dios de Dios; y estos tres son un solo Dios, no tres dioses. Si el Hijo es Dios, y el Espíritu Santo es Dios, y aquel en quien habita el Espíritu Santo ama: entonces el amor es Dios; pero Dios porque es de Dios. Tienes ambos en la Epístola; y, El amor es de Dios, y, El amor es Dios. La Escritura no sabe decir de solo el Padre que es de Dios. Pero cuando escuchas, de Dios; se entiende el Hijo, o el Espíritu Santo. Porque el Apóstol dice, La caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado. (Rom. V, 5); entendamos que en el amor está el Espíritu Santo. Porque él es el Espíritu Santo, que los malos no pueden recibir; él es aquella fuente de la que dice la Escritura, Que tu fuente de agua sea propia, y que ningún extraño participe de ella (Prov. V, 16, 17). Porque todos los que no aman a Dios, son extraños, son anticristos. Y aunque entren en las basílicas, no pueden contarse entre los hijos de Dios; aquella fuente de vida no les pertenece. Tener el Bautismo y ser malo es posible; tener la profecía y ser malo es posible. Encontramos que el rey Saúl tuvo profecía: perseguía al santo David, y fue lleno del Espíritu de profecía, y comenzó a profetizar (I Reg. XIX).

Recibir el Sacramento del cuerpo y sangre del Señor y ser malo es posible: pues de tales se ha dicho, Quien come y bebe indignamente, come y bebe juicio para sí (I Cor. XI, 29). Tener el nombre de Cristo y ser malo es posible; es decir, ser llamado cristiano y ser malo es posible: de quienes se ha dicho, Profanaban el nombre de su Dios (Ezequiel XXXVI, 20). Por lo tanto, tener todos estos sacramentos y ser malo es posible; pero tener caridad y ser malo, no es posible. Este es, por tanto, el don propio; él es la fuente singular. A beber de esta, el Espíritu de Dios los exhorta; a beber de sí mismo los exhorta el Espíritu de Dios.

7. En esto se manifestó el amor de Dios en nosotros. He aquí, para que amemos a Dios, tenemos exhortación. ¿Podríamos amarlo, si él no nos amara primero? Si éramos perezosos para amar, no seamos perezosos para corresponder. Él nos amó primero; y aun así no lo amamos. Amó a los inicuos, pero disolvió la iniquidad: amó a los inicuos, pero no los reunió para la iniquidad. Amó a los enfermos, pero los visitó para sanarlos. Dios, por tanto, es amor. En esto se manifestó el amor de Dios en nosotros, porque envió a su Hijo unigénito a este mundo, para que vivamos por él. Como el mismo Señor dice, Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos; y allí se probó el amor de Cristo por nosotros, porque murió por nosotros. ¿De dónde se probó el amor del Padre por nosotros? Porque envió a su único Hijo a morir por nosotros: así también dice el apóstol Pablo, El que no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas? (Rom. VIII, 32). He aquí que el Padre entregó a Cristo, Judas lo entregó; ¿acaso no parece un hecho similar? Judas es traidor: ¿entonces también es traidor Dios Padre? De ninguna manera, dices. No lo digo yo, sino el Apóstol dice: El que no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros. Y el Padre lo entregó, y él mismo se entregó. Dice el mismo apóstol: El que me amó, y se entregó a sí mismo por mí (Gálatas II, 20). Si el Padre entregó al Hijo, y el Hijo se entregó a sí mismo, ¿qué hizo Judas? Se hizo una entrega por parte del Padre, se hizo una entrega por parte del Hijo, se hizo una entrega por parte de Judas; una cosa se hizo: pero ¿qué cosa distingue al Padre entregando al Hijo, al Hijo entregándose a sí mismo, y a Judas el discípulo entregando a su maestro? Porque esto lo hizo el Padre y el Hijo en caridad; pero Judas lo hizo en traición. Ven que no es lo que hace el hombre lo que debe considerarse; sino con qué ánimo y voluntad lo hace. En el mismo hecho encontramos a Dios Padre, en el que encontramos a Judas; bendecimos al Padre, detestamos a Judas. ¿Por qué bendecimos al Padre, detestamos a Judas? Bendecimos la caridad, detestamos la iniquidad. ¿Cuánto se ha concedido al género humano por la entrega de Cristo? ¿Acaso pensó esto Judas al entregarlo? Dios pensó en nuestra salvación por la cual fuimos redimidos; Judas pensó en el precio por el cual vendió al Señor. El mismo Hijo pensó en el precio que dio por nosotros; Judas pensó en el precio que recibió para venderlo. Diferente intención hizo diferentes hechos. Si medimos una cosa con diferentes intenciones, encontramos uno para amar, otro para condenar; uno para glorificar, otro para detestar. Tanto vale la caridad. Vean que solo ella distingue, vean que solo ella diferencia los hechos de los hombres.

8. Esto dijimos en hechos similares. En hechos diferentes, encontramos a un hombre que actúa con severidad por caridad; y a uno que actúa con suavidad por iniquidad. Un padre castiga a su hijo, y un comerciante halaga. Si propones dos cosas, golpes y halagos; ¿quién no elegiría los halagos, y evitaría los golpes? Si consideras las personas, la caridad castiga, la iniquidad halaga. Vean lo que recomendamos, porque los hechos de los hombres no se distinguen sino por la raíz de la caridad. Pues muchas cosas pueden hacerse que tienen apariencia de bien, y no proceden de la raíz de la caridad. Porque también las espinas tienen flores: algunas cosas parecen ásperas, parecen crueles; pero se hacen para la disciplina dictada por la caridad. Por tanto, se te da un breve precepto, Ama, y haz lo que quieras: ya

sea que calles, calla por amor; ya sea que grites, grita por amor; ya sea que corrijas, corrige por amor; ya sea que perdones, perdona por amor: que la raíz esté dentro del amor, no puede surgir de esta raíz sino el bien.

9. En esto está el amor. En esto se manifestó el amor de Dios en nosotros, porque Dios envió a su Hijo unigénito a este mundo, para que vivamos por él. En esto está el amor, no porque nosotros lo hayamos amado, sino porque él nos amó. No lo amamos primero: pues nos amó para que lo amemos. Y envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados: propiciador, sacrificador. Sacrificó por nuestros pecados. ¿Dónde encontró la ofrenda? ¿dónde encontró la víctima que quería ofrecer pura? No encontró otra cosa, se ofreció a sí mismo. Amadísimos, si Dios nos amó así, también nosotros debemos amarnos unos a otros. Pedro, le dice, ¿me amas? Y él dijo: Amo. Apacienta mis ovejas (Juan XXI, 15-17).

10. A Dios nadie lo ha visto jamás: es una cosa invisible; no debe buscarse con el ojo, sino con el corazón. Pero como si quisiéramos ver este sol, purificaríamos el ojo del cuerpo, con el que se puede ver la luz; queriendo ver a Dios, purifiquemos el ojo con el que se puede ver a Dios. ¿Dónde está este ojo? Escucha el Evangelio: Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios (Mateo V, 8). Pero que nadie piense en Dios por la concupiscencia de los ojos. Porque se hace para sí mismo una forma inmensa, o extiende alguna magnitud inconmensurable por los lugares, como esta luz que ve con estos ojos, la aumenta por los campos cuanto puede; o se hace para sí mismo una especie de anciano de forma venerable. No pienses en nada de esto. Hay algo en lo que pensar, si quieres ver a Dios: Dios es Amor. ¿Qué rostro tiene el amor? ¿qué forma tiene? ¿qué estatura tiene? ¿qué pies tiene? ¿qué manos tiene? Nadie puede decirlo. Sin embargo, tiene pies; pues ellos te llevan a la Iglesia: tiene manos; pues ellas se extienden al pobre: tiene ojos; pues de ahí se entiende aquel que necesita: Bienaventurado, dice, el que entiende sobre el necesitado y el pobre (Salmo XL, 2). Tiene oídos, de los que dice el Señor, El que tiene oídos para oír, que oiga (Lucas VIII, 8). No son miembros distintos por lugares, sino que el que tiene caridad lo ve todo junto con el entendimiento. Tenla, y serás habitado; permanece, y se permanecerá en ti. Pues, hermanos míos, ¿quién ama lo que no ve? ¿Por qué cuando se alaba la caridad, se levantan, aclaman, alaban? ¿Qué se les mostró? ¿les presenté algunos colores? ¿les propuse oro y plata? ¿desenterré gemas de los tesoros? ¿Qué tal cosa se les mostró a sus ojos? ¿acaso mi rostro cambió cuando hablo? Llevo carne, estoy en la misma forma en la que salí, están en la misma forma en la que vinieron: se alaba la caridad, y aclaman. Ciertamente no ven nada. Pero así como les agrada cuando alaban, así les agrade que la guarden en el corazón. Presten atención a lo que digo, hermanos; los exhorto, tanto como el Señor da, a un gran tesoro. Si se les mostrara algún vasito labrado, dorado, hecho con esmero, y atrajera sus ojos, y llevara la atención de su corazón, y les agradara la mano del artesano, y el peso de la plata, y el brillo del metal; ¿no diría cada uno de ustedes, Oh, si tuviera ese vasito? Y lo dirían en vano, pues no estaba en su poder. O si alguien quisiera tenerlo, pensaría en robarlo de la casa ajena. Se les alaba la caridad; si les agrada, ténganla, poseanla: no es necesario que le roben a alguien, no es necesario que piensen en comprarla; es gratis. Ténganla, abrácenla; nada es más dulce que ella. Si cuando se menciona es así, ¿cómo será cuando se tenga?

11. Si alguno de ustedes desea guardar la caridad, hermanos, ante todo no piensen que es despreciable y perezosa; ni que se guarda con cierta mansedumbre, más bien no mansedumbre, sino relajación y negligencia. No se guarda así. No pienses que amas a tu siervo cuando no lo castigas; o que amas a tu hijo cuando no le das disciplina; o que amas a tu vecino cuando no lo corriges: eso no es caridad, sino debilidad. Que la caridad arda para corregir, para enmendar: pero si hay buenas costumbres, que deleiten; si son malas, que se enmienden, que se corrijan. No ames el error en el hombre, sino al hombre: porque Dios hizo

al hombre, el error lo hizo el mismo hombre. Ama lo que Dios hizo, no ames lo que el mismo hombre hizo. Cuando amas eso, lo quitas: cuando amas eso, lo enmiendas. Pero si alguna vez eres severo, es por el amor de la corrección. Por eso se mostró la caridad en la paloma, que vino sobre el Señor (Mateo III, 16). Esa especie de paloma, en la que vino el Espíritu Santo para que se nos infundiera la caridad. ¿Por qué esto? Porque la paloma no tiene hiel: sin embargo, lucha con el pico y las alas por su nido, sin amargura es severa. Esto hace también el padre; cuando castiga a su hijo, lo castiga para la disciplina. Como dije, el seductor para vender, con amargura halaga: el padre para corregir, sin hiel castiga. Sean así con todos. Veán, hermanos, una gran enseñanza, una gran regla: Cada uno tiene hijos, o quiere tener; o si ha decidido no tener hijos carnalmente, al menos desea tenerlos espiritualmente: ¿quién no corrige a su hijo? ¿quién no le da disciplina el padre (Hebreos XII, 7)? Y sin embargo, parece severo. El amor es severo, la caridad es severa: es severa de alguna manera sin hiel, al modo de la paloma, no del cuervo. De ahí vino a la mente, hermanos míos, decirles que esos violadores de la caridad hicieron cisma: así como odian la misma caridad, así odian también a la paloma. Pero la paloma los convence: desciende del cielo, se abren los cielos, y permanece sobre la cabeza del Señor. ¿Para qué esto? Para que escuche, Este es el que bautiza (Juan I, 33). Retírense, ladrones; retírense, invasores de la posesión de Cristo. En sus posesiones, donde quieren dominar, se atrevieron a fijar los títulos del poderoso. Él reconoce sus títulos; reclama su posesión: no borra los títulos, sino que entra y posee. Así al que viene a la Católica, no se le borra el Bautismo, para que no se borre el título del emperador. Pero ¿qué se hace en la Católica? Se reconoce el título; entra el poseedor bajo sus títulos, donde entraba el ladrón bajo títulos ajenos.

TRATADO VIII. De lo que sigue, Si nos amamos unos a otros, Dios permanecerá en nosotros; hasta eso, Dios es amor; y quien permanece en el amor, permanece en Dios, y Dios en él. Cap. IV, V. 12-16.

1. El amor es una palabra dulce, pero más dulce es el hecho. No siempre podemos hablar de ella. Pues hacemos muchas cosas, y diversas acciones nos distraen, de modo que no siempre tenemos tiempo para hablar del amor: pues nada mejor haría nuestra lengua. Pero de lo que no siempre se puede hablar, siempre se puede guardar. Así como ahora que cantamos, Aleluya, ¿acaso siempre lo hacemos? Apenas una hora, no en todo su espacio, sino en una pequeña parte cantamos, Aleluya; y nos dedicamos a otra cosa. Pero Aleluya, como ya saben, es Alaben a Dios. Quien alaba a Dios con la lengua, no siempre puede: quien alaba a Dios con sus costumbres, siempre puede. Las obras de misericordia, el afecto de la caridad, la santidad de la piedad, la incorruptibilidad de la castidad, la modestia de la sobriedad, siempre deben mantenerse: ya sea cuando estamos en público, ya sea cuando estamos en casa, ya sea ante los hombres, ya sea en el dormitorio, ya sea hablando, ya sea callando, ya sea haciendo algo, ya sea descansando; siempre deben mantenerse; porque todas estas virtudes que nombré están dentro. ¿Quién puede nombrarlas todas? Es como un ejército del emperador, que se sienta dentro de tu mente. Pues así como el emperador actúa a través de su ejército lo que le place; así el Señor Jesucristo, comenzando a habitar en nuestro hombre interior, es decir, en la mente por la fe (Efesios III, 17), usa estas virtudes como sus ministros. Y por estas virtudes que no pueden ser vistas por los ojos, y sin embargo cuando se nombran, se alaban: no se alabarían si no se amaran, no se amarían si no se vieran; y si no se amaran si no se vieran, se ven con otro ojo, es decir, con la vista interior del corazón: por estas virtudes invisibles, los miembros se mueven visiblemente: los pies para caminar; pero ¿a dónde? A donde los mueva la buena voluntad, que milita para el buen emperador. Las manos para trabajar; pero ¿qué? Lo que ordene la caridad, que ha sido inspirada dentro por el Espíritu Santo. Por lo tanto, los

miembros se ven cuando se mueven; quien ordena dentro, no se ve. Y quien ordena dentro, casi solo lo sabe quien ordena, y aquel dentro a quien se le ordena.

2. Pues, hermanos, habéis escuchado hace un momento, cuando se leía el Evangelio; ciertamente si habéis tenido oído no solo del cuerpo, sino también del corazón. ¿Qué dice? Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos por ellos (Mateo VI, 1). ¿Acaso quiso decir con esto que debemos esconder de los ojos de los hombres cualquier bien que hagamos y temer ser vistos? Si temes a los espectadores, no tendrás imitadores, por lo tanto debes ser visto. Pero no debes hacer para ser visto. No debe ser ese el fin de tu alegría, ni el término de tu felicidad, pensar que has conseguido todo el fruto de tu buena obra cuando has sido visto y alabado. Esto no es nada. Desprecia tu propia alabanza: que sea alabado en ti aquel que obra a través de ti. No obres para tu propia alabanza lo que haces bien, sino para la alabanza de aquel de quien tienes el poder de hacer el bien. De ti mismo tienes el hacer mal, de Dios tienes el hacer bien. Mirad cuán desordenados son los hombres perversos. Lo que hacen bien, quieren atribuírselo a sí mismos; si hacen mal, quieren acusar a Dios. Invierte este desordenado y no sé qué cosa al revés, haciendo de alguna manera lo que está arriba, abajo: lo que está abajo, arriba. ¿Quieres hacer a Dios abajo y a ti arriba? Te precipitas, no te elevas: pues él siempre está arriba. ¿Qué entonces? ¿Tú bien, y Dios mal? Más bien di esto, si quieres decir la verdad, Yo mal, él bien; y lo que yo hago bien, de él bien: pues de mí, todo lo que hago es mal. Esta confesión fortalece el corazón y hace el fundamento del amor. Pues si debemos esconder nuestras buenas obras para que no sean vistas por los hombres; ¿dónde está aquella sentencia del Señor en el sermón que tuvo en el monte? Donde dijo esto, también dijo poco antes: Brillen vuestras buenas obras delante de los hombres. Y no cesó allí, no hizo fin allí; sino que añadió, Y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos (Mateo V, 16). ¿Y qué dice el Apóstol? Pero yo era desconocido de rostro para las iglesias de Judea que están en Cristo; solo oían que el que en otro tiempo nos perseguía, ahora predica la fe que en otro tiempo devastaba; y glorificaban a Dios en mí (Gálatas I, 22-24). Ved cómo él mismo, al hacerse conocido, no puso fin en su propia alabanza, sino en la alabanza de Dios. Y en cuanto a él mismo, devastador de la Iglesia, perseguidor envidioso, maligno, él mismo lo confiesa, no nos lo reprochamos. Pablo ama que le digamos sus pecados, para que sea glorificado aquel que sanó tal enfermedad. Pues la magnitud de la herida la cortó la mano del médico, y la sanó. Aquella voz del cielo derribó al perseguidor, y levantó al predicador; mató a Saulo, y vivificó a Pablo (Hechos IX). Pues Saúl era perseguidor del hombre santo (1 Samuel XIX); de ahí tenía este su nombre cuando perseguía a los cristianos: después de Saulo se hizo Pablo (Hechos XIII, 9). ¿Qué es Pablo? Pequeño. Entonces cuando Saulo, soberbio, altivo: cuando Pablo, humilde, pequeño. Por eso decimos, Te veré después de un poco, es decir, después de un poco. Escucha porque se hizo pequeño: Porque yo soy el menor de los apóstoles (1 Corintios XV, 9); y, A mí, el más pequeño de todos los santos, dice en otro lugar (Efesios III, 8). Así era entre los apóstoles como el borde del vestido: pero la Iglesia de los gentiles lo tocó como padeciendo flujo, y fue sanada (Mateo IX, 20-22).

3. Por tanto, hermanos, esto diré, esto digo, esto si pudiera no callaría: que esas obras estén en vosotros ahora, ahora esas, según el tiempo, según las horas, según los días. ¿Acaso siempre hablar? ¿Acaso siempre callar? ¿Acaso siempre alimentar el cuerpo? ¿Acaso siempre ayunar? ¿Acaso siempre dar pan al necesitado? ¿Acaso siempre vestir al desnudo? ¿Acaso siempre visitar a los enfermos? ¿Acaso siempre reconciliar a los discordantes? ¿Acaso siempre enterrar a los muertos? Ahora esto, ahora aquello. Estas cosas se inician y cesan: pero aquel emperador, ni se inicia ni debe cesar. La caridad interior no debe interrumpirse: los oficios de

la caridad deben exhibirse según el tiempo. La caridad, por tanto, como está escrito, fraterna permanezca (Hebreos XIII, 1).

4. Quizás, sin embargo, haya movido a algunos de vosotros, desde que estamos tratando esta Epístola del bienaventurado Juan para vosotros, por qué no ha recomendado principalmente sino la caridad fraterna. El que ama a su hermano (1 Juan II, 10), dice; y, Se nos ha dado el mandamiento de que nos amemos unos a otros (Id. III, 23). Ha nombrado asiduamente la caridad fraterna: pero la caridad de Dios, es decir, con la que debemos amar a Dios, no la ha nombrado tan asiduamente; pero sin embargo no ha callado del todo. De la verdadera caridad hacia el enemigo ha callado casi por toda la Epístola. Mientras nos predica vehementemente, y nos recomienda la caridad, no nos dice que amemos a los enemigos; sino que nos dice que amemos a los hermanos. Pero ahora, cuando se leía el Evangelio, hemos escuchado, Pues si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también eso los publicanos? (Mateo V, 46). ¿Qué es, entonces, que Juan el apóstol nos recomienda la caridad fraterna como algo grande para una cierta perfección; pero el Señor dice que no nos basta amar a los hermanos, sino que debemos extender esa misma caridad, para que lleguemos a los enemigos? El que llega hasta los enemigos, no pasa por alto a los hermanos. Es necesario que, como el fuego, primero ocupe lo cercano, y así se extienda a lo más lejano. Más cercano a ti es el hermano que no sé quién. De nuevo, se te adhiere más aquel que no conocías, que sin embargo no te es adverso, que el enemigo que incluso te es adverso. Extiende la caridad a los cercanos, y no llares a eso extensión. Pues te amas a ti mismo, que amas a los que se te adhieren. Extiende a los desconocidos, que no te han hecho ningún mal. Trasciende también a ellos; llega a amar a los enemigos. Esto ciertamente manda el Señor. ¿Por qué ha callado sobre la caridad hacia el enemigo?

5. Todo amor, ya sea el que se llama carnal, que no es amor, sino que más bien suele llamarse afecto (pues el nombre de amor suele decirse más en cosas mejores, en cosas mejores se entiende): sin embargo, todo amor, hermanos carísimos, ciertamente tiene una cierta benevolencia hacia aquellos que son amados. Pues no debemos amar a los hombres, ni podemos amarlos, o amarlos; pues el Señor también usó esta palabra cuando dijo, Pedro, ¿me amas? (Juan XXI, 17). No debemos amar a los hombres como escuchamos a los glotones decir, Amo los tordos. ¿Preguntas por qué? Para matarlos y consumirlos. Y dice que los ama, y los ama para que no existan, los ama para destruirlos. Y cualquier cosa que amamos para comer, la amamos para que se consuma, y nosotros nos alimentemos. ¿Acaso deben ser amados así los hombres, como para ser consumidos? Pero hay una cierta amistad de benevolencia, para que a veces prestemos a aquellos que amamos. ¿Qué, si no hay nada que prestar? La sola benevolencia basta al amante. Pues no debemos desear que sean miserables, para que podamos ejercer obras de misericordia. Das pan al hambriento: pero mejor sería que nadie tuviera hambre, y no tuvieras a quién dar. Vistes al desnudo: ¡ojalá todos estuvieran vestidos, y no hubiera tal necesidad! Sepultas al muerto: ¡ojalá venga alguna vez aquella vida donde nadie muera! Concordas a los litigantes: ¡ojalá alguna vez haya aquella paz eterna de Jerusalén, donde nadie discorde! Pues todas estas son obras de necesidad. Quitas a los miserables; cesarán las obras de misericordia. Cesarán las obras de misericordia; ¿acaso se extinguirá el ardor de la caridad? Amigo amas al hombre feliz, a quien no tienes nada que prestar; ese amor será más puro, y mucho más sincero. Pues si prestas al miserable, quizás desees exaltarte contra él, y quieres que sea sujeto a ti, que eres el autor de su beneficio. Él necesitó, tú diste; pareces mayor porque tú prestaste, que él a quien se le prestó. Desea un igual, para que ambos estén bajo uno a quien nada se le puede prestar.

6. Pues en esto excedió la medida el alma soberbia, y de alguna manera, fue avara; porque la raíz de todos los males es la avaricia (1 Timoteo VI, 10). Y también se ha dicho, El principio

de todo pecado es la soberbia (Eclesiástico X, 15). Y a veces buscamos cómo concuerdan estas dos sentencias: La raíz de todos los males es la avaricia; y, El principio de todo pecado es la soberbia. Si el principio de todo pecado es la soberbia, la raíz de todos los males es la soberbia. Ciertamente la raíz de todos los males es la avaricia: encontramos que también en la soberbia hay avaricia; pues el hombre excedió la medida. ¿Qué es ser avaro? Avanzar más allá de lo que es suficiente. Adán cayó por soberbia: El principio de todo pecado es la soberbia, dice. ¿Acaso por avaricia? ¿Qué más avaro que aquel a quien Dios no pudo bastar? Por tanto, hermanos, leemos cómo fue hecho el hombre a imagen y semejanza de Dios: y ¿qué dijo Dios de él? Y tenga dominio sobre los peces del mar, y sobre las aves del cielo, y sobre todos los animales que se arrastran sobre la tierra (Génesis I, 26). ¿Acaso dijo, Tenga dominio sobre los hombres? Tenga dominio, dice: le dio dominio natural. ¿Sobre quiénes tenga dominio? Sobre los peces del mar, las aves del cielo, y todos los reptiles que se arrastran sobre la tierra. ¿Por qué esta es la potestad natural del hombre en esto? Porque el hombre tiene dominio de esto, porque fue hecho a imagen de Dios. ¿Dónde fue hecho a imagen de Dios? En el entendimiento, en la mente, en el hombre interior; en lo que entiende la verdad, juzga la justicia y la injusticia, conoce de quién fue hecho, puede entender a su creador, alabar a su creador. Tiene esta inteligencia, quien tiene prudencia. Por eso muchos, cuando por malas codicias deterioraban en sí la imagen de Dios, y de alguna manera extinguían la llama de la inteligencia por la perversidad de las costumbres; les clamaba la Escritura, No os hagáis como el caballo y el mulo, que no tienen entendimiento (Salmo XXXI, 9). Esto es decir, Te he puesto sobre el caballo y el mulo; te hice a mi imagen, te di dominio sobre estas cosas. ¿Por qué? Porque las fieras no tienen mente racional: pero tú con mente racional captas la verdad, entiendes lo que está sobre ti; sométete a aquel que está sobre ti, y estarán bajo ti aquellas cosas sobre las que has sido puesto. Pues por el pecado el hombre abandonó a aquel bajo quien debía estar, se sometió a aquellas cosas sobre las que debía estar.

7. Prestad atención a lo que digo: Dios, hombre, bestias: por ejemplo, sobre ti Dios; bajo ti las bestias. Reconoce a aquel que está sobre ti, para que te reconozcan a ti las que están bajo ti. Por eso cuando Daniel reconoció a Dios sobre él, los leones lo reconocieron sobre ellos (Daniel VI, 22). Pero si no reconoces a aquel que está sobre ti, desprecias al superior, te someterás al inferior. Por eso, ¿de qué fue domada la soberbia de los egipcios? De ranas y moscas (Éxodo VIII). Dios podía enviar leones, pero alguien grande debe ser aterrizado por un león. Cuanto más soberbios eran, tanto más de cosas despreciables y abyectas fue quebrado su mal cuello. Pero los leones reconocieron a Daniel, porque él estaba sometido a Dios. ¿Qué? ¿Los mártires que lucharon contra las bestias, y fueron lacerados por los mordiscos de las fieras, no estaban bajo Dios? ¿O eran siervos de Dios los tres hombres, y no eran siervos de Dios los Macabeos? El fuego reconoció a los siervos de Dios, los tres hombres, a quienes no quemó, cuyas vestiduras no corrompió (Daniel III, 50); ¿y no reconoció a los Macabeos? Reconoció a los Macabeos; los reconoció, hermanos, y a estos (2 Macabeos VII). Pero era necesario un cierto flagelo, permitiendo el Señor, que dijo en la Escritura, Azota a todo hijo que recibe (Hebreos XII, 6). ¿Pensáis, hermanos, que el hierro atravesaría las entrañas del Señor, si él no lo permitiera; o se adheriría al madero, si él no quisiera? ¿No lo reconoció su criatura? ¿O propuso un ejemplo de paciencia a sus fieles? Por eso Dios liberó visiblemente a algunos, a otros no los liberó visiblemente: a todos, sin embargo, los liberó espiritualmente, espiritualmente a nadie abandonó. Visiblemente pareció abandonar a algunos, a otros pareció rescatarlos. Por eso rescató a algunos, para que no pienses que no podía rescatar. Dio testimonio de que puede, para que donde no lo hace, entiendas una voluntad más secreta, no sospeches una dificultad. Pero ¿qué, hermanos? Cuando hayamos escapado de todas estas trampas de la mortalidad, cuando hayan pasado los

tiempos de la tentación, cuando el río de este siglo haya corrido y hayamos recibido aquella primera estola, aquella inmortalidad que perdimos pecando, cuando esto corruptible haya vestido incorrupción, es decir, esta carne haya vestido incorrupción, y esto mortal haya vestido inmortalidad (1 Corintios XV, 53, 54); ya perfectos hijos de Dios, donde no es necesario ser tentados, ni azotados, toda criatura nos reconocerá: todas las cosas estarán sometidas a nosotros, si aquí estamos sometidos a Dios.

8. Así, por tanto, debe ser el cristiano, para que no se gloríe sobre otros hombres. Pues Dios te dio ser sobre las bestias, es decir, ser mejor que las bestias. Esto lo tienes naturalmente; siempre serás mejor que una bestia. Si quieres ser mejor que otro hombre, le envidiarás cuando veas que es igual a ti. Debes querer que todos los hombres sean iguales a ti; y si superas a alguien por prudencia, debes desear que él también sea prudente. Mientras es lento, aprende de ti; mientras es ignorante, necesita de ti; y tú pareces doctor, él sin embargo aprendiendo: tú, por tanto, superior, porque eres doctor; él inferior, porque aprende. Si no deseas que sea igual, siempre quieres tener un aprendiz. Pero si siempre quieres tener un aprendiz, serás un doctor envidioso. Si eres un doctor envidioso, ¿cómo serás doctor? Te ruego, no le enseñes tu envidia. Escucha al Apóstol diciendo de las entrañas de la caridad: Quisiera que todos los hombres fueran como yo (1 Corintios VII, 7). ¿Cómo quería que todos fueran iguales? Por eso era superior a todos, porque con caridad deseaba que todos fueran iguales. Por tanto, el hombre excedió la medida; quiso ser más avaro, para estar sobre los hombres, que fue hecho sobre las bestias: y esa es la soberbia.

9. Y ved cuántas obras hace la soberbia; poned en el corazón cuán similares hace, y casi iguales a la caridad. Alimenta al hambriento la caridad, alimenta también la soberbia - la caridad, para que Dios sea alabado; la soberbia, para que ella sea alabada. Viste al desnudo la caridad, viste también la soberbia; ayuna la caridad, ayuna también la soberbia; sepulta a los muertos la caridad, sepulta también la soberbia. Todas las buenas obras que quiere hacer la caridad y hace, la soberbia las agita en contra, y casi lleva sus caballos. Pero la caridad es interior: quita el lugar a la soberbia mal agitada; no al que mal agita, sino a la mal agitada. ¡Ay del hombre cuyo auriga es la soberbia, pues es necesario que vaya precipitado! Para que no sea la soberbia la que agite las buenas obras, ¿quién lo sabe? ¿quién lo ve? ¿dónde está esto? Vemos las obras: alimenta la misericordia, alimenta también la soberbia; recibe al huésped la misericordia, recibe también la soberbia; intercede por el pobre la misericordia, intercede también la soberbia. ¿Qué es esto? En las obras no discernimos. Me atrevo a decir algo, pero no yo; Pablo lo dijo: muere la caridad, es decir, el hombre que tiene caridad, confiesa el nombre de Cristo, lleva el martirio; confiesa también la soberbia, lleva también el martirio. Él tiene caridad, él no tiene caridad. Pero escuche del Apóstol aquel que no tiene caridad: Si distribuyera todos mis bienes a los pobres, y si entregara mi cuerpo para ser quemado, pero no tengo caridad, de nada me sirve (1 Corintios XIII, 3). Por tanto, la Escritura divina nos llama hacia adentro desde la jactancia de esta apariiencia exterior; y desde esta superficie que se jacta ante los hombres, nos llama hacia adentro. Vuelve a tu conciencia, interrógala. No atiendas lo que florece afuera, sino cuál es la raíz en la tierra. ¿Está enraizada la codicia? puede haber apariiencia de buenas obras, pero verdaderamente no pueden ser buenas obras. ¿Está enraizada la caridad? estate seguro, nada malo puede proceder. El soberbio halaga, el amor castiga. Aquel viste, aquel golpea. Pues aquel viste para agradar a los hombres: aquel golpea para corregir con disciplina. Se recibe más la herida de la caridad, que la limosna de la soberbia. Volved, por tanto, hacia adentro, hermanos; y en todo lo que hagáis, mirad al testigo Dios. Ved, si él ve, con qué ánimo lo hacéis. Si vuestro corazón no os acusa, porque lo hacéis por jactancia; bien, estad seguros. Pero no temáis cuando hacéis bien, que otro vea. Teme que lo hagas para que tú seas alabado: pues que otro

vea, para que Dios sea alabado. Pues si lo escondes de los ojos del hombre; lo escondes de la imitación del hombre, sustraes la alabanza a Dios. Hay dos a quienes haces limosna: dos tienen hambre; uno de pan, otro de justicia. Entre estos dos hambrientos, porque se ha dicho, Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados (Mateo V, 6): entre estos dos hambrientos, eres un buen operador; si la caridad obra de él, se compadece de ambos, quiere ayudar a ambos. Pues él busca qué comer, él busca qué imitar. Alimentas a este, te ofreces a este; a ambos les has dado limosna: a aquel lo has hecho agradecido por el hambre eliminada; a este lo has hecho imitador por el ejemplo propuesto.

10. Misericordia, pues, como misericordiosos; porque en eso mismo que amáis a los enemigos, amáis a los hermanos. No penséis que Juan no ha mandado nada sobre el amor al enemigo, porque no ha callado sobre la caridad fraterna: amáis a los hermanos. ¿Cómo, preguntas, amamos a los hermanos? Pregunto por qué amas al enemigo: ¿por qué lo amas? ¿Para que esté sano en esta vida? ¿Y si no le conviene? ¿Para que sea rico? ¿Y si con esas riquezas se cegará? ¿Para que se case? ¿Y si de ahí sufrirá una vida amarga? ¿Para que tenga hijos? ¿Y si serán malos? Son inciertas, pues, esas cosas que pareces desear a tu enemigo, porque lo amas; son inciertas. Deséale que tenga contigo la vida eterna; deséale que sea tu hermano. Si, pues, desees esto, amando al enemigo, que sea tu hermano; cuando lo amas, amas a un hermano. No amas en él lo que es, sino lo que quieres que sea. Dije alguna vez a vuestra Caridad, si no me equivoco: Hay un tronco de madera puesto ante los ojos; un buen carpintero vio la madera sin labrar, cortada del bosque, la amó: no sé qué quiere hacer de ella. No la amó para que siempre permanezca así. En su arte vio lo que será, no en su amor lo que es; y amó lo que hará de ella, no lo que es. Así también Dios nos amó a los pecadores. Decimos que Dios amó a los pecadores: pues dice, No necesitan médico los sanos, sino los enfermos (Mateo IX, 12). ¿Acaso amó a los pecadores para que permanecieran pecadores? Como un tronco del bosque nos vio el carpintero, y pensó en el edificio que hará de él, no en el bosque que era. Así también tú miras a tu enemigo que te contradice, que se enfurece, que te muerde con palabras, que te exaspera con injurias, que te persigue con odios; ves allí que es un hombre. Ves todas esas cosas adversas hechas por el hombre; y ves en él lo que fue hecho por Dios. Pero lo que fue hecho hombre, fue hecho por Dios. Pero lo que te odia, lo hizo él; lo que envidia, lo hizo él. ¿Y qué dices en tu ánimo? Señor, sé propicio a él, perdónale sus pecados; infúndele temor, cámbialo. No amas en él lo que es, sino lo que quieres que sea. Por tanto, cuando amas al enemigo, amas a un hermano. Por eso, el amor perfecto es el amor al enemigo: que es el amor perfecto en el amor fraterno. Y nadie diga que Juan el apóstol nos advirtió menos, y más nos advirtió el Señor Cristo: Juan nos advirtió que amemos a los hermanos; Cristo nos advirtió que amemos también a los enemigos (Mateo V, 44). Observa por qué te advirtió Cristo que ames a los enemigos. ¿Acaso para que siempre permanezcan enemigos? Si te advirtió para que permanezcan enemigos, odias, no amas. Observa cómo él mismo amó, es decir, porque no quería que los perseguidores permanecieran así; dijo, Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Lucas XXIII, 34). A quienes quiso que se les perdonara, quiso que se cambiaran: a quienes quiso que se cambiaran, se dignó hacer de enemigos hermanos, y verdaderamente así lo hizo. Fue asesinado, sepultado, resucitó, ascendió al cielo, envió el Espíritu Santo a los discípulos; comenzaron a predicar con confianza su nombre, hacían milagros en el nombre del crucificado y asesinado: vieron aquellos asesinos del Señor; y quienes derramaron su sangre con furia, creyendo la bebieron.

11. Esto he dicho, hermanos, y algo extenso: sin embargo, porque debía ser recomendada con mayor vehemencia a vuestra Caridad la misma caridad, por eso debía ser recomendada así. Pues si no hay caridad en vosotros, nada hemos dicho. Pero si hay en vosotros, como aceite

en las llamas hemos añadido; y en quien no había, tal vez con palabras se ha encendido. En uno creció lo que había; en otro comenzó a ser lo que no era. Por eso hemos dicho esto, para que no seáis perezosos en amar a los enemigos. ¿Un hombre se enfurece contra ti? Él se enfurece, tú ora; él odia, tú ten misericordia. La fiebre de su alma te odia: será sano, y te dará gracias. ¿Cómo aman los médicos a los enfermos? ¿Acaso aman a los enfermos? Si aman a los enfermos, quieren que siempre estén enfermos. Aman a los enfermos, no para que permanezcan enfermos, sino para que de enfermos se hagan sanos. Y cuántas veces sufren de los frenéticos? ¿Qué injurias de palabras? A menudo también son golpeados. Persigue la fiebre, perdona al hombre: ¿y qué digo, hermanos? ¿Ama a su enemigo? Más bien odia a su enemigo, la enfermedad; pues odia eso, y ama al hombre por quien es golpeado: odia la fiebre. ¿Por quién es golpeado? Por la enfermedad, por la dolencia, por la fiebre. Quita lo que le es adverso, para que permanezca aquello de lo que se alegrará. Así también tú: si tu enemigo te odia, y te odia injustamente; sabes que la codicia del mundo reina en él, por eso te odia. Si tú también lo odias, devuelves mal por mal. ¿Qué hace devolver mal por mal? Lloraba a un enfermo, que te odiaba; ya lloro a dos, si tú también lo odias. Pero persigue tu propiedad; te quita no sé qué, que tienes en la tierra: por eso lo odias, porque te causa angustias en la tierra. No sufras angustias, migra al cielo arriba: tendrás el corazón allí donde hay amplitud, para que no sufras angustias en la esperanza de la vida eterna. Observa lo que te quita: ni siquiera eso te quitaría, si no lo permitiera aquel que azota a todo hijo que recibe (Hebreos XII, 6). De algún modo es la herramienta de Dios con la que te sanas, tu mismo enemigo. Si Dios sabe que es útil para ti que te despoje, lo permite; si sabe que es útil para ti que seas golpeado, lo permite, para que seas azotado: de él te cuida, desea que él sea sanado.

12. A Dios nadie lo ha visto jamás. Ved, amadísimos: Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros, y su amor será perfecto en nosotros. Comienza a amar, serás perfeccionado. ¿Has comenzado a amar? Dios ha comenzado a habitar en ti; ama a aquel que ha comenzado a habitar en ti, para que habitando más perfectamente te haga perfecto. En esto conocemos que permanecemos en él, y él en nosotros, porque nos ha dado de su Espíritu. Bien, gracias a Dios. Conocemos que habita en nosotros. ¿Y de dónde conocemos esto, que conocemos que habita en nosotros? Porque esto mismo dijo Juan: Porque nos ha dado de su Espíritu. ¿De dónde sabemos que nos ha dado de su Espíritu? Esto mismo, porque te ha dado de su Espíritu, ¿de dónde lo conoces? Interroga tus entrañas: si están llenas de caridad, tienes el Espíritu de Dios. ¿De dónde conocemos que conoces que habita en ti el Espíritu de Dios? Pregunta al apóstol Pablo: Porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Romanos V, 5).

13. Y nosotros hemos visto, y somos testigos, de que el Padre envió a su Hijo Salvador del mundo. Estad seguros los que estáis enfermos: vino tal médico, ¿y desesperáis? Eran grandes las enfermedades, incurables las heridas, desesperada la dolencia. ¿Consideras la magnitud de tu mal, no consideras la omnipotencia del médico? Tú estás desesperado; pero él es omnipotente: de quien estos son testigos que primero fueron sanados, y anunciando al médico; y ellos mismos, sin embargo, más sanados por la esperanza que por la realidad. Pues así dice el Apóstol: Porque en esperanza fuimos salvados (Romanos VIII, 24). Comenzamos, pues, a ser sanados en la fe: pero nuestra salvación se perfeccionará, cuando esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad (1 Corintios XV, 53, 54). Esta es la esperanza, aún no la realidad. Pero quien se alegra en la esperanza, también tendrá la realidad: pero quien no tiene esperanza, no podrá llegar a la realidad.

14. Cualquiera que confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él, y él en Dios. Ya no digamos a muchos: Quien confiese, no de palabra, sino de hecho; no con la lengua, sino con la vida. Pues muchos confiesan con palabras, pero con hechos niegan. Y nosotros

hemos conocido, y creído, el amor que Dios tiene en nosotros. Y de nuevo, ¿de dónde lo conociste? Dios es amor. Ya lo dijo antes, he aquí que lo dice de nuevo. No pudo ser más recomendada la caridad, que al decirse Dios. Tal vez ibas a despreciar el don de Dios. ¿Y desprecias a Dios? Dios es amor. Y quien permanece en el amor, en Dios permanece, y Dios en él permanece. Recíprocamente habitan en sí, quien contiene y quien es contenido. Habitas en Dios, pero para ser contenido: Dios habita en ti, pero para contenerte, para que no caigas. No sea que pienses que te haces casa de Dios, como tu casa lleva tu carne: si se retira la casa en la que estás, caes; pero si tú te retiras, Dios no cae. Él es íntegro, cuando lo abandonas; íntegro, cuando vuelves a él. Tú eres sanado, no le das nada a él; tú eres purificado, tú eres restaurado, tú eres corregido. Él es medicina para el enfermo, regla para el torcido, luz para el oscurecido, habitación para el desierto. Todo, pues, se te concede a ti. No pienses que se concede algo a Dios, cuando vienes a él; ni siquiera un siervo. ¿Entonces no tendrá Dios siervos, si tú no quieres, y si todos no quieren? Dios no necesita siervos, pero los siervos necesitan a Dios: por eso dice el Salmo, Dije al Señor, Tú eres mi Dios. Él es el verdadero Señor. ¿Y qué dice? Porque de mis bienes no tienes necesidad (Salmo XV, 2). Tú necesitas el bien de tu siervo. El siervo necesita tu bien, para que lo alimentes: y tú necesitas el bien de tu siervo, para que te ayude. No puedes llenarte de agua, no puedes cocinarte, no puedes correr delante del caballo, no puedes cuidar de tu bestia. Ves que necesitas el bien de tu siervo, necesitas su servicio. No eres, pues, verdadero señor, cuando necesitas de un inferior. Él es el verdadero Señor que nada busca de nosotros; y ay de nosotros, si no lo buscamos. Nada busca de nosotros; y nos buscó, cuando no lo buscábamos. Una oveja se había extraviado; la encontró, y gozoso la llevó sobre sus hombros (Lucas XV, 4, 5). ¿Y acaso la oveja era necesaria para el pastor, y no más bien el pastor necesario para la oveja? Cuanto más me gusta hablar de la caridad, tanto menos quiero terminar esta Epístola. Ninguna es más ardiente para recomendar la caridad. Nada más dulce se os predica, nada más saludable se bebe: pero si bien viviendo confirmáis en vosotros el don de Dios. No seáis ingratos a tan gran gracia de él, que teniendo un Único, no quiso que fuera uno; sino que para tener hermanos, adoptó para él, quienes con él poseerían la vida eterna.

TRACTATUS IX. De lo que sigue, En esto se ha perfeccionado el amor en nosotros; hasta aquello, Y este mandamiento tenemos de él, que quien ama a Dios, ame también a su hermano. Cap. IV, V. 17-21.

1. Recuerda vuestra Caridad, que de la Epístola del apóstol Juan nos queda por tratar la última parte, y exponerla a vosotros, tanto como el Señor lo conceda. De esta deuda, pues, somos conscientes: pero vosotros debéis ser conscientes de la exigencia. Pues la misma caridad que en esa Epístola se recomienda principalmente y casi exclusivamente, nos hace deudores muy fieles, y a vosotros dulcísimos acreedores. Por eso dije dulcísimos acreedores, porque donde no hay caridad, el acreedor es amargo: pero donde hay caridad, tanto el que exige es dulce; y a quien se le exige, aunque sufra algún trabajo, hace ese mismo trabajo casi nulo y leve la misma caridad. ¿No vemos también en los animales mudos e irracionales donde no hay caridad espiritual, sino carnal y natural, que se exige sin embargo con gran afecto de las ubres de la madre la leche por los pequeños? Y aunque el que mama hace un impulso en las ubres; sin embargo, es mejor para la madre que si no mama, ni exige lo que se debe por caridad. A menudo vemos las ubres de las vacas incluso golpeadas por los terneros ya crecidos con la cabeza, y casi con ese mismo impulso se levantan los cuerpos de las madres, y sin embargo no son repelidos con una patada; y si falta el hijo que mame, con mugidos se le llama a las ubres. Si, pues, hay en nosotros esa caridad espiritual, de la que dice el Apóstol, Me hice pequeño en medio de vosotros, como una nodriza que cuida a sus hijos (1 Tesalonicenses II, 7); entonces os amamos cuando exigís. No amamos a los perezosos;

porque tememos por los que languidecen. Sin embargo, intervinieron, para que interrumpiéramos el texto de esta Epístola, algunas solemnidades de lecturas por los días festivos, que no pudieron sino leerse, y también tratarse. Ahora, pues, volvamos al orden omitido; y lo que queda, reciba vuestra Santidad con atención. No sé si la caridad podría habernos sido recomendada más magníficamente, que al decirse, Dios es caridad. Breve alabanza, y gran alabanza: breve en el discurso, y grande en el entendimiento. ¡Qué rápido se dice, Dios es amor! Y esto es breve: si cuentas, es uno; si pesas, ¡cuánto es! Dios es amor. Y quien permanece, dice, en el amor, en Dios permanece y Dios en él permanece (1 Juan IV, 16). Sea Dios tu casa, y sé tú casa de Dios; permanece en Dios, y permanezca en ti Dios. Dios permanece en ti, para contenerte: permaneces en Dios, para que no caigas; porque así dice el Apóstol de esa misma caridad, La caridad nunca cae (1 Corintios XIII, 8). ¿Cómo cae quien es contenido por Dios?

2. En esto se ha perfeccionado el amor en nosotros, para que tengamos confianza en el día del juicio: porque como él es, también nosotros somos en este mundo. Dice cómo debe probarse cada uno, cuánto ha progresado en la caridad: o más bien cuánto ha progresado él mismo en la caridad. Pues si la caridad es Dios, ni progresa ni retrocede Dios: así se dice que progresa en ti la caridad, porque tú progresas en ella. Pregunta, pues, cuánto has progresado en la caridad, y qué te responde tu corazón, para que conozcas la medida de tu progreso. Pues prometió mostrarnos en qué conocemos a él, y dijo, En esto se ha perfeccionado en nosotros el amor. Pregunta, ¿en qué? Para que tengamos confianza en el día del juicio. Quien tiene confianza en el día del juicio, el amor es perfecto en él. ¿Qué es tener confianza en el día del juicio? No temer que venga el día del juicio. Hay hombres que no creen en el día del juicio; estos no pueden tener confianza en el día que no creen que vendrá. Pasemos por alto a estos: que Dios los despierte, para que vivan; ¿de qué hablamos de los muertos? No creen que vendrá el día del juicio, ni temen, ni desean lo que no creen. Comenzó alguien a creer en el día del juicio: si comenzó a creer, comenzó también a temer. Pero porque aún teme, aún no tiene confianza en el día del juicio, aún no es perfecto el amor en él. ¿Sin embargo, se debe desesperar? ¿En qué ves el comienzo, por qué desesperas del fin? ¿Qué comienzo veo, preguntas? Ese mismo temor. Escucha la Escritura: El principio de la sabiduría es el temor del Señor (Eclesiástico I, 16). Comenzó, pues, a temer el día del juicio: temiendo, corrija; vigile contra sus enemigos, es decir, contra sus pecados; comience a revivir interiormente, y a mortificar sus miembros que están sobre la tierra, como dice el Apóstol, Mortificad vuestros miembros que están sobre la tierra. Dice miembros de maldad espiritual sobre la tierra: pues sigue y expone, Avaricia, impureza (Colosenses III, 5), y las demás que allí prosigue. Pero cuanto más mortifica este, que comenzó a temer el día del juicio, sus miembros sobre la tierra, tanto más se levantan y se fortalecen los miembros celestiales. Pero los miembros celestiales, todas las obras buenas. Al levantarse los miembros celestiales, comienza a desear lo que temía. Pues temía que viniera Cristo, y lo encontrara impío para condenarlo; desea que venga, porque lo encontrará piadoso para coronarlo. Ya cuando comienza a desear la venida de Cristo el alma casta, que desea los abrazos del esposo, renuncia al adúltero; se hace virgen interiormente en la fe, la esperanza, y la caridad. Ya tiene confianza en el día del juicio: no lucha contra sí mismo cuando ora, y dice, Venga tu reino (Mateo VI, 10). Pues quien teme que venga el reino de Dios, teme que sea escuchado. ¿Cómo ora, quien teme que sea escuchado? Pero quien ora con confianza de caridad, ya desea que venga. De ese mismo deseo decía alguien en el Salmo, ¿Y tú, Señor, hasta cuándo? Vuélvete, Señor, y libra mi alma (Salmo VI, 4, 5). Gemía por ser diferido. Pues hay hombres que mueren con paciencia: pero hay algunos perfectos que viven con paciencia. ¿Qué dije? Quien aún desea esta vida, cuando le viene el día de la muerte, soporta la muerte con paciencia: lucha contra sí mismo, para seguir la voluntad de Dios; y esto más bien hace en su ánimo, lo que elige Dios, no lo

que elige la voluntad humana: y del deseo de la vida presente se hace lucha con la muerte; y aplica paciencia y fortaleza, para morir con ánimo sereno: este muere pacientemente. Pero quien desea, como dice el Apóstol, disolverse y estar con Cristo, no muere pacientemente; sino que vive pacientemente, muere con deleite. Ve al Apóstol viviendo pacientemente, es decir, aquí no amando la vida, sino soportándola con paciencia. Disolverse, dice, y estar con Cristo es mucho mejor; pero permanecer en la carne es necesario por vosotros (Filipenses I, 23, 24). Por tanto, hermanos, esforzaos, actuad interiormente con vosotros mismos, para que deseéis el día del juicio. De otro modo no se prueba el amor perfecto, sino cuando comienza a desearse ese día. Pero quien lo desea, quien tiene confianza en él: pero quien tiene confianza en él, cuya conciencia no tiembla en el amor perfecto y sincero.

3. «En esto se perfecciona su amor en nosotros, para que tengamos confianza en el día del juicio.» ¿Por qué tendremos confianza? «Porque como Él es, así somos nosotros en este mundo.» Has escuchado la razón de tu confianza: «Porque como Él es, dice, así somos nosotros en este mundo.» ¿No parece haber dicho algo imposible? ¿Acaso puede el hombre ser como Dios? Ya os he explicado que no siempre se dice "como" en referencia a igualdad, sino que se dice en referencia a cierta semejanza. ¿Cómo dices, "Como tengo oídos, así tiene la imagen"? ¿Acaso es exactamente así? Pero sin embargo dices, "como". Sí, por lo tanto, hemos sido hechos a imagen de Dios, ¿por qué no somos como Dios? No en igualdad, sino según nuestra medida. ¿De dónde, entonces, se nos da confianza en el día del juicio? Porque como Él es, así somos nosotros en este mundo. Debemos referir esto al mismo amor y entender lo que se ha dicho. El Señor en el Evangelio dice: «Si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también eso los publicanos?» ¿Qué, entonces, quiere de nosotros? «Pero yo os digo: amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen.» Si, por lo tanto, nos manda amar a nuestros enemigos, ¿de dónde nos da ejemplo? De Dios mismo: pues dice, «Para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos.» ¿Cómo hace eso Dios? Ama a sus enemigos, «que hace salir su sol sobre buenos y malos, y llover sobre justos e injustos» (Mateo 5, 44-46). Si, por lo tanto, Dios nos invita a esta perfección, a amar a nuestros enemigos como Él amó a los suyos; esa es nuestra confianza en el día del juicio, porque como Él es, así somos nosotros en este mundo: porque así como Él ama a sus enemigos, haciendo salir su sol sobre buenos y malos, y lloviendo sobre justos e injustos; así nosotros, porque no podemos dar sol y lluvia a nuestros enemigos, les damos lágrimas cuando oramos por ellos.

4. Ahora, pues, veamos qué dice sobre esa confianza. ¿De dónde se entiende el amor perfecto? No hay temor en el amor. ¿Qué, entonces, decimos de aquel que comienza a temer el día del juicio? Si el amor fuera perfecto en él, no temería. Pues el amor perfecto haría perfecta la justicia, y no tendría por qué temer: más bien tendría por qué desear que pase la iniquidad y venga el reino de Dios. Por lo tanto, no hay temor en el amor. Pero, ¿en qué amor? No en el que comienza. ¿En cuál, entonces? Pero el amor perfecto, dice, expulsa el temor. Que comience, pues, el temor; porque el principio de la sabiduría es el temor del Señor. El temor prepara el lugar para el amor. Pero cuando el amor comienza a habitar, se expulsa el temor que le preparó el lugar. Pues cuanto más crece aquel, más decrece este; y cuanto más se hace interior aquel, el temor es expulsado. Mayor amor, menor temor; menor amor, mayor temor. Pero si no hay temor, no hay por dónde entre el amor. Así como vemos que el lino se introduce por la aguja cuando se cose algo; primero entra la aguja, pero si no sale, no sigue el lino: así el temor primero ocupa la mente, pero no permanece allí, porque entró para introducir el amor. Ya hecha la seguridad en el alma, ¿qué alegría tenemos en este mundo o en el futuro? ¿Y en este mundo quién nos dañará llenos de amor? Ved cómo se regocija el Apóstol en el mismo amor. «¿Quién nos separará del amor de Cristo?

¿Tribulación? ¿Angustia? ¿Persecución? ¿Hambre? ¿Desnudez? ¿Peligro? ¿Espada?» (Romanos 8, 35). Y Pedro dice: «¿Y quién os podrá hacer daño si sois celosos del bien?» (1 Pedro 3, 13). «No hay temor en el amor: sino que el amor perfecto expulsa el temor; porque el temor lleva consigo castigo.» La conciencia de los pecados atormenta el corazón, aún no se ha hecho la justificación. Hay allí algo que pica, que punza. Por eso, en el Salmo, sobre la perfección de la justicia, ¿qué dice? «Has cambiado mi luto en alegría; has roto mi cilicio y me has ceñido de alegría; para que cante mi gloria y no me punce» (Salmo 29, 12-13). ¿Qué significa «no me punce»? Que no haya nada que estimule mi conciencia. Estimula el temor: pero no temas; entra el amor que sana lo que hiere el temor. El temor de Dios hiere así como el instrumento del médico; quita la podredumbre y parece que aumenta la herida. He aquí que cuando la podredumbre estaba en el cuerpo, la herida era menor, pero peligrosa: se acerca el instrumento del médico; dolía menos aquella herida que ahora cuando se corta. Duele más cuando se cura que si no se curara; pero por eso duele más al acercarse la medicina, para que nunca duela al suceder la salud. Que ocupe, pues, tu corazón el temor, para que introduzca el amor; que suceda la cicatriz al instrumento del médico. Tal es el médico, que ni siquiera las cicatrices aparecen: tú solo sométete a su diestra. Pues si estás sin temor, no podrás ser justificado. La sentencia está dicha en las Escrituras: Pues quien está sin temor, no podrá ser justificado (Eclesiástico 1, 28). Es necesario, pues, que primero entre el temor, por el cual venga el amor. El temor es el medicamento, el amor es la salud. «Pero el que teme, no es perfecto en el amor.» ¿Por qué? «Porque el temor lleva consigo castigo,» así como la incisión del médico lleva consigo castigo.

5. Hay, sin embargo, otra sentencia que parece contraria a esta, si no tiene un intérprete: pues se dice en un lugar del Salmo, El temor del Señor es puro, permanece para siempre (Salmo 18, 10). Nos muestra un temor eterno, pero puro. Pero si aquel nos muestra un temor eterno, ¿acaso contradice esta Epístola que dice, No hay temor en el amor, sino que el amor perfecto expulsa el temor? Preguntemos a ambas palabras de Dios. Un mismo Espíritu es, aunque dos códigos, aunque dos bocas, aunque dos lenguas. Pues esto fue dicho por Juan, aquello fue dicho por David; pero no penséis que es otro espíritu. Si un mismo aliento infla dos flautas, ¿no puede un mismo Espíritu llenar dos corazones, agitar dos lenguas? Pero si con un mismo espíritu, es decir, un mismo aliento, se llenan dos flautas y suenan en consonancia; ¿pueden dos lenguas llenas del Espíritu de Dios sonar en disonancia? Hay, pues, allí cierta consonancia, cierta concordia, pero necesita un oyente. He aquí que inspiró y llenó dos corazones, dos bocas, movió dos lenguas el Espíritu de Dios: y escuchamos de una lengua, «No hay temor en el amor, sino que el amor perfecto expulsa el temor;» escuchamos de otra, «El temor del Señor es puro, permanece para siempre.» ¿Qué es esto? ¿Acaso disuenan? No: afina tus oídos, atiende a la melodía. No sin razón aquí añadió, puro, allí no lo añadió: porque hay un temor que se dice puro, pero hay otro que no se dice puro. Distingamos estos dos temores y entendamos la consonancia de las flautas. ¿Cómo entendemos, o cómo distinguimos? Que vuestra Caridad atienda. Hay hombres que por eso temen a Dios, para no ser enviados al infierno, para no arder con el diablo en el fuego eterno. Ese es el temor que introduce el amor: pero viene para salir. Pues si aún temes a Dios por las penas, todavía no amas a quien así temes. No deseas bienes, sino que evitas males. Pero por evitar males, te corriges y comienzas a desear bienes. Cuando comienzas a desear bienes, habrá en ti un temor puro. ¿Cuál es el temor puro? No perder esos bienes. Atended. Una cosa es temer a Dios para no ser enviado al infierno con el diablo; otra cosa es temer a Dios para que no se aleje de ti. Aquel temor con el que temes no ser enviado al infierno con el diablo, aún no es puro; pues no viene del amor de Dios, sino del temor al castigo: pero cuando temes a Dios para que no te abandone su presencia; lo abrazas, deseas disfrutar de Él.

6. No se puede explicar mejor qué diferencia hay entre estos dos temores, uno que el amor expulsa y otro puro que permanece para siempre, sino poniendo dos mujeres casadas, de las cuales una la constituyas deseando cometer adulterio, deleitándose en la maldad, pero temiendo ser condenada por el marido. Teme al marido, pero porque aún ama la maldad, por eso teme al marido: para ella la presencia del marido no es grata, sino onerosa; y si acaso vive mal, teme que el marido venga. Tales son los que temen que venga el día del juicio. Haz que la otra ame al marido, le deba abrazos castos, no se manche con ninguna inmundicia de adulterio; desea la presencia del marido. ¿Y cómo se distinguen estos dos temores? Teme aquella, teme también esta. Pregunta; casi te responden lo mismo: pregunta a aquella, ¿Temes al marido? responde, Temo. Pregunta también a esta si teme al marido; responde, Temo. Una voz es, pero diverso ánimo. Ahora, pues, pregúntales, ¿Por qué? Aquella dice, Temo al marido para que no venga: esta dice, Temo al marido para que no se aleje. Aquella dice, Temo ser condenada: esta dice, Temo ser abandonada. Pon esto en el ánimo de los cristianos, y encuentras el temor que el amor expulsa, y otro temor puro que permanece para siempre.

7. Hablemos, pues, primero a aquellos que temen a Dios como aquella mujer que se deleita en la maldad; pues teme al marido para no ser condenada por él: hablemos primero a tales personas. Oh alma que así temes a Dios, para que no te condene Dios, como teme la mujer que se deleita en la maldad; teme al marido, para no ser condenada por él: así como te desagrada aquella mujer, desagrádete también a ti mismo. Si acaso tienes esposa, ¿acaso quieres que tu esposa te tema así, para no ser condenada por ti; que le deleite la maldad, pero que sea reprimida por el peso de tu temor, no por la condenación de la iniquidad? La quieres casta, para que te ame, no para que te tema. Muéstrate tal a Dios, como quieres tener a tu esposa. Y si aún no la tienes, y deseas tenerla; así la quieres tener. ¿Y qué decimos, hermanos? Aquella mujer que por eso teme al marido, para no ser condenada por él, acaso no comete adulterio, para que de algún modo no llegue al marido, y le quite esta luz temporal. Pero aquel marido puede ser engañado; pues es hombre, como también ella que puede engañar. Ella le teme, fuera de cuyos ojos puede estar: ¿no temes tú siempre el rostro de tu marido? Pero el rostro del Señor está sobre los que hacen el mal (Salmo 33, 17). Aquella busca la ausencia de su marido, y es incitada acaso por la delectación del adulterio; y se dice a sí misma, No lo haré: está ausente, pero es difícil que de algún modo no llegue a él. Se modera para que no llegue al hombre, que puede no saber, que puede ser engañado, que puede sospechar bien de la mala, que puede sospechar de casta a la que es adúltera: ¿no temes tú los ojos de aquel a quien nadie puede engañar? ¿no temes su presencia, que no puede apartarse de ti? Ruega a Dios que te mire, y aparte su rostro de tus pecados: Aparta tu rostro de mis pecados. Pero, ¿cómo mereces que Él aparte su rostro de tus pecados? Si tú no apartas tu rostro de tus pecados. Pues la misma voz dice en el Salmo: Porque mi iniquidad yo la reconozco, y mi pecado está siempre ante mí (Salmo 50, 11, 5). Reconócelo tú, y Él lo perdona.

8. Hemos hablado a aquella que aún tiene un temor no permanente para siempre, sino que el amor excluye y expulsa; hablemos también a aquella que ya tiene un temor puro, permanente para siempre. ¿Acaso pensamos que la encontramos, para hablarle? ¿Acaso está en este pueblo? ¿Acaso está en esta sala? ¿Acaso está en esta tierra? No puede sino estar, pero está oculta. Es invierno, hay verdor en la raíz. Acaso encontramos sus oídos. Pero dondequiera que esté aquella alma, ojalá la encontrara, y no me prestara sus oídos, sino que yo le prestara los míos a ella. Ella me enseñaría algo más bien, que aprender de mí. Un alma santa, ardiente, y deseando el reino de Dios: a esta no la hablo yo, sino Dios mismo, y así consuela a la que vive pacientemente en esta tierra: Ya quieres que venga, y yo sé que ya quieres que venga: sé cómo eres, para que esperes segura mi venida; sé que te es molesto: pero espera más, soporta;

vengo y pronto vengo. Pero al amante le parece tarde. Escúchala cantando como un lirio en medio de espinas: escúchala suspirando, y diciendo, Cantaré y entenderé en el camino de la perfección; ¿cuándo vendrás a mí? (Salmo 100, 1, 2). Pero en el camino de la perfección con razón no teme; porque el amor perfecto expulsa el temor. Y cuando venga a su abrazo, teme, pero con seguridad. ¿Qué teme? Se cuidará y se guardará de su iniquidad, para no pecar de nuevo: no para no ser enviado al fuego, sino para no ser abandonado por Él. ¿Y qué habrá en ella? Un temor puro, permanente para siempre. Hemos escuchado dos flautas sonando en consonancia. Aquella habla del temor, y aquella del temor: pero aquella del temor con el que teme el alma para no ser condenada, aquella del temor con el que teme el alma para no ser abandonada. Aquel es el temor que el amor expulsa: aquel es el temor permanente para siempre.

9. Amemos, pues, porque Él nos amó primero. Pues, ¿de dónde amaríamos, si Él no nos hubiera amado primero? Amando nos hicimos amigos; pero Él amó a los enemigos para que nos hiciéramos amigos. Nos amó primero, y nos dio para que lo amáramos. Aún no lo amábamos; amando nos hacemos bellos. ¿Qué hace un hombre deforme y con el rostro torcido, si ama a una hermosa? ¿O qué hace una mujer deforme y torcida y negra, si ama a un hermoso? ¿Acaso amando podrá ser hermosa? ¿Acaso él amando podrá ser hermoso? Ama a una hermosa; y cuando se ve en el espejo, se avergüenza de levantar su rostro hacia aquella hermosa suya a quien ama. ¿Qué hará para ser hermoso? ¿Espera que venga la hermosura? Más bien esperando se añade la vejez, y lo hace más feo. No hay, pues, qué hacer, no hay cómo darle consejo, sino que se contenga, y no se atreva a amar desigual al desigual: o si acaso ama y desea tomar esposa, en ella ame la castidad, no el rostro de la carne. Pero nuestra alma, hermanos míos, es fea por la iniquidad: amando a Dios se hace hermosa. ¿Qué amor es el que hace hermosa a la amante? Pero Dios siempre es hermoso, nunca deforme, nunca cambiante. Nos amó primero quien siempre es hermoso; y ¿a quiénes amó, sino a los feos y deformes? No obstante, no para dejarlos feos; sino para cambiarlos, y de deformes hacerlos hermosos. ¿Cómo seremos hermosos? Amando a quien siempre es hermoso. Cuanto más crece en ti el amor, tanto más crece la hermosura; porque el mismo amor es la hermosura del alma. Amemos, pues, porque Él nos amó primero. Escucha al apóstol Pablo: Pero Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros (Romanos 5, 8, 9), el justo por los injustos, el hermoso por los feos. ¿Cómo encontramos hermoso a Jesús? Hermoso de figura más que los hijos de los hombres, la gracia se derramó en tus labios (Salmo 45, 3). ¿De dónde? También ved de dónde es hermoso, Hermoso de figura más que los hijos de los hombres; porque en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios (Juan 1, 1). Pero porque tomó carne, como si tomara tu fealdad, es decir, tu mortalidad, para adaptarse a ti, y congraciarse contigo, y excitarte a amar la hermosura interior. ¿De dónde, pues, encontramos que Jesús es feo y deforme, así como encontramos que es hermoso y más hermoso de figura que los hijos de los hombres? ¿De dónde encontramos que también es deforme? Pregunta a Isaías: Y lo vimos, y no tenía aspecto ni hermosura (Isaías 53, 2). Esas son dos flautas que parecen sonar diferente; pero un mismo Espíritu infla ambas. Aquí se dice, Hermoso de figura más que los hijos de los hombres: aquí se dice en Isaías, Lo vimos, y no tenía aspecto ni hermosura. Un mismo Espíritu llena ambas flautas, no disuenan. No apartes tus oídos, presta atención. Preguntemos al apóstol Pablo, y nos exponga la consonancia de las dos flautas. Que nos suene, Hermoso de figura más que los hijos de los hombres: El cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a qué aferrarse. He aquí hermoso de figura más que los hijos de los hombres. Que nos suene también, Lo vimos, y no tenía aspecto ni hermosura: Se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres, y hallado en condición como hombre (Filipenses 2, 6, 7). No tenía aspecto ni hermosura, para darte a ti aspecto y

hermosura. ¿Qué aspecto? ¿Qué hermosura? El amor de la caridad; para que amando corras, corriendo ames. Ya eres hermoso: pero no te mires a ti mismo, para no perder lo que has recibido; míralo a Él, por quien te has hecho hermoso. Sé hermoso, pues, para que Él te ame. Pero dirige toda tu intención hacia Él, corre hacia Él, busca sus abrazos, teme alejarte de Él; para que haya en ti un temor puro, permanente para siempre. Amemos, pues, porque Él nos amó primero.

10. Si alguno dice: Amo a Dios. ¿A qué Dios? ¿Por qué lo amamos? Porque Él nos amó primero y nos dio el don de amar. Amó a los impíos para hacerlos piadosos; amó a los injustos para hacerlos justos; amó a los enfermos para hacerlos sanos. Por tanto, también nosotros amemos, porque Él nos amó primero. Pregunta a cada uno si ama a Dios. Clama, confiesa: Amo, Él lo sabe. Hay otra cosa por la que se le puede preguntar. Si alguno dice: Amo a Dios, y odia a su hermano, es un mentiroso. ¿Cómo pruebas que es un mentiroso? Escucha: Porque el que no ama a su hermano a quien ve, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ve? ¿Qué, entonces? ¿El que ama a su hermano, ama también a Dios? Es necesario que ame a Dios, es necesario que ame el mismo amor. ¿Acaso puede amar al hermano y no amar el amor? Es necesario que ame el amor. ¿Qué, entonces, el que ama el amor, por eso ama a Dios? Por supuesto que sí. Amando el amor, ama a Dios. ¿Acaso has olvidado lo que dijiste poco antes, Dios es amor (1 Juan 4, 8, 16)? Si Dios es amor, quien ama el amor, ama a Dios. Ama, pues, al hermano, y estate seguro. No puedes decir: Amo al hermano, pero no amo a Dios. Así como mientes si dices: Amo a Dios, cuando no amas al hermano; así te engañas cuando dices: Amo al hermano, si piensas que no amas a Dios. Es necesario que quien ama al hermano, ame el mismo amor; pero el amor es Dios: es necesario, por tanto, que quien ama al hermano, ame a Dios. Pero si no amas al hermano a quien ves, ¿cómo puedes amar a Dios a quien no ves? ¿Por qué no ve a Dios? Porque no tiene el mismo amor. Por eso no ve a Dios, porque no tiene amor; por eso no tiene amor, porque no ama al hermano: por eso, entonces, no ve a Dios, porque no tiene amor. Pues si tiene amor, ve a Dios; porque Dios es amor: y ese ojo se purifica más y más con el amor, para que vea aquella sustancia inmutable; cuya presencia siempre se regocija, de la cual disfruta eternamente unido a los ángeles. Pero que corra ahora, para que algún día se regocije en la patria. No ame la peregrinación, no ame el camino: todo sea amargo, excepto aquel que llama, hasta que nos unamos a Él, y digamos lo que se dice en el Salmo: Has destruido a todos los que se apartan de ti. ¿Y quiénes son los que se apartan? Los que se alejan y aman el mundo. ¿Y tú qué? Sigue diciendo: Pero para mí, estar cerca de Dios es bueno (Salmo 72, 27-28). Todo mi bien es estar cerca de Dios gratuitamente. Pues si preguntas, y dices: ¿Por qué te acercas a Dios? Y dice: Para que me dé. ¿Qué te dará? Él mismo hizo el cielo, Él mismo hizo la tierra: ¿qué te va a dar? Ya te acercas a Él: encuentra algo mejor, y te lo da.

11. Porque el que no ama a su hermano a quien ve, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ve? Y este mandamiento tenemos de Él, que el que ama a Dios, ame también a su hermano. Decías magníficamente: Amo a Dios; ¡y odias a tu hermano! Oh homicida, ¿cómo amas a Dios? ¿No has oído antes en la misma Epístola: El que odia a su hermano es homicida? Pero ciertamente amo a Dios, aunque odie a mi hermano. Ciertamente no amas a Dios, si odias a tu hermano. Y ahora lo pruebo con otro argumento. Él dijo: Nos dio el mandamiento de que nos amemos unos a otros (1 Juan 3, 15, 23): ¿cómo amas a aquel cuyo mandamiento odias? ¿Quién dice: Amo al emperador, pero odio sus leyes? En esto entiende el emperador si lo amas, si se observan sus leyes en las provincias. ¿Cuál es la ley del emperador? Un mandamiento nuevo os doy, que os améis unos a otros (Juan 13, 34). Dices, pues, que amas a Cristo; guarda su mandamiento, y ama al hermano. Pero si no amas al hermano, ¿cómo amas a aquel cuyo mandamiento desprecias? Hermanos, no me canso de hablar de la caridad en el

nombre de Cristo. Cuanto más avaricia tenéis de esta cosa, tanto más esperamos que crezca en vosotros, y eche fuera el temor, para que permanezca ese temor casto que permanece por los siglos de los siglos. Soportemos el mundo, soportemos las tribulaciones, soportemos los escándalos de las tentaciones. No nos apartemos del camino; mantengamos la unidad de la Iglesia, mantengamos a Cristo, mantengamos la caridad. No nos separemos de los miembros de su esposa, no nos separemos de la fe, para que nos gloriemos en su presencia: y permaneceremos seguros en Él, ahora por la fe, entonces por la visión, de la cual tenemos tan grandes arras, el don del Espíritu Santo.

TRACTATUS X. Sobre lo que escribe Juan: Todo el que cree que Jesús es el Cristo, ha nacido de Dios; hasta aquello: Porque este es el amor de Dios, que guardemos sus mandamientos. Cap. V, V. 1-13.

1. Creo que recordáis, los que estuvisteis presentes ayer, hasta qué punto ha llegado nuestra exposición en el progreso de esta Epístola: es decir, Porque el que no ama a su hermano a quien ve, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ve? Y este mandamiento tenemos de Él, que el que ama a Dios, ame también a su hermano. Hasta aquí se había discutido. Veamos, pues, lo que sigue en orden. Todo el que cree que Jesús es el Cristo, ha nacido de Dios. ¿Quién es el que no cree que Jesús es el Cristo? El que no vive como Cristo mandó. Muchos dicen: Creo; pero la fe sin obras no salva. La obra de la fe es el mismo amor, como dice el apóstol Pablo: Y la fe que obra por el amor (Gálatas 5, 6). Tus obras pasadas, antes de que creyeras, o no eran nada; o si parecían buenas, eran vanas. Pues si no eran nada; eras como un hombre sin pies, o con los pies heridos que no puede caminar: pero si parecían buenas; antes de que creyeras, corrías, pero corriendo fuera del camino, errabas más que llegar. Por tanto, debemos correr, y correr en el camino. El que corre fuera del camino, corre en vano: más bien corre hacia el trabajo. Cuanto más se equivoca, más corre fuera del camino. ¿Cuál es el camino por el que corremos? Cristo dijo: Yo soy el camino. ¿Cuál es la patria a la que corremos? Cristo dijo: Yo soy la verdad (Juan 14, 6). Por Él corres, hacia Él corres, en Él descansas. Pero para que corriéramos por Él, se extendió hasta nosotros: pues estábamos lejos, y peregrinábamos lejos. No solo peregrinábamos lejos; y enfermos no podíamos movernos. El médico vino a los enfermos, el camino se extendió a los peregrinos. Seamos salvados por Él, caminemos por Él. Esto es creer que Jesús es el Cristo, como creen los cristianos, que no son cristianos solo de nombre, sino también de hechos y vida: no como creen los demonios. Pues también los demonios creen, y tiemblan, como dice la Escritura (Santiago 2, 19). ¿Qué más pudieron creer los demonios, que decir: Sabemos quién eres, el Hijo de Dios? Lo que dijeron los demonios, también lo dijo Pedro. Cuando el Señor preguntó quién era, y quién decían los hombres que era, le respondieron los discípulos: Unos dicen que eres Juan el Bautista, otros Elías, otros Jeremías, o uno de los profetas. Y Él: Y vosotros, ¿quién decís que soy? Respondió Pedro, y dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo. Y oyó del Señor: Bienaventurado eres, Simón Bar Jona, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Ved qué alabanzas siguen a esta fe: Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia (Mateo 16, 13-18). ¿Qué es, sobre esta piedra edificaré mi Iglesia? Sobre esta fe, sobre lo que se dijo, Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo. Sobre esta piedra, dijo, fundaré mi Iglesia. ¡Gran alabanza! Entonces dice Pedro: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo: y también dicen los demonios: Sabemos quién eres, el Hijo de Dios, el santo de Dios. Esto Pedro, esto también los demonios: las mismas palabras, no el mismo espíritu. ¿Y cómo se sabe que Pedro decía esto con amor? Porque la fe del cristiano es con amor; pero la del demonio es sin amor. ¿Cómo sin amor? Esto decía Pedro, para abrazar a Cristo: esto decían los demonios, para que Cristo se apartara de ellos. Pues antes de que dijeran: Sabemos quién eres; tú eres el Hijo de Dios: ¿Qué tenemos que ver contigo?, dijeron. ¿Por qué has venido

antes de tiempo a destruirnos? (Mateo 8, 29, y Marcos 1, 24). Es otra cosa, entonces, confesar a Cristo, para retener a Cristo, que confesar a Cristo, para alejar a Cristo de ti. Por tanto, veis que como aquí dice: El que cree, es una fe propia; no como con muchos. Así que, hermanos, que ningún hereje os diga: Y nosotros creemos. Por eso puse el ejemplo de los demonios, para que no os alegréis con las palabras de los creyentes, sino que examinéis los hechos de los vivientes.

2. Veamos, pues, qué es creer en Cristo; qué, creer que Jesús es el Cristo. Sigue: Todo el que cree que Jesús es el Cristo, ha nacido de Dios. Pero, ¿qué es creer eso? Y todo el que ama al que lo engendró, ama al que ha sido engendrado por Él. Inmediatamente unió la fe con el amor; porque sin amor la fe es vana. Con amor la fe del cristiano, sin amor la fe del demonio: pero los que no creen, son peores que los demonios, y más lentos que los demonios. No sé quién no quiere creer en Cristo; aún no imita ni a los demonios. Ya cree en Cristo, pero odia a Cristo; tiene la confesión de la fe en el temor del castigo, no en el amor de la corona: pues también ellos temían ser castigados. Añade a esta fe el amor, para que sea la fe que dice el apóstol Pablo, La fe que obra por el amor (Gálatas 5, 6): has encontrado al cristiano, has encontrado al ciudadano de Jerusalén, has encontrado al ciudadano de los ángeles, has encontrado al peregrino suspirando en el camino; únete a él, es tu compañero, corre con él, si tú también lo eres. Todo el que ama al que lo engendró, ama al que ha sido engendrado por Él. ¿Quién engendró? El Padre. ¿Quién es el engendrado? El Hijo. ¿Qué, entonces, dice? Todo el que ama al Padre, ama al Hijo.

3. En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios. ¿Qué es esto, hermanos? Poco antes hablaba del Hijo de Dios, no de los hijos de Dios: he aquí que se nos ha presentado a Cristo para contemplarlo, y se nos ha dicho: Todo el que cree que Jesús es el Cristo, ha nacido de Dios: y todo el que ama al que lo engendró, es decir, al Padre, ama al que ha sido engendrado por Él, es decir, al Hijo nuestro Señor Jesucristo. Y sigue: En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios; como si fuera a decir: En esto conocemos que amamos al Hijo de Dios: dijo hijos de Dios, quien poco antes decía Hijo de Dios; porque los hijos de Dios son el cuerpo del único Hijo de Dios; y siendo Él la cabeza, nosotros los miembros, es un solo Hijo de Dios. Por tanto, quien ama a los hijos de Dios, ama al Hijo de Dios; y quien ama al Hijo de Dios, ama al Padre: ni puede nadie amar al Padre, si no ama al Hijo; y quien ama al Hijo, ama también a los hijos de Dios. ¿Qué hijos de Dios? Los miembros del Hijo de Dios. Y amando se hace también él miembro, y se hace por el amor en la unión del cuerpo de Cristo; y será un solo Cristo amándose a sí mismo. Pues cuando los miembros se aman entre sí, el cuerpo se ama a sí mismo. Y si un miembro sufre, todos los miembros sufren con él; y si un miembro es honrado, todos los miembros se regocijan con él. ¿Y qué sigue diciendo? Vosotros sois el cuerpo de Cristo y miembros (1 Corintios 12, 26-27). Poco antes hablaba del amor fraterno, y dijo: El que no ama a su hermano a quien ve, ¿cómo podrá amar a Dios a quien no ve? (1 Juan 4, 20). Pero si amas al hermano, ¿acaso amas al hermano, y no amas a Cristo? ¿Cómo, cuando amas los miembros de Cristo? Pues cuando amas los miembros de Cristo, amas a Cristo; cuando amas a Cristo, amas al Hijo de Dios; cuando amas al Hijo de Dios, amas también al Padre. No puede, por tanto, separarse el amor. Elige qué amar; lo demás te sigue. Dices: Solo amo a Dios, a Dios Padre. Mientes: si amas, no solo amas; pero si amas al Padre, amas también al Hijo. He aquí, dices, amo al Padre, y amo al Hijo: pero solo esto, al Padre Dios y al Hijo Dios y nuestro Señor Jesucristo que ascendió a los cielos, y está sentado a la derecha del Padre, aquel Verbo por el cual fueron hechas todas las cosas, y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (Juan 1, 3, 14); solo esto amo. Mientes: pues si amas la cabeza, amas también los miembros; pero si no amas los miembros, tampoco amas la cabeza. ¿No temes la voz de la cabeza clamando desde el cielo por los miembros: Saulo, Saulo, ¿por qué

me persigues? (Hechos 9, 4)? Llamó a su perseguidor perseguidor de sus miembros: llamó a su amante amante de sus miembros. Ya sabéis quiénes son sus miembros, hermanos; esa es la Iglesia de Dios. En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios, porque amamos a Dios. ¿Y cómo? ¿No son los hijos de Dios otra cosa, y Dios otra? Pero quien ama a Dios, ama sus mandamientos. ¿Y cuáles son los mandamientos de Dios? Un mandamiento nuevo os doy, que os améis unos a otros (Juan 13, 34). Nadie se excuse por otro amor, hacia otro amor; en absoluto se mantiene así este amor: como está él mismo unido en uno, así todos los que de él dependen, hace uno, y como que los funde el fuego. Es oro, se funde la masa, y se hace algo uno: pero a menos que el fervor de la caridad encienda, de muchos en uno no puede fundirse. Porque amamos a Dios, de ahí conocemos que amamos a los hijos de Dios.

4. ¿Y de dónde conocemos que amamos a los hijos de Dios? Porque amamos a Dios, y guardamos sus mandamientos. Aquí suspiramos por la dificultad de cumplir el mandamiento de Dios. Escucha lo que sigue. Hombre, ¿por qué trabajas amando? Amando la avaricia. Con trabajo se ama lo que amas: sin trabajo se ama a Dios. La avaricia te ordenará trabajos, peligros, tribulaciones, tribulaciones; y le obedecerás. ¿Con qué fin? Para que tengas con qué llenar el arca, pierdas la seguridad. Quizás eras más seguro antes de tener, que cuando comenzaste a tener. He aquí lo que te ordenó la avaricia: llenaste la casa, se temen los ladrones; adquiriste oro, perdiste el sueño. He aquí lo que te ordenó la avaricia, Haz, y lo hiciste. ¿Qué te ordena Dios? Ámame. Amas el oro, lo buscarás, y quizás no lo encontrarás: quienquiera que me busque, estoy con él. Amarás el honor, y quizás no llegarás: ¿quién me amó, y no llegó a mí? Dios te dice: ¿Quieres hacerte un patrón, o un amigo poderoso; buscas a través de otro inferior. Ámame, te dice Dios: no se me busca a través de alguien; el mismo amor me hace presente a ti. ¿Qué más dulce que este amor, hermanos? No sin razón escuchasteis ahora en el Salmo, hermanos: Me contaron los injustos sus deleites; pero no como tu ley, Señor (Salmo 118, 85). ¿Cuál es la ley de Dios? El mandamiento de Dios. ¿Cuál es el mandamiento de Dios? Aquel nuevo mandamiento, que se llama nuevo porque renueva: Un mandamiento nuevo os doy, que os améis unos a otros. Escucha que esa es la ley de Dios: el Apóstol dice: Llevad los unos las cargas de los otros, y así cumpliréis la ley de Cristo (Gálatas 6, 2). Esa es la consumación de todas nuestras obras, el amor. Allí está el fin: para eso corremos; hacia eso corremos; cuando lleguemos a eso descansaremos.

5. Habéis escuchado en el Salmo: "Omnis consummationis vidi finem" (Sal. CXVIII, 96). Dijo: "Omnis consummationis vidi finem": ¿qué vio este? ¿Pensamos que subió a la cima de algún monte altísimo y agudísimo, y desde allí contempló y vio el ámbito de la tierra y los círculos del universo; y por eso dijo: "Omnis consummationis vidi finem"? Si esto es loable, busquemos del Señor ojos de carne tan agudos, que busquemos algún monte altísimo que esté en la tierra, desde cuya cumbre veamos el fin de toda consumación. No vayas lejos: he aquí que te digo, sube al monte y ve el fin. Cristo es el monte; ven a Cristo, desde allí ves el fin de toda consumación. ¿Quién es este fin? Pregunta a Pablo: "Finis autem praecepti est charitas de corde puro, et conscientia bona, et fide non ficta" (I Tim. I, 5); y en otro lugar, "Plenitudo autem legis charitas" (Rom. XIII, 10). ¿Qué hay tan finito y terminado como la plenitud? En verdad, hermanos, pone fin de manera loable. No penséis en consumación, sino en culminación. Pues se dice de manera diferente: "Finivi panem"; de otra manera, "Finivi tunicam". Terminé el pan comiéndolo; terminé la túnica tejiéndola. Y allí suena fin, y aquí suena fin: pero el pan se termina para ser consumido, la túnica se termina para ser completada; el pan se termina para que no exista, la túnica se termina para que esté perfecta. Así pues, escuchad el fin, y cuando se lee el Salmo, y escucháis, "In finem Psalmus David". Lo escucháis continuamente en los Salmos, y debéis saber lo que escucháis. ¿Qué es "in finem"? Porque el fin de la Ley es Cristo, para justicia de todo creyente (Rom. X, 4). ¿Y qué

es el fin, Cristo? Porque Cristo es Dios, y el fin del precepto es la caridad, y Dios es caridad: porque el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son uno. Allí está tu fin: en otro lugar está el camino. No te detengas en el camino, y no llegues al fin. A cualquier otra cosa que llegues, pasa hasta que llegues al fin. ¿Qué es el fin? "Mihi autem adhaerere Deo bonum est" (Sal. LXXII, 28). Te has adherido a Dios, has terminado el camino; permanecerás en la patria. Prestad atención. Alguien busca dinero; no sea tu fin: pasa como peregrino. Busca dónde pasar, no dónde quedarte. Pero si amas, estás implicado por la avaricia: la avaricia será para ti una cadena en los pies; no puedes avanzar más. Pasa también esto; busca el fin. Buscas la salud del cuerpo, aún no te quedes allí. ¿Qué es esa salud del cuerpo, que se destruye con la muerte, que se debilita con la enfermedad, frívola, mortal, efímera? Búscala, para que no impida tal vez una salud enfermiza tus buenas obras. Por tanto, no está allí el fin; porque se busca por otra cosa. Todo lo que se busca por otra cosa, no es allí el fin: todo lo que se busca por sí mismo y gratuitamente, allí está el fin. Buscas honores; tal vez buscas para hacer algo, para realizar algo, para agradar a Dios: no ames el honor mismo, para que no te quedes allí. Buscas alabanza? Si buscas la de Dios, haces bien: si buscas la tuya, haces mal; te quedas en el camino. Pero he aquí que eres amado, eres alabado: no te regocijes cuando eres alabado en ti; alaba en el Señor, para que cantes, "In Domino laudabitur anima mea" (Sal. XXXIII, 3). Dices alguna buena palabra, y se alaba tu palabra? No se alabe como tuya, no está allí el fin. Si pones allí el fin, te acabas: pero no te acabas como si te perfeccionaras, sino que te acabas para ser consumido. Por tanto, no se alabe tu palabra como si fuera de ti, como si fuera tuya. Pero, ¿cómo se alabe? Como dice el Salmo, "In Deo laudabo sermonem, in Deo laudabo verbum". De esto se hace que se haga en ti lo que sigue, "In Deo speravi, non timebo quid faciat mihi homo" (Sal. LV, 5, 11). Pues cuando todo lo tuyo se alaba en Dios, no se teme que perezca tu alabanza; porque Dios no falta. Por tanto, pasa también esto.

6. Ved, hermanos, cuántas cosas pasamos, en las que no está el fin. Usamos estas cosas como en el camino; como en las posadas de los establos nos reponemos, y pasamos. ¿Dónde está entonces el fin? Amadísimos, somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos; aquí se ha dicho, en esta Epístola. Aún estamos en el camino; aún dondequiera que lleguemos, debemos pasar, hasta que lleguemos a algún fin. Sabemos que cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como es (I Juan III, 2). Este es el fin; allí la alabanza perpetua, allí siempre Aleluya sin defecto. Por tanto, dijo el fin en el Salmo, "Omnis consummationis vidi finem". Y como si se le dijera, ¿Cuál es el fin que viste? "Latum mandatum tuum valde" (Sal. CXVIII, 96). Él es el fin, la amplitud del mandamiento. La amplitud del mandamiento es la caridad; porque donde hay caridad, no hay estrechez. En esa amplitud estaba el Apóstol, cuando decía, "Os nostrum patet ad vos, o Corinthii; cor nostrum dilatatum est: non angustamini in nobis" (II Cor. VI, 11-12). Por eso, "latum mandatum tuum valde". ¿Cuál es el mandamiento amplio? "Mandatum novum do vobis, ut vos invicem diligatis". Por tanto, la caridad no se angustia. ¿Quieres no angustiarte en la tierra? Habita en lo amplio. Porque cualquier cosa que te haga el hombre, no te angustia; porque amas lo que no daña el hombre: amas a Dios, amas la fraternidad, amas la ley de Dios, amas la Iglesia de Dios; será eterna. Trabajas en la tierra, pero llegarás al fruto prometido. ¿Quién te quita lo que amas? Si nadie te quita lo que amas, duermes seguro: más bien, vigila seguro, para no perder durmiendo lo que amas. No en vano se ha dicho, "Illumina oculos meos, ne quando obdormiam in morte" (Sal. XII, 4). Quienes cierran los ojos contra la caridad, duermen en las concupiscencias de las deleites carnales. Despierta, pues. Porque son deleites, comer, beber, lujuriar, jugar, cazar: todas estas pompas vanas siguen todos los males. ¿Acaso no sabemos que son deleites? ¿Quién niega que deleitan? Pero se ama más la ley de Dios. Clama contra tales seductores, "Narraverunt mihi injusti

delectationes; sed non sicut lex tua, Domine". Este deleite permanece. No solo permanece a donde llegas, sino que también llama al que huye.

7. Porque esta es la caridad de Dios, que guardemos sus mandamientos. Ya habéis escuchado, "In his duobus praeceptis tota Lex pendet et Prophetarum". ¿Cómo no quiso dividerte por muchas páginas? "In his duobus praeceptis tota Lex pendet et Prophetarum". ¿En cuáles dos mandamientos? "Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et ex tota anima tua, et ex tota mente tua"; y, "Diliges proximum tuum sicut teipsum". "In his duobus praeceptis tota Lex pendet et Prophetarum" (Mat. XXII, 37-40). He aquí de qué preceptos narra toda esta Epístola. Mantened, pues, la caridad, y estad seguros. ¿Qué temes que hagas mal a alguien? ¿Quién hace mal a aquel a quien ama? Ama, no puede ser sino que hagas bien. Pero tal vez corriges? El amor hace esto, no la crueldad. Pero tal vez golpeas? Lo haces por disciplina; porque el amor de la misma caridad no te permite descuidar al indisciplinado. Y se hace de algún modo como un fruto diverso y contrario, que a veces el odio halaga, y la caridad reprende. No sé quién odia a su enemigo, y le finge amistad: ve que hace algo malo, lo alaba: quiere que sea precipitado, quiere que vaya ciego por los abismos de sus deseos, de donde tal vez no regrese; lo alaba, "Quoniam laudatur peccator in desideriis animae suae" (Sal. IX, 3); le aplica la unción de su adulación: he aquí que odia, y alaba. Otro ve a su amigo hacer algo así, lo llama; si no lo escucha, pronuncia incluso palabras de castigo, lo reprende, discute: a veces se llega a esta necesidad de discutir. He aquí que el odio halaga, y la caridad discute. No atiendas las palabras del que halaga, y la supuesta crueldad del que reprende; mira la vena, busca la raíz de donde proceden. Aquel halaga para engañar, este discute para corregir. Por tanto, no es necesario, hermanos, que por nosotros se extienda vuestro corazón; pedid a Dios que os améis mutuamente. Amad a todos los hombres, incluso a vuestros enemigos: no porque sean hermanos, sino para que sean hermanos; para que siempre arda en vosotros el amor fraterno, ya sea hacia el hermano hecho, ya sea hacia el enemigo, para que sea hermano amando. Dondequiera que améis al hermano, amáis al amigo. Ya está contigo, ya está unido a ti en la unidad católica. Si vives bien, amas al hermano hecho del enemigo. Pero amas a alguien que aún no ha creído en Cristo, o si ha creído en Cristo, como los demonios creen; reprendes su vanidad. Tú ama, y ama con amor fraterno: aún no es hermano, pero lo amas para que sea hermano. Por tanto, todo nuestro amor es fraterno hacia los cristianos, hacia todos sus miembros. La disciplina de la caridad, hermanos míos, es fortaleza, flores, frutos, belleza, amenidad, alimento, bebida, comida, abrazo, sin saciedad. Si así nos deleita como peregrinos, ¿cómo nos regocijaremos en la patria?

8. Corramos, pues, hermanos míos, corramos, y amemos a Cristo. ¿Qué Cristo? Jesucristo. ¿Quién es este? El Verbo de Dios. ¿Y cómo vino a los enfermos? "Verbum caro factum est, et habitavit in nobis" (Juan I, 14). Se ha cumplido, pues, lo que la Escritura predijo, "Oportebat Christum pati, et resurgere tertia die a mortuis". ¿Dónde yace su cuerpo? ¿Dónde laboran sus miembros? ¿Dónde debes estar para estar bajo la cabeza? "Et praedicari in nomine ejus poenitentiam et remissionem peccatorum per omnes gentes, incipiens ab Jerusalem" (Luc. XXIV, 46, 47). Allí se difunda tu caridad. Dice Cristo y el Salmo, es decir, el Espíritu de Dios, "Latum mandatum tuum valde"; y no sé quién pone en África los límites de la caridad. Extiende la caridad por todo el mundo, si quieres amar a Cristo; porque los miembros de Cristo yacen por todo el mundo. Si amas una parte, estás dividido: si estás dividido, no estás en el cuerpo: si no estás en el cuerpo, no estás bajo la cabeza. ¿De qué sirve que creas, y blasfemes? Adoras a él en la cabeza, blasfemas en el cuerpo. Él ama su cuerpo. Si te has separado de su cuerpo, la cabeza no se ha separado de su cuerpo. En vano me honras, te clama la cabeza desde arriba; en vano me honras. Como si alguien quisiera besarte la cabeza, y pisotearte los pies: tal vez con botas claveteadas te aplastaría los pies, queriendo

sostenerte la cabeza, y besarla; ¿no clamarías entre las palabras del que te honra y dirías, ¿Qué haces, hombre? me pisoteas. No dirías, Me pisoteas la cabeza; porque honraba la cabeza: pero más clamaría la cabeza por los miembros pisoteados, que por sí misma, porque era honrada. ¿No clama la misma cabeza, No quiero tu honor; no me pises? Ya tú di, si puedes, ¿Por qué te pisoteé? di eso a la cabeza, Quería besarte, quería abrazarte. Pero no ves, oh necio, que lo que quieres abrazar, por una cierta conexión de unidad llega a lo que pisoteas? Arriba me honras, abajo me pisoteas. Más duele lo que pisoteas, que alegra lo que honras; porque lo que honras, duele por aquellos a quienes pisoteas. ¿Cómo clama la lengua? Me duele. No dice, Me duele el pie; sino, Me duele, dice. Oh lengua, ¿quién te tocó? ¿quién te golpeó? ¿quién te hirió? ¿quién te pinchó? Nadie, pero estoy unida a aquellos que son pisoteados. ¿Cómo quieres que no me duela, cuando no estoy separada?

9. Nuestro Señor Jesucristo, pues, al ascender al cielo el día cuadragésimo, encomendó su cuerpo donde había de yacer, porque vio a muchos que lo honrarían, porque ascendió al cielo; y vio que su honor es inútil, si pisotean sus miembros en la tierra. Y para que nadie errara, y al adorar la cabeza en el cielo, pisoteara los pies en la tierra, dijo dónde estarían sus miembros. Pues al ascender dijo las últimas palabras; después de esas palabras no habló en la tierra. Ya no encuentras a Cristo hablando en la tierra: lo encuentras hablando, pero desde el cielo. ¿Y por qué desde el mismo cielo? Porque sus miembros eran pisoteados en la tierra. Pues al perseguidor Saulo le dijo desde arriba, "Saul, Saul, ¿quid me persequeris?" (Hech. IX, 4). He ascendido al cielo, pero aún yago en la tierra: aquí estoy sentado a la derecha del Padre; allí aún tengo hambre, sed, y soy peregrino. ¿Cómo, pues, encomendó su cuerpo en la tierra al ascender? Cuando sus discípulos le preguntaron, "Domine, si hoc in tempore praesentaberis, et quando regnum Israel?" respondió al irse, "Non est vestrum scire tempus quod Pater posuit in sua potestate: sed accipietis virtutem Spiritus sancti supervenientem in vos, et eritis mihi testes". Ved dónde difunde su cuerpo, ved dónde no quiere ser pisoteado: "Eritis mihi testes in Jerusalem, et in totam Judaeam, et Samariam, et usque in totam terram" (Hech. I, 6-8). He aquí dónde yago yo que asciendo. Pues asciendo, porque soy la cabeza: aún yace mi cuerpo. ¿Dónde yace? Por toda la tierra. Cuida de no golpear, cuida de no violar, cuida de no pisotear: estas son las últimas palabras de Cristo, al ir al cielo. Considerad a un hombre enfermo en su lecho, yacente en casa, macerado por la enfermedad, cercano a la muerte, jadeante, ya con el alma casi entre los dientes, que tal vez preocupado por alguna cosa querida para él, que mucho ama, le venga a la mente, y llame a sus herederos y diga, Os ruego, haced esto. Retiene de algún modo violentamente el alma, para que no salga antes de que esas palabras se confirmen. Cuando ha dictado esas últimas palabras, exhala el alma: se lleva el cadáver al sepulcro. ¿Cómo recuerdan los herederos sus últimas palabras al morir? ¿Cómo, si alguien surge que les diga, No lo hagáis: qué dirían entonces? ¿Entonces no hago lo que mi padre me mandó al exhalar el alma, lo que sonó por última vez en mis oídos, al partir de aquí mi padre? Cualesquiera otras palabras tuyas puedo tenerlas de otra manera, las últimas palabras me atan más: no lo vi más, no lo escuché hablar. Hermanos, pensad con entrañas cristianas, si para los herederos son tan dulces, tan gratas, tan de gran peso las palabras del que va al sepulcro; para los herederos de Cristo, ¿cómo deben ser las últimas palabras, no del que va al sepulcro, sino del que asciende al cielo? Pues aquel que vivió y murió, es llevado a otros lugares su alma, su cuerpo es puesto en la tierra: si se cumplen esas palabras, o no se cumplen, no le concierne; ya hace otra cosa, o padece otra cosa: o se regocija en el seno de Abraham, o en el fuego eterno desea un poco de agua (Luc. XVI, 22, etc.); en el sepulcro, sin embargo, yace el cadáver sin sentido; y se guardan las últimas palabras del que muere. ¿Qué esperan aquellos que no guardan las últimas palabras del que está sentado en el cielo, viendo desde arriba si son despreciadas, o no son despreciadas? de

aquel que dijo, "Saul, Saul, ¿quid me persequeris?" que guarda para el juicio todo lo que ve que padecen sus miembros?

10. ¿Y qué hemos hecho nosotros, dicen? nosotros hemos sufrido persecución, no lo hemos hecho. Vosotros lo habéis hecho, oh miserables: primero, porque habéis dividido la Iglesia. Mayor es la espada de la lengua que la de hierro. Agar, la sierva de Sara, fue soberbia; y fue afligida por su señora por su soberbia. Era disciplina, no castigo. Por eso, cuando se alejó de su señora, ¿qué le dijo el ángel? "Revertere ad dominam tuam" (Gen. XVI, 4-9). Así pues, el alma carnal, como sierva soberbia, si tal vez has sufrido algunas molestias por disciplina, ¿por qué te enfureces? Vuelve a tu señora, mantén la paz del Señor. He aquí que se presentan los Evangelios, leemos dónde se difunde la Iglesia: se disputa en contra, y se nos dice, Traditores. ¿De qué cosa traditores? Cristo encomienda su Iglesia, y no crees: ¿yo te voy a creer a ti que maldices a mis padres? ¿Quieres que te crea sobre los traditores? cree tú primero a Cristo. ¿Qué es digno? Cristo es Dios, tú eres hombre: ¿a quién se debe creer primero? Cristo ha difundido su Iglesia por todo el orbe: yo digo, desprecia; el Evangelio habla, cuida. ¿Qué dice el Evangelio? "Oportebat pati Christum, et resurgere a mortuis die tertia, et praedicari in nomine ejus poenitentiam, et remissionem peccatorum". Donde hay remisión de pecados, está la Iglesia. ¿Cómo la Iglesia? A él se le dijo, "Tibi dabo claves regni coelorum: et quae solveris in terra, soluta erunt et in coelis; et quae ligaveris in terra, ligata erunt et in coelis" (Mat. XVI, 19). ¿Dónde se difunde esta remisión de pecados? "Per omnes gentes, incipiens ab Jerusalem" (Luc. XXIV, 47). He aquí, cree a Cristo. Pero porque entiendes, si creyeras a Cristo, no tendrías qué decir sobre los traditores; quieres que yo crea a ti que maldices a mis padres, más que tú creas a Cristo que predica.